Constelaciones



REBECA CAMÚS GANGA

Constelaciones

Rebeca Camús Ganga

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Epílogo

Capítulo 1

La misma canción suena por quinta vez en el coche. Llevo casi dos horas aquí y el cansancio puede conmigo, así que no soy capaz ni de seguir el ritmo de la música. El hombre que conduce lleva callado desde que hemos salido de Adare, detalle que agradezco, porque empieza a molestarme cualquier ruido que suene dentro de este minúsculo espacio.

Las gotas de lluvia se empiezan a hacer presentes en las ventanas y veo al hombre aferrándose con más fuerza al volante. Aviso a mis padres en cuanto el hombre anuncia que ya hemos entrado en la universidad y salgo del coche, analizando el exterior.

Lo que había querido desde hace tanto tiempo está frente a mí en forma de edificios antiguos, pero igual de preciosos, pese al temporal lluvioso que me ha acogido en Trinity College.

Agradezco al conductor cuando me da las maletas y empiezo a recorrer los pasillos con suma lentitud, intentando quedarme con todos los pequeños detalles. Las piernas me tiemblan, al igual que las manos, pero la emoción es demasiado profunda como para estar pendiente de ello.

Encuentro una puerta que indica que se trata del despacho y entro sin pensármelo demasiado. Al fondo hay dos mujeres bastante mayores que alzan la mirada cuando me ven entrar. Es la que está más cerca de mí la que decide acercarse hacia donde estoy. Me sonríe cuando llega a mi altura y apoya sus brazos en la mesa, indicándome que me siente.

—Es la primera vez que vienes por aquí, ¿verdad? —pregunta sin eliminar la sonrisa de su rostro. Asiento de la misma forma—. Dime tu nombre, por favor, cariño.

—Iris Kelly —me limito a responder.

Espero a que busque entre sus papeles hasta que da con uno y lo coloca en la mesa, leyendo todo por encima.

—Estás en la residencia de aquí al lado. —Señala hacia la ventana—. Cada habitación tiene su propia cocina y aseo. No es un edificio muy grande, pero es suficiente. Hay cinco habitaciones y una de ellas es tuya, así que tendrás cuatro compañeros, pero no tienes por qué cruzarte con ellos.

Me da alguna información más sobre cuál es mi habitación y dónde está mi facultad. Tras preguntarme qué voy a estudiar, agarra un bolígrafo para

dármelo.

—Muchísimas gracias…

—Olaya. —Una sonrisa se ilumina en su rostro mientras le devuelvo el papeleo firmado—. Cualquier cosa que necesites, no dudes en venir a preguntarme. Los primeros días quizá vayas un poco perdida, pero acabarás acostumbrándote.

Eso espero, pienso. Sin embargo, no se lo digo a ella.

—Esta es la llave. Si quieres, puedo acompañarte.

No me da tiempo a responder, porque incluso antes de que termine la frase ya se ha levantado y está prácticamente a mi lado con una sonrisa.

Cuando salimos al pasillo, me fijo en lo poco que la gente me presta atención. Nadie mira, todo el mundo está concentrado en lo que están haciendo. Mi mente vuelve a hace apenas unos meses, cuando estaba en el instituto. Allí todo eran miradas, susurros y carcajadas por lo que hacías o por cómo vestías.

—Aquí es. —Se aparta un poco de la puerta y vuelve a sonreír, tendiéndome las llaves—. Ya sabes dónde encontrarme.

—No hacía falta que me acompañase hasta aquí.

—Ya lo sé, pero paso mucho tiempo metida en el despacho con esa mujer que solo sabe poner cara de asco cuando entra alguien buscando ayuda. Me ha venido bien salir de allí.

—Muchas gracias, de veras, Olaya. Ha sido un placer.

—Igualmente, cielo.

Se despide de mí con la mano y la veo alejarse hasta que entra en el edificio por el que hemos salido. La puerta no necesita llave, porque en cuanto la empujo un poco, veo el interior del edificio.

Lo primero que veo son unas escaleras en el lado derecho de la pared, me dirijo hasta ellas y las subo, fijándome en todo mi alrededor. Los colores que predominan son el negro y el plata, dándole una imagen adinerada. De hecho, es probable que las personas que están aquí tengan dinero o estén viviendo en este edificio con una beca, justo igual que yo. En el primer piso hay tres habitaciones: una a cada lado y otra en el centro.

Subo hasta la siguiente y me dirijo hacia la puerta de la derecha. Intento meter la llave en la cerradura, pero frunzo el ceño cuando no encaja.

Entonces, como si el universo me estuviera poniendo a prueba, la puerta se abre, pese a que yo no he girado la llave en ningún momento. Ahora mismo desearía ser cualquier persona en el mundo menos yo.

Quiero correr escaleras abajo, pero mis pies están pegados al suelo. Lucho contra ellos, pero no soy capaz de moverlos. Entrecierro los ojos como si no viese lo que pasa al otro lado, pero la cabeza de una chica se asoma con el ceño ligeramente fruncido.

—Lo siento. —Es lo único que soy capaz de decir—. Soy nueva y debo haberme equivocado de habitación.

Me giro hacia la otra puerta y suelto el aire de mis pulmones con lentitud. Solo espero que sea simpática y no se cabree conmigo. Siento el calor subir por mis mejillas. Paso la mano por mi pelo y lo coloco hacia el otro lado. Me estoy poniendo nerviosa.

—¡No te preocupes! —dice por fin. Muerdo mi mejilla interior y después sonrío con toda la tranquilidad que puedo, que no es mucha—. Soy Yana.

Esboza una sonrisa que parece muy real y abre un poco más la puerta, saliendo al pasillo. Me tiende la mano y la estrecho, sin dejar de sonreír.

—Iris —respondo—. Lo siento mucho, de verdad.

—¿Es tu primer año aquí? —Asiento—. Imagino que no conocerás a nadie, así que puedes cenar conmigo y con el resto de las personas que viven aquí. Son tres chicos inofensivos, así que no te preocupes por eso, porque te van a caer genial. ¿Te apetece?

Abro los ojos, sorprendida por la rapidez con la que ha dicho todo eso e intento procesar sus palabras. Llegar a un sitio y que te incluyan así es maravilloso, pero quizá sus amigos no quieran que me una. O a lo mejor solo lo está haciendo por cortesía.

—Espero que no estés pensando quedarte nueve meses encerrada en esa habitación porque creas que mis amigos no van a querer conocerte. Soy bastante insistente, así que hasta que no te animes a venir conmigo no voy a parar. No tiene que ser hoy, pero sí un día de estos. —Alza los hombros y esboza una pequeña sonrisa de medio lado—. Tú decides lo que te apetece.

Dudo durante unos minutos. Busco las cosas positivas y las negativas y llego a la conclusión de que realmente no tengo nada que perder. Y Yana

tiene razón, no puedo pasarme nueve meses encerrada en la misma habitación. Lo único que puede pasar es que no congenie con ninguno, pero también servirá para saber qué tipo de personas encajan conmigo.

—Está bien —acepto.

Yana da un aplauso con una sonrisa y asiente efusivamente.

—Nos vemos aquí a las nueve. No dudes en llamar a mi puerta si necesitas algo —dice, volviendo a meterse en su habitación—. Y no intentes meter tu llave, porque no funciona.

Su broma hace que suelte una pequeña carcajada. No dejo de sonreír hasta que abro mi puerta y me sorprendo con la habitación.

Olaya la había descrito como si fuese un cuchitril, pero está demasiado bien para una sola persona. Lo primero que veo es el ventanal que está en el fondo de la habitación, también hay un aseo a mi derecha, y a la izquierda un espejo con bordes blancos y un pequeño perchero. Cuando avanzo y el mini pasillo termina, me encuentro una cama de matrimonio con un montón de cojines en tonalidades beiges. Dejo las maletas en mitad de la habitación y me tumbo en la cama bocarriba, analizando dónde estoy.

Recuerdo cómo mamá me repetía que si esto era lo que quería tenía que estudiar mucho para poder obtener la beca; a papá, confiando ciegamente en mí mientras me observaba desde el marco de la puerta mientras estudiaba; a Noah, que lloraba de tristeza a la vez que de emoción cuando se acercaba la hora de irme.

—Pásalo bien y, aunque hagas amigos, no te olvides de mí —me dijo en mitad de nuestro abrazo de despedida.

—Sabes que eso no va a pasar nunca, Noah. Te quiero, cariño.

—Yo también.

Me lanzó un beso y se despidió de mí agitando la mano, haciéndome sentir la hermana más afortunada del mundo. Tenía una suerte inmensa de tenerlo como hermano y de que, a pesar de sus diez años, fuese capaz de entender tan bien el motivo por el cual me había ido de Adare, el pueblo que me había visto crecer.

Capítulo 2

No sé el tiempo que llevo delante de la maleta, intentando averiguar qué debería ponerme. ¿Debería arreglarme para dar una buena impresión o debería ponerme cualquier cosa que me pondría en una situación normal?

Después de pensarlo durante un rato, tomo la decisión de ponerme un pantalón vaquero y una blusa blanca. Me dejo el pelo suelto caer por los hombros y lo observo más rato de lo normal. Creo que mi pelo castaño es una de las cosas que más adoro de mi físico.

Cojo aire y lo suelto lentamente cuando veo que son las diez de la noche. Durante un segundo me replanteo la idea de volver a la cama e irme a dormir, pero al final acabo saliendo de la habitación. Justo enfrente de mí, Yana también está cerrando su puerta.

—Menos mal que tú sí eres puntual —dice, viniendo hacia mí y agarrándome del brazo.

Suelto una risa tímida y bajamos las escaleras en silencio. Mientras tanto, Yana me mira de reojo con una sonrisa tierna, lo que me hace imitarla.

Llegamos a la habitación a la que vamos a entrar y juego con mi pelo, intentando calmar mis nervios. No me doy cuenta de ello hasta que Yana, sin cambiar la expresión, choca su hombro con el mío.

—¿Estás bien? ¿Estás preparada?

—No —confieso y ella suelta una carcajada.

—Te van a caer bien. Confía en mí.

Examino su rostro en busca de alguna mueca que demuestre que está jugando conmigo, pero parece completamente sincera.

Si me paro a pensarlo, es una locura el hecho de estar llamando a una habitación donde hay tres desconocidos mientras otra desconocida me agarra el brazo de forma agradable. Debería salir corriendo, porque en las series policiacas y de crímenes, esto nunca sale bien. Sin embargo, me mantengo en el sitio y me obligo a sonreír cuando al otro lado un chico abre la puerta.

Doy un traspié cuando Yana se lanza prácticamente encima del rubio. Después de unos segundos que se me hacen eternos, el chico vuelve a poner los pies de Yana en el suelo.

—Perdona. —Yana se coloca de nuevo a mi lado y señala a su novio—. Él es Landon.

—Encantada. —Me obligo a sonreír pese a la sorpresa del momento—. Iris.

—Un placer, Iris. —Esta vez es él quien sonríe de manera cordial—. Pasa, voy a presentarte al resto.

Suelto el aire de mis pulmones cuando se giran y caminan delante de mí. Primera presentación superada.

Recorremos el mini pasillo y llegamos hasta el salón donde se encuentran los otros dos chicos. Ninguno de ellos se inmuta con nuestra presencia. No estamos ni siquiera un minuto en silencio, porque es Landon quien se encarga de hablar.

—Tenemos visita.

Si intentaba pasar desapercibida, he conseguido el efecto contrario, porque las miradas de los dos chicos restantes se alzan y clavan sus ojos en mí. Uno de ellos se acerca a paso apresurado con una sonrisa de oreja a oreja; el otro se mantiene en silencio y me observa desde lejos.

—¡Hola! —No me da tiempo a responder porque se lanza hacia mí y me abraza, como si me conociese de toda la vida—. Soy Liam.

Tardo unos segundos en procesar su abrazo, pero se lo devuelvo con la sonrisa más sincera que he puesto en todo el día. Me gusta sentirme arropada.

Me limito a responderle mi nombre cuando me separo de él. Muevo un poco la cabeza hacia un lado y me quedo mirando al moreno del fondo.

—Yo soy Dani. —Sonríe sin moverse del sofá.

Asiento y vuelvo a posar mi mirada en Yana, buscando una cara un poco más familiar. Me agarra del brazo y prácticamente me arrastra hasta el sofá. Empuja a Dani hacia un lado y me sienta entre él y Yana. Al lado de Liam se sienta Landon.

—Eres la primera chica de todo el edificio. Yana está demasiado contenta con esto.

Es Landon quien habla y, entre él y el resto, me explican que el año anterior habían estado los cuatro solos en el edificio.

—¿Y qué estudias? —pregunta Liam.

—Estudios ingleses.

—¡Yo también! —Su tono de voz me deja entrever una emoción que me hace sonreír inevitablemente—. Si necesitas cualquier cosa, me lo dices sin pensarlo, ¿vale?

—Lo haré —respondo.

A mi lado, Dani carraspea y, tras eso, mira a Liam.

—Probablemente sea más lista que tú —ataca.

Me gustaría contestar, pero estoy demasiado ocupada recorriendo a Dani con la mirada. Primero me fijo en su pelo, completamente negro. Algo fuera de lo normal en Irlanda. Es posible que eso hiciese que muchas personas se girasen a mirarlo, sorprendidos. Sin embargo, no es eso lo que me llama a mí la atención. Es su rostro: los ojos rasgados, la nariz respingona y los labios carnosos.

—¿Quieres un babero? —El susurro de Yana interrumpe mis pensamientos.

Me sobresalto y la miro avergonzada. Esto no puede estar pasándome. Rompe a reír ganándose la mirada de todos, pero ninguno pregunta nada, detalle que agradezco por completo. Frunce los labios en una línea e intenta ignorar que los chicos siguen mirándonos sin entender lo que ocurre.

Hablamos de los horarios y de temas triviales. Cuando terminamos, en el salón reina el silencio. Es Landon quien decide hablar y se levanta para pedir la cena mientras los demás nos limitamos a ver la televisión.

—Entonces ¿eres de aquí?

Apenas ha dicho nada en toda la noche, así que me sorprende cuando Dani habla. Especialmente cuando se está dirigiendo a mí.

—No. De Adare.

—Si alguna vez te sientes pequeña aquí, avísame.

—Lo haré.

Sonríe, conforme con mi respuesta, y vuelve a posar la mirada sobre la televisión. Le devuelvo la pregunta y también sonrío cuando me responde que ha sido de Dublín toda su vida.

Se levanta del sofá y la curiosidad por conocerlo aumenta por segundos. Nunca me había pasado con alguien, y mucho menos con alguien a quien conozco desde hace una hora.

Al volver y darse cuenta de que nadie le está prestando atención a la tele, agarra el mando y cambia el canal de forma automática. Los demás hablan entretenidos, pero él parece demasiado atento a lo que ocurre en la pantalla.

—Me voy a mi habitación —espeta cuando hemos terminado de cenar, levantándose del sofá—. Estoy intentando escuchar, pero es imposible.

—¿Qué vas a hacer allí? —le pregunta Yana.

—Ver el documental de crímenes que no me dejáis ver.

—¡Me encantan los documentales de crímenes!

Me sobresalto cuando me escucho hablar y, de golpe, me hago pequeña en mi sitio. Muerdo mi labio inferior y espero que ninguno se haya dado cuenta de mi emoción.

Ocurre todo lo contrario, porque Dani me mira y sonríe.

—Puedes venir conmigo con una condición. —Alzo la ceja, esperando a que continúe—. Me gusta verlos en silencio.

Asiento despacio y me levanto para ir hacia allí. Hago amago de recoger lo mío, pero los demás niegan con una sonrisa. Mientras tanto, Liam finge dolor cuando me voy y frunce el ceño sin dejar de mirar a Dani, sintiendo que este le ha defraudado.

—¡Abandónanos de nuevo! —Se cruza de brazos y mira al resto del grupo—. ¡Y aún encima te llevas a nuestra nueva amiga!

El moreno, que está justo a mi lado, se gira hacia él y rueda los ojos, abriendo la puerta.

Nos invade el silencio mientras cruzamos hacia el otro lado.

—Bienvenida a mi humilde morada. —Se aparta de la puerta y me deja pasar. Su habitación está justo debajo de la mía—. Perdona por el desorden.

Me giro hacia él con el ceño fruncido tras darme cuenta de que, exceptuando algunas chaquetas, todo está ordenado.

—Tendrías que ver mi habitación entonces.

Se ríe y nos sentamos los dos en su cama a una distancia muy prudente. Enciende la tele y no tiene que buscar el canal, porque aparece directamente

en la pantalla.

Al principio, todo iba bien, pero de un momento a otro las escenas empiezan a ser más fuertes de lo que estoy acostumbrada a ver, así que giro la cabeza hacia un lado y miro de reojo.

—¿Es la primera vez que ves uno? —No hace falta que diga nada para saber que está ocultando una risa—. ¿Te da miedo?

—¡Claro que no! Pero ¿tú has visto eso? —Señalo la tele con desprecio y poso mi mirada en su rostro. Me observa con diversión.

—Tienes razón. Este capítulo es un poco violento. ¿Quieres ver otro? ¿O te apetece hacer algo más?

Su pregunta me pilla por sorpresa, pero finjo lo contrario. Me paso las manos por la cabeza, intentando disimular el rubor que sé que se me ha subido a las mejillas.

—Debería irme a dormir —susurro—. Mañana madrugo y no me gustaría llegar tarde el primer día de clase.

—¿Ya? —Sus cejas se alzan levemente. Él mismo se ha sorprendido ante su pregunta, así que se apresura a explicarse—. Podemos poner otro capítulo si quieres.

Tomo la decisión cuando alzo la mirada y la clavo sobre él. Acabo asintiendo con lentitud y una pequeña sonrisa se instaura en su rostro. Ni siquiera sé por qué estoy tan segura de mi decisión, pero tampoco hago nada por cambiarla.

—A lo mejor me quedo dormida —respondo, colocando mi espalda en el cabecero de la cama.

—Si eso pasa, me encargaré yo mismo de que mañana estés puntual en clase.

—¿Lo prometes?

Me giro un poco hacia él, que sigue observándome con una sonrisa de oreja a oreja y asiente, seguro de su decisión, mientras selecciona otro capítulo mucho menos explícito.

—Lo prometo.

Capítulo 3

Quiero abrir los ojos, pero el sueño puede conmigo. Alguien no deja de llamarme y pronunciar mi nombre suavemente mientras acaricia mi brazo, intentando despertarme. Me hago la remolona un poco más y abro los ojos de par en par cuando recuerdo dónde estoy. La luz me ciega por completo, pero distingo a Dani justo a mi lado, que me observa con una sonrisa dibujada en su rostro.

Me incorporo en la cama lo más rápido posible. Su respuesta ante mis movimientos es fruncir el ceño. Entonces recuerdo que me quedé dormida mientras veíamos la tele.

—¿Qué hora es? —pregunto, confusa.

—Las siete —me responde, levantándose de la cama y yendo hacia la cocina—. Ayer me dijiste que empezabas las clases a las ocho y media, así que he supuesto que querrías ducharte antes de ir.

Me mira con una sonrisa de medio lado y le devuelvo el gesto.

—Has cumplido con tu promesa.

—Siempre cumplo mis promesas —murmura, divertido.

Una vez tengo puestas las zapatillas, voy hacia la puerta, pero antes me giro hacia él.

—Perdona si te he molestado durmiendo.

—No lo has hecho. Ni siquiera me has rozado.

Asiento con una sonrisa y me despido de él con la mano, cerrando la puerta detrás de mí. Suelto un suspiro y me encamino hacia mi habitación mientras miro la pantalla del móvil. Dos llamadas perdidas de mamá —algo que no me sorprende—, y una de Kyra. Esta última me hace bloquear la pantalla y centrarme en lo que estoy haciendo.

Después de arreglarme, salgo a la puerta y veo a Liam sentado en un banco con los brazos cruzados y mirando hacia todos lados con una sonrisa. En cuanto me ve, se acerca a mí sin eliminarla.

—¡Te estaba esperando! —dice mientras anda hacia la facultad—. ¿Cómo van los nervios?

—No lo sé —confieso.

No estoy acostumbrada a tratar con gente. Lo único que me alivia de todo esto es que todos los que estén en mi clase van a ser nuevos. No habrá grupos de amigos que no hagan caso a los que están solos, ni seré yo la única que tenga que buscar a alguien para hacer los trabajos… Todos estaremos en la misma situación.

Liam saluda a una chica que pasa por su lado y, tras hacerlo, agacha la cabeza y una pequeña sonrisa tímida se instala en su rostro. Me quedo mirándolo fijamente hasta que se percata de que lo estoy observando divertida.

—¿Qué?

—Nada —me limito a responder.

—Venga, pregúntalo. Te estás muriendo de ganas.

—¿Te gusta?

—Me encanta —admite en un susurro—. Vete a clase y luego te lo cuento. Si necesitas algo, llámame. Es probable que solo nos separen un par de aulas.

El primer día se basa en explicarnos el funcionamiento de las materias. Algunos profesores se toman el tiempo suficiente para explicarnos cosas generales de la universidad; otros, sin embargo, se limitan a su clase y comienzan a dar temario. Escribo todo lo que explican en un folio, sin levantar la cabeza de él.

Entre clase y clase me fijo en que nadie hace caso a nadie. Todos están pendientes de sus cosas, a nadie le importa lo que hay en las pantallas del ordenador de otras personas o lo que escriben en sus libretas, por lo que mi cuerpo se relaja.

Cuando me quiero dar cuenta, estoy en las mismas escaleras que esta misma mañana, esperando a Liam, que no tarda en llegar con una sonrisa de oreja a oreja. Esta vez soy yo quien lo abraza primero cuando veo sus intenciones.

—Llevamos un día y ya estoy cansado. Ha sido igual de horrible que el año pasado —responde cuando le pregunto por el día.

Choco mi hombro con el suyo y comenzamos a andar hacia el césped. Nos sentamos y veo que su mirada se posa en una persona en concreto: la

chica de esta mañana. Es rubia con el pelo corto y un flequillo perfectamente colocado.

—Se me olvidaba, cuéntame sobre esa chica.

Clava la mirada sobre mí con una sonrisa y vuelve a posarla sobre la chica.

—Se llama Eli. Hemos quedado muchas veces y no es un secreto que nos gustamos mutuamente, pero yo quiero algo más con ella.

—¿Nunca se lo has dicho?

Liam gira la cabeza hacia mí de golpe y frunce el ceño, mirándome como si estuviese loca de remate.

—Claro que no. ¿Tú lo has hecho alguna vez?

Niego con una sonrisa forzada.

—¿Sabes eso de «consejitos vendo, pero para mí no tengo»? —Asiente.

Liam vuelve a posar su mirada sobre Eli y, cuando va a hablar, la voz de Dani nos interrumpe.

—¿De qué habláis?

—De nada —respondo con rapidez, restándole importancia.

—Lo sabe —dice Liam a mi lado.

—¿Qué sé?

El moreno se sienta a mi lado y se inclina hacia delante, mirando a Liam, que está a mi otro lado.

—Lo de Eli.

—¿Se lo has contado?

—Se ha dado cuenta ella sola.

Dani me mira y sonríe ampliamente, contento con mi análisis. Clavo mi mirada enfrente y suelto el aire, ignorando la mirada del moreno sobre mí. Liam le cuenta la conversación que acabamos de tener, pero no me quedo a escuchar su respuesta porque mi móvil empieza a sonar. Me levanto de forma apresurada cuando el nombre de Kyra se refleja en la pantalla. Solo respondo cuando estoy lo suficientemente lejos para que ninguno de los dos escuche mi conversación.

—¿Qué quieres? —pregunto sin disimular mi cabreo.

—Quería saber cómo estás.

Quiero creerla, de veras, pero no puedo hacerlo. No cuando se ha pasado el verano ignorándome, como si nuestra amistad no hubiese sido nada todos estos años.

—Bien.

—Te he llamado porque me apetecía hablar contigo, Iris, pero veo que no tienes ganas.

Cierro los ojos con fuerza y suelto un suspiro.

—Sabes que no es eso —respondo al cabo de un rato, tras intentar calmarme un poco—. Llevas sin llamarme desde que te dije que me habían dado la beca y que me iba a la universidad a estudiar, Kyra.

—Teníamos un futuro planeado, y en ese futuro no te largabas a Dublín.

—Teníamos doce años cuando planeamos eso. Las cosas cambian.

Todavía recuerdo la ilusión con la que escribíamos nuestro futuro juntas, como si nada pudiese arrebatárnoslo. Nuestros padres nos advertían de que eso sería casi imposible, pero nosotras nos empeñábamos en hacerlo realidad. Supongo que eso es algo que siempre nos ha caracterizado: soñar como si todo fuese a hacerse realidad.

—Las cosas no cambian, Iris. Tú siempre has decidido ir por tu lado, dejándome sola, para cumplir tu sueño de estar en esa puñetera universidad.

Ahí estaba. La Kyra que se había encargado de torturarme todo un verano por eso.

—Si sabes que era mi sueño, ¿por qué no me apoyaste?

Mi voz disminuye y un nudo en la garganta se hace presente con fuerza.

—Porque dejé de llamarte amiga cuando no te preocupaste por mí.

Aprieto con fuerza el teléfono y utilizo toda la paciencia que me queda para hablar con la mayor tranquilidad posible, pese a que la rabia me consume.

—No fue así —apunto, alzando un dedo acusatorio como si me estuviese viendo—. Te dije que tú aquí podrías ir a una escuela de arte. Te ofrecí mi habitación si a ti no te daban la beca. —Cojo aire y sigo hablando, diciendo todo lo que nunca tuve la oportunidad de decir—. Necesitabas una excusa para hartarte de mí y la encontraste con la universidad.

Suelto todo el aire que estaba conteniendo. Se mantiene en silencio y solo sé que está en la llamada porque oigo su respiración.

—¿Tan poco confiabas en mí como para pensar que no iban a darme la beca? —me recrimina.

—Joder, Kyra. He confiado en ti, te he acompañado a cada concurso al que has tenido la oportunidad de ir. Puedes recriminarme muchas cosas, pero esa no, porque tú, mejor que nadie, sabes que no es cierto. —Tomo una decisión en el momento en que cierro los ojos para contener las lágrimas—. No quiero seguir hablando contigo si cuando me llames va a ser para abrir una herida que nunca fuiste capaz de ayudarme a cerrar.

No espero a que responda y cuelgo. Dejo de oír su respiración, pero empiezo a escuchar la mía a una velocidad que no controlo. Me obligo a sentarme en el bordillo e intento respirar con tranquilidad, pero no puedo. Intento convencerme de que no se merece mis lágrimas, pero de un momento a otro estoy sollozando sin darme cuenta.

Siento una mano sobre mi hombro y alzo la cabeza, limpiándome las lágrimas con rapidez. Dani me observa en silencio desde arriba y se sienta a mi lado sin decir ni una sola palabra. Me pide permiso con la mirada y asiento antes de sentir sus brazos alrededor de mí. Me abrazo a él como si tuviese el poder de eliminar cada rastro de dolor. Sé que es imposible, pero sí que consigo que mi cuerpo se relaje con sus caricias en mi espalda.

—¿Quieres hablar? —pregunta cuando me separo de él con lentitud, pero niego en silencio—. Está bien. Si necesitas algo, no dudes en venir y decírmelo.

Alzo la mirada hasta él y sonrío.

—No te preocupes, Dani —susurro—. Estoy bien, gracias.

Esta vez es su turno de sonreír. Bajo la mirada por su rostro y me fijo en su camiseta. Él hace lo mismo, porque agacha la cabeza y la observa, riéndose.

—Es solo agua. No pasa nada.

—Soy un desastre. —Echo la cabeza hacia atrás y suspiro, avergonzada.

—No lo eres.

—¿Cómo estás tan seguro?

Vuelvo a clavar mi mirada en él y se acerca a mí, haciendo que mi pulso se acelere de forma descontrolada.

—Porque llorar y sentirse mal no tiene nada que ver con ser un desastre.

No aparta su mirada de mí, así que soy yo quien lo hace. Cuando vamos a ir de vuelta a donde están el resto de las personas, agarro a Dani del brazo y lo detengo. Se gira hacia mí, completamente confuso. Señalo a Liam y a Eli para que entienda a qué me refiero y suelta una carcajada.

—Pero ¿qué más da?

—¿¡Qué más da!? Dani, Liam quiere hablar con esa chica todos los días de su vida —exagero a sabiendas—, y ahora están hablando, así que estaría muy feo que fueses a interrumpirlos.

—No es para tanto.

Vuelve a ponerse en marcha, pero lo sujeto del brazo e intento arrastrarlo hacia atrás. Evidentemente, es en vano. Me saca una cabeza y es demasiado fuerte como para que yo pueda moverlo. Él lo nota y sigue riéndose, negándose a colaborar conmigo.

—Si vas allí, vas a ser considerado enemigo mortal de tu mejor amigo.

Alza las manos en son de paz, aguantándose una carcajada y se gira hacia mí, quedando de espaldas a Liam y Eli. Sonríe ampliamente y posa la mirada en su amigo, sin eliminar la mueca de su rostro.

—Está bien —se rinde—. Tú ganas.

Capítulo 4

Observo de nuevo el teléfono y lo giro varias veces en mi mano. Lo enciendo, lo bloqueo y vuelvo a empezar. No sé el tiempo que llevo en bucle, pero no puedo parar de mirarlo. Las dudas llevan conmigo varios días. En clase, en la habitación, cuando estoy con Yana y los chicos… No aparto el móvil de mi mano ni de mi vista.

—Hola.

La voz de Dani suena a mi espalda y segundos después está sentado en el césped justo a mi lado. Le sonrío y espero a que siga hablando, pero solo me observa.

—¿Todo bien? —pregunto mientras dejo el teléfono a mi lado.

—Dímelo tú. —Señala el teléfono—. Llevas tres días dándole vueltas, lo vas a marear.

Niego y ruedo los ojos, disimulando que el simple hecho de que se haya dado cuenta me ha puesto nerviosa. Quizá soy demasiado obvia.

Pero tiene razón. No sé las veces que he estado a punto de pulsar el número de Kyra para llamarla. Tampoco sé las veces que he estado mirando la pantalla como si ella fuese a llamarme a mí. Le dije que no quería hablar con ella, pero he mantenido la esperanza de que me hablase y pudiésemos arreglar las cosas. Es lo que hacemos. Es lo que hacen las amigas.

—Vamos a hacer una cosa —dice, serio—. Esta tarde voy a llevarte a un sitio y te vas a olvidar por completo de ese aparato.

Apunta hacia el teléfono con desgana y suelto una carcajada, olvidándome por completo de Kyra.

—No eres muy fan de los móviles, ¿no?

—No. —Se encoge de hombros, restándole importancia—. ¿Te apuntas al plan?

Se echa hacia atrás, apoyando los codos sobre el césped, por lo que tengo que girarme para poder seguir hablándole a la cara.

—¿Dónde vamos a ir?

—Ya lo verás. Solo te digo que es el mejor sitio en el que he estado nunca.

La intriga hace que mi mente empiece a trabajar mientras pienso lugares de Irlanda, pero apenas conozco nada. Llevo aquí menos de una semana y nunca he salido de Adare, y no conocer nada hace que las ganas de ir a ese sitio aumenten.

—¿No podemos ir ahora?

—Ojalá, pero tengo un examen al que asistir…

—¿Examen? —pregunto, sorprendida—. Pero si solo llevamos cuatro días de clase.

—Bienvenida al mundo universitario.

Suelto una carcajada. Pasar tiempo con Dani siempre es entretenido, aunque apenas lo conozca. La hora libre se acaba y cada uno nos vamos a nuestra clase.

El resto de las horas se me hacen eternas; los profesores ya han empezado a dar temario y, de vez en cuando, me cuesta seguir el ritmo. Pese a eso, estoy esforzándome todo lo que puedo, porque necesito esa beca si quiero seguir aquí el año que viene. Necesito aprobar todas, porque si no lo hago, tendré que volver a casa con las manos vacías y sin poder dedicarme a esto el resto de mi vida.

—¡Iris! —Me sorprendo cuando Olaya me llama desde la otra punta del pasillo con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Cómo va todo?

—¡Muy bien! ¿Qué haces en este edificio?

—He venido a recoger unos papeles, pero no sé muy bien dónde tengo que ir.

—Te acompaño.

Tras averiguar dónde tenía que ir, nos dirigimos a recepción y es ella quien entra mientras yo la espero fuera.

Escucho un carraspeo a mis espaldas y no tengo que girarme para saber que es Dani quien me mira, apoyado en la misma pared en la que estoy yo.

—¿Tú no tendrías que estar en un examen?

—Estaba en el examen, pero me han puesto el único tema que no me he estudiado.

Se rasca la nuca mientras entrecierra los ojos y frunce los labios en una línea.

La risa de Olaya llega a mis oídos. Dani la mira con una sonrisa agradable y cordial, mientras que ella lo mira con una mueca de diversión.

—Cuando yo tenía vuestra edad lo único que me importaba era conocer chicos —dice sin más—, y vosotros aquí, hablando de estudiar. ¡Disfrutad más y sufrid menos, bonicos!

Se despide con la mano y camina con rapidez hacia su destino, dejándonos a Dani y a mí con el ceño fruncido, sin saber qué acaba de pasar. No hace falta decirnos nada para que nos echemos a reír.

—¿Por qué has venido aquí?

—He venido a buscarte —responde mientras salimos del edificio—. ¿Estás preparada?

Asiento y me arrastra hasta que llegamos a un pequeño edificio al lado del nuestro, formado por garajes. Abre una de las puertas y la cruza conmigo de la mano. Dentro del garaje hay un coche y una moto.

Dani se gira hacia mí, ilusionado, y se coloca delante de la moto, señalándola con la cabeza de manera disimulada. O fingiendo que está siendo disimulado, más bien.

—Me da miedo la moto —admito en un susurro.

—¿Confías en mí?

Se acerca a mí y me mira a los ojos. No hay ninguna sonrisa, no hay ninguna mueca. Me observa en silencio, esperando una respuesta sincera.

Asiento mientras analizo cómo es posible que confíe en alguien que conozco solamente de cuatro días. Una sonrisa se dibuja en su rostro y me tiende un casco; soy yo la que se lo pone, pero él se acerca a mí y me ayuda a abrocharlo. Su rostro está demasiado cerca del mío y, por un segundo, me olvido de que puede sentir mi mirada sobre él.

Saca la moto y, una vez fuera, se coloca el casco y me ayuda a subirme a su espalda.

—Si te sigue dando miedo, solo tienes que decírmelo y pararé, ¿vale? —Asiento antes de que agarre mis brazos y los pase por su cintura.

Al principio, cierro los ojos e intento concentrarme en su respiración, ya que noto su abdomen subir y bajar. Empieza suave, hasta que llegamos a la carretera y me animo a abrir los ojos lentamente. El aire me da de golpe en la cara y siento cómo una pequeña sonrisa se dibuja en mi rostro.

Miro a mi alrededor y, aunque cuando salimos no hay nada interesante, llega un momento del camino en el que solo veo mar. Ni siquiera sé el tiempo que llevo subida a la moto, pero disfruto del sonido de los coches, del aire golpeándome en la cara… Los ojos de Dani se detienen en el retrovisor y su mirada se clava en mí. No puedo evitar sonreír, pese a que él no pueda verlo porque llevo el casco. La adrenalina hace que mi mente se olvide de Kyra, de las clases, de la distancia. Me siento bien, como si fuese libre.

En un momento dado, disminuye la velocidad y pone el intermitente, girando hacia la derecha. Parece una especie de playa donde no hay nadie. Se escucha el mar rompiendo con las rocas y eso hace que mis ganas de bajar de la moto y correr hacia allí aumenten, así que eso hago. Con la ayuda de Dani, me quito el casco.

—Esto es precioso, Dani —susurro, observando la playa—. ¿Cómo conociste este lugar?

—Huyendo. —Me giro hacia él, sorprendida por lo sincero que suena, y después me siento en la arena—. Lo descubrí hace casi un año. Terminé enamorándome de este rincón.

Sonríe y se sienta a mi lado mientras me mira. Le devuelvo el gesto y clavo mi mirada en el mar, sin poder dejar de sonreír. Estoy verdaderamente ilusionada.

—¿Estás bien?

Su pregunta me hace mirarlo.

—Ahora sí —confieso en un murmuro sin poder despegar mi mirada de él—. Mi hermano amaría este lugar.

Sonríe con cierta nostalgia y se gira hasta que todo su cuerpo está en dirección hacia mí.

—¿Tienes un hermano? —Asiento, emocionada—. Háblame de él.

—Se llama Noah. Es más pequeño que yo.

—Noah —repite, pensativo—. Me gusta ese nombre.

Sonrío inconscientemente mientras pienso en la reacción que tendrá mi hermano cuando le diga que a alguien le ha gustado su nombre. Porque él es así, se conforma con las cosas más pequeñas y disfruta de lo más mínimo.

—¿Y tú?, ¿tienes hermanos o eres hijo único?

Su sonrisa titubea por unos segundos, pero vuelve a fingir ilusión. Aunque me gustaría demostrarle que me he dado cuenta de esa pequeña mueca, no lo hago, porque no quiero entrometerme demasiado en algo que es evidente que no quiere hablar.

—Estamos hablando de ti —bromea—. Bueno, de tu hermano. Háblame de él.

—¿Estás interesado en mi hermano?

Mi pregunta le sorprende, porque asiente con confusión.

—No te hubiese preguntado por él si no estuviese interesado, Iris. Quiero saber si la bondad viene de familia.

El corazón me late muy rápido.

—Apenas me conoces.

Mi tono de voz es un poco más agresivo de lo normal, pero si él se ha dado cuenta de ello, no hace ningún comentario al respecto.

—Eres como un libro abierto —responde sin pensarlo.

—Kyra cree que soy mala amiga.

Las palabras resbalan por mis labios sin pensarlas, pero tampoco me importa. Necesitaba escupirlas para creerlas, para analizarlas y darme cuenta de que a lo mejor tiene razón. Quizá sí la abandoné.

—¿Lo eres?

Su pregunta me hace mirarlo con el ceño fruncido. No me la esperaba y eso hace que mi pulso se acelere más todavía.

—Si fueras mala amiga no estarías preocupada por lo que te dijo, porque te daría igual. —Sus palabras salen con seguridad, sin titubeos—. Llevas pensando en llamarla tres días seguidos y estoy seguro de que te cuesta hasta dormir.

Ha dado en el clavo y él lo sabe. Agacho la cabeza, avergonzada, pero es él quien coloca los dedos en mi barbilla y los sube con detenimiento.

—Eso no lo hacen las malas amigas, Iris.

Alzo la cabeza y clavo mis ojos en él, buscando cualquier ápice de mentira o de broma, pero no lo encuentro.

—¿De verdad piensas así?

Mi voz sale despacio, con miedo, porque no sé si estoy preparada para escuchar su respuesta, pero cualquiera de esas dudas desaparece cuando

sonríe levemente.

—Todo lo que te diga va a ser lo que pienso. Antes de engañarte, me callo.

Acepto sus palabras y vuelvo a posar la mirada sobre el mar, escuchando el sonido que había desaparecido.

—¿Cómo sabes que me cuesta dormir?

—Un libro abierto —repite sin mirarme.

El silencio nos invade, pero no me molesta. De hecho, me gusta escuchar solamente el mar, las gaviotas y nuestras respiraciones. No tenemos que hablar para rellenar los huecos, y eso me hace sentir mucho más cómoda. De vez en cuando siento su mirada sobre mí, y él no parece darse cuenta de que soy consciente de ello; mentiría si dijese que yo no estoy haciendo lo mismo. Entonces pone esa sonrisa burlona y se gira hacia mí, pillándome de pleno. Y, por suerte, mi teléfono empieza a sonar, interrumpiendo lo que fuese que iba a decir.

—Habíamos dicho nada de móviles —murmuro—. Es Yana.

—Quizá es importante.

Tardo unos segundos en tomar una decisión, pero acabo contestando.

—¿Está Dani contigo?

—Sí. Te lo paso.

El moreno frunce el ceño cuando agarra mi teléfono y me encojo de hombros. No tengo ni idea de lo que quiere Yana, y Dani parece igual de confundido que yo.

—Dime —responde. No escucho al otro lado de la línea, así que solo puedo oír lo que él le contesta—. A media hora, ¿por qué?

Se levanta de la arena y empieza a caminar a una distancia bastante prudente de mí, así que ya no puedo escuchar lo que él le dice.

Cuando cuelga, me tiende el teléfono y anda tan rápido que cuando quiero llegar yo a la moto, ya está con el casco y esperándome para poder ponérmelo a mí. No hago ninguna pregunta, porque dudo que sea el mejor momento para hacerle un interrogatorio, así que me limito a subirme detrás de él. Aprieto su hombro, haciéndole saber que estoy aquí, y él se gira un poco hacia mí.

El camino ya no es tan bonito y la tensión se podría cortar con unas tijeras si quisiéramos. No estoy dentro de sus pensamientos, pero estoy segura de que su mente tiene mil cosas ahora mismo. Y probablemente ninguna buena.

Capítulo 5

Dani

Cuando llego a la universidad, apago la moto justo delante de nuestro edificio, ni siquiera me molesto en llevarla al garaje. Me acerco a Iris y le quito el casco con la mayor rapidez posible. Sé que ahora mismo su cabeza está imaginando un montón de escenarios y sé que tendré que darle una explicación por mi cambio de actitud, pero no es el momento. No estoy lo suficientemente concentrado para dársela. Me sigue hasta que llego a mis amigos y se detiene justo a mi lado.

—¿Dónde está? —pregunto con los puños apretados.

Liam señala el interior del edificio, así que me voy hacia allí con la mayor rapidez posible, pero antes él me detiene, sujetándome el hombro.

—Llámanos si necesitas algo.

Asiento sin mirar hacia atrás y salgo disparado hacia mi habitación. El pulso empieza a latirme con fuerza y eso todavía me da más rabia. Siguen afectándome como el primer día sus comentarios, sus formas de hablar y sus desprecios. Tendría que aprender a ignorar cada cosa que escupe por su boca, pero no sé hacerlo y dudo que algún día aprenda.

Trago con fuerza y finjo que nada me molesta cuando entro a mi habitación.

Mi padre está sentado en uno de los taburetes de la cocina mientras observa el móvil. Cuando se da cuenta de mi presencia, gira su cara hacia mí y vuelve a clavarla en el teléfono. Lleva un traje nuevo, probablemente comprado hace un par de días, con uno de los relojes de la empresa y unos zapatos que tampoco le había visto nunca. No me sorprende, porque siempre le ha gustado demostrar a todo el mundo la cantidad de dinero que tiene en su bolsillo.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, apoyándome de brazos cruzados en el mármol de la cocina—. Pensaba que se habían acabado las visitas sorpresa.

Apaga el móvil con delicadeza y lo deja sobre la mesa, perfectamente colocado.

—Y yo pensaba que se había acabado eso de jugar a ser un universitario cualquiera.

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

Suelta una carcajada amarga que me recorre de arriba abajo y me obligo a mantener la calma y no explotar. Mi madre no querría que eso ocurriese.

—Tendrías que estar estudiando y, en cambio, estabas por ahí con la moto.

—No te debo explicaciones —mascullo.

Los años anteriores venía todas las semanas a comprobar que estuviese estudiando, que siguiese con la carrera y que mis amigos fuesen buena compañía. Con él siempre ha sido así. Imposible vivir a tu aire sin que su mirada te juzgue a cada maldito paso que das. Este último año, aguantarlo se ha convertido en un auténtico suplicio.

—¿Cómo dices? —Una sonrisa forzada se dibuja en su rostro—. Estás aquí gracias a nosotros, así que no me vengas con gilipolleces, Daniel.

Ruedo los ojos y bufo, cansado de escucharlo. Quiero confrontarlo, pero sería volver a empezar una discusión sin ningún final con sentido. Al final le daría la razón como a los tontos y acabaríamos cabreados, así que me limito a acercarme hacia donde está él.

—¿A qué has venido?

—Ese día… Ese día tienes que estar en casa.

Su tono de voz disminuye y la sonrisa burlona de su rostro se apaga a lo largo de la frase.

—¿Para qué quieres que esté allí, papá?

—Porque se merece que estés allí.

—No —niego rotundamente—. No pienso caer en tu chantaje emocional. No voy a estar allí. Lo siento.

Me aparto de él y me acerco hasta la puerta, abriéndola. Me echo a un lado y lo invito a salir, pese a que él todavía sigue en la silla, esperando que cambie de opinión. Pero no pienso hacerlo.

Estoy harto de ser el saco de boxeo de mis padres, especialmente de él. Harto de hacerlo todo mal, de sentirme culpable todo el rato y de fingir indiferencia. Sarah diría cualquier cosa y a papá se le iluminaría el rostro, hablaríamos como padre e hijo y dejaríamos las peleas para cuando ella no estuviese. Pero hace demasiado tiempo que su ausencia se nota y que la tensión entre nosotros solo aumenta.

Mi padre se levanta del taburete y recorre el mini pasillo sin apartar sus ojos de mí.

—Sarah estaría super decepcionada contigo.

Cierro de un portazo y siento cómo todo el aire sale de golpe. Cierro los ojos y dejo que los recuerdos invadan mi mente: la fiesta, el alcohol, Sarah… La voz de mi padre y su dedo acusatorio apuntándome se hacen presentes en mí y tengo que sentarme en el suelo para volver a sentir que mi cuerpo sigue reaccionando a la realidad.

El corazón empieza a latirme con fuerza, los latidos se descontrolan y no me dejan escuchar nada más que eso. Las palabras de mi padre se hacen presentes a mi alrededor. Los reproches de mi familia retumban por toda la habitación y soy capaz de ver sus miradas juzgando cada decisión que tomo. La respiración se me acelera y dejo de ser consciente del lugar en el que estoy, porque solo noto el tacto de la madera de la puerta bajo mis dedos. Me deslizo lentamente hasta que consigo estar sentado, notando el frío que desprende el suelo.

La voz de Sarah me golpea en los oídos y es todo lo que necesito para dejar que las lágrimas caigan con rapidez, ahogándome todavía más.

No fue mi culpa. No fue mi culpa. No fue mi culpa.

Tengo que creérmelo. Necesito creérmelo.

El pecho me aprisiona y llevo mi mano allí intentando aliviar el dolor, pero no lo consigo. Es imposible, porque ni siquiera noto mis dedos. Cojo aire y lo suelto con rapidez, sin pensarlo.

El calor llega a mi cara y a mi cuerpo de golpe y coloco las manos en el suelo, buscando el frío e intentando que recorra cada parte de mí. Las piernas me tiemblan y soy incapaz de hacerlas parar.

No fue mi culpa. No fue mi culpa. No fue mi culpa.

Me obligo a coger todo el aire que puedo y lo suelto con lentitud. No sé las veces que lo hago, al igual que tampoco soy consciente del tiempo que pasa. No siento ninguna parte de mi cuerpo y solo soy capaz de escuchar mis propios sollozos mientras consigo que mi respiración vuelva a su ritmo habitual. En algún momento me he tumbado por completo en el suelo, así que me quedo allí durante unos segundos, o quizá minutos. No lo sé, pero dejo que las lágrimas caigan una detrás de otra y no me obligo a detenerlas.

La echo de menos. Cada parte de ella.

He perdido la noción del tiempo, pero ya es prácticamente de noche. Mi cuerpo ha vuelto a un punto estable y necesito salir de aquí si no quiero volver a hundirme. Abro la puerta de mi habitación y me dirijo hasta la de Liam. En cuanto la abre, prácticamente se lanza sobre mí, abrazándome. Le devuelvo el abrazo y sonrío de verdad. Siempre ha estado ahí, desde el momento en el que vino con seis años y me preguntó si podía jugar conmigo. Él sí que conoce cada cicatriz. No necesito hablar para que sepa lo que ha ocurrido en aquella habitación. Agradezco que no diga nada, porque no es el mejor momento, y solo vuelva a abrazarme.

Yana y Landon me observan desde el pasillo con una pequeña sonrisa, mientras que Iris está al fondo, sentada en el sillón, mirando a un punto fijo. Oigo cómo todos los engranajes de su cabeza trabajan a una velocidad inhumana, quizá sintiéndose excluida.

—¿Podemos hablar? —Su cabeza se alza y clava su mirada en mí, asintiendo. Los demás vuelven al sofá y ella se acerca completamente confundida—. Quería pedirte perdón. Desde que he recibido esa llamada he estado super borde con el mundo, y tú no tienes la culpa.

—No tienes que pedirme perdón, Dani. Entiendo que ha sido una llamada complicada.

Asiento con una pequeña sonrisa. Es observadora, pero no en el mal sentido. Es como si necesitase cuidar de todo su alrededor, y por eso se detiene en cada detalle.

—Los tenías preocupados —sigue diciendo.

—¿Y tú no estabas preocupada? —pregunto, divertido.

Rueda los ojos mientras se cambia el pelo de lado. Ahí está su pequeña manía.

—¿Por qué iba a estarlo si solo te conozco desde hace una semana?

Suelto una carcajada que me hace olvidar lo que ha pasado hace unos minutos.

—Deberías ir. —Señala a Yana, Liam y Landon, que hablan entretenidos—. Mañana nos vemos.

—¿No te quedas?

Se gira hacia los chicos durante unos segundos y luego vuelve a clavar su mirada en mí y niega lentamente.

Cuando pasa por mi lado, agarro su brazo y la hago girarse hacia mí. Su ceño se frunce un poco ante la confusión, pero se relaja cuando vuelvo a hablar.

—Desde ahora somos tus amigos —susurro—. Puedes irte si quieres, pero no pienso moverme hasta que de verdad te creas que formas parte de este grupo. Yana no deja de hablar bien de ti cada vez que no estás, los chicos te adoran.

Lo digo en serio. No sé qué tiene Iris, pero es magnética. En cuanto sonríe sabes que estás en el lugar correcto, con la persona correcta.

—¿Y tú? —Frunzo el ceño, confuso—. ¿Tú qué piensas de mí?

—Creo que haces que las cosas tengan un poco más de sentido en este mundo. Llegaste el primer día y ya nos conocías a todos… Eso no lo hacemos con cualquiera. —Hago una pausa y veo sus intenciones, así que la interrumpo antes de que diga algo más—. Recuerda que te dije que antes de engañarte…

—… *me callo* —termina por mí.

Me sonríe y, tras ver las dudas en sus ojos durante unos segundos, toma una decisión. Entonces es mi momento de sonreír cuando da un paso hacia el interior de la habitación, aceptando quedarse más tiempo.

Capítulo 6

Estoy frente al espejo haciéndome una coleta por primera vez desde que he pisado Dublín. No suelo llevarlo recogido porque prefiero verme con el pelo suelto, pero Dani y Liam se empeñaron en que los acompañase a correr, y correr con el pelo suelto no es la mejor opción.

Termino de vestirme y salgo hasta la puerta del edificio, en la que me esperan los dos con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Estás preparada? —pregunta Dani, subiéndose la cremallera de la chaqueta.

El frío del invierno ya empieza a notarse, sobre todo por las mañanas temprano y por las noches.

—No, pero era esto o que no me dejarais en paz.

Liam asiente orgulloso y es él el primero en empezar a correr. Al principio, lo hace con un trote bastante tranquilo al que sí puedo seguirle el ritmo, cosa que agradezco por completo. Dani va a mi lado en silencio, pero en algún momento de la carrera deja de estar conmigo y pasa a estar con Liam, a unos metros de mí. El cansancio empieza a ser evidente en mis piernas y siento cómo el dolor empieza a acumularse en mis gemelos.

—¿Todo bien por allí detrás, Iris? —Dani se gira hacia mí con una sonrisa entretenida y asiento mientras frunzo el ceño. Suelta una carcajada y se gira para gritarle a Liam—: ¡Ve tú delante, me quedo con ella!

Liam levanta el brazo y saca el dedo pulgar.

—No hace falta… que te quedes conmigo… Estoy bien.

—Tienes que cerrar la boca y respirar por la nariz o vas a provocar el efecto contrario y vas a cansarte —susurra, ignorando lo que le he dicho.

Cierro la boca con lentitud e intento seguir su recomendación. Apenas ha mejorado, pero la fatiga ha disminuido un poco.

Su mirada recorre mi rostro y entrecierro los ojos, sabiendo exactamente el lugar en el que se detiene. Alza la voz, emocionado.

—¡Pareces Harry Potter!

Evidentemente, lo ha dicho. Se coloca delante de mí y empieza a correr hacia atrás, sonriendo. Parece un niño de cinco años cuando le dan una gominola. Muerdo el interior de mis mejillas para no sonreír cuando me fijo

en lo preciosa que es su sonrisa y los hoyuelos que se le forman justo en la comisura de los labios.

—¿Por qué nunca me había fijado?

—Porque siempre llevo el pelo suelto y no se ve.

—¿Puedo?

Se detiene justo enfrente de mí y pasa un dedo por encima de la mancha cuando asiento. Una pequeña mancha de nacimiento en el lado derecho de mi rostro que parece un mini rayo. Sus movimientos son lentos y cuidadosos. Cierro los ojos y el simple tacto de sus dedos sobre mi piel consigue acelerarme el corazón. Un escalofrío me recorre toda la espina dorsal.

Abro los ojos cuando los aparta y sonríe de medio lado, pero por unos segundos no dice nada.

—No dejas de sorprenderme, Potter.

Empiezo a toser con fuerza cuando lo escucho. No puede ser verdad.

—Me niego a que me llames así. —Le apunto con el dedo.

—¿O si no qué?

Da un paso divertido hacia mí, sin apartar su mirada.

Quiero responderle algo. Tengo que hacerlo, pero no se me ocurre nada. Al cabo de un rato, relajo los hombros y ruedo los ojos, dándome por vencida.

—¿Alguna vez alguien te ha comparado con Harry Potter? —pregunta cuando seguimos andando. Esta vez no hay nada de divertido en su tono de voz.

—Cada vez que la veían.

En el colegio, en las actividades extraescolares, en el instituto…, en cualquier parte.

—¿Te molestaba que lo hiciesen?

—No cuando lo hacían sin maldad.

Nunca nadie me ha llamado así, pero siempre ha existido la comparación. Nunca me ha molestado; nunca, hasta que esos comentarios se convertían en crueles y dañinos. No eran muchos los que pasaban a insultarme de esa forma, pero sí había alguno que otro.

—¿Alguna vez lo han hecho con maldad?

Vuelve a detenerse, pero esta vez a mi lado y con la vista puesta en el suelo. Frunzo el ceño y me agacho un poco para ganarme su atención. Parece confuso.

—Sí.

—¿Te molesta que te llame así?

—¿Lo haces con maldad?

—Nunca lo haría —susurra, clavando su mirada en mí.

—Entonces no. No me molesta.

No miento. No si él tampoco lo hace. De hecho, en cierto modo, me gusta escucharlo de sus labios.

Sonríe y en silencio volvemos a ponernos en marcha hasta que llegamos al edificio. Liam ha desaparecido, así que es posible que haya llegado hace más de media hora mientras nosotros hablábamos. Cuando llegamos, cada uno se va a su habitación, y poco después nos encontramos en el bar donde Yana y Landon están sentados, agarrados de la mano.

La camarera llega poco después y empieza a tomarnos nota, pero su mirada no se aparta de Dani, aunque este parece bastante ajeno a lo que está ocurriendo. La chica está coqueteando con él y parece darle absolutamente igual. Todos pedimos, ignorando el hecho de que no nos haya mirado ni una sola vez a ninguno.

—¿No te has dado cuenta? —La voz de Liam suena a nuestras espaldas. Su pregunta va dirigida a Dani.

—¿De qué?

—De que la camarera estaba intentando leerte hasta el alma —explica Liam sin eliminar su sonrisa burlona del rostro.

El moreno se encoge de hombros, restándole importancia.

—¿Cuánto tiempo llevas sin ligar?

Su pregunta incluso me sorprende. Y me resulta casi más sorprendente el hecho de haber pensado justo eso.

—No quiero nada —espeta, poniéndose serio.

—Llevas sin…

—No quiero hablar del tema, Liam.

Su mirada es casi de súplica cuando la posa sobre su amigo, y este parece entenderlo a la perfección, porque ya no vuelve a nombrar el tema.

Una parte de mí, la más curiosa, se queda con la intriga de conocer más sobre ello. La otra, la más racional, sabe que no es de mi incumbencia.

El silencio nos invade durante unos instantes hasta que Landon habla de golpe, casi como si lo estuviese planeando.

—Marc va a venir una temporada.

Dani aparta la mirada de la mesa y la clava sobre Landon. Tanto el moreno como Liam se tensan en el asiento, mientras que yo los observo en silencio y con el ceño fruncido, intentando entender por qué esa frase ha tenido tanta repercusión en la mesa. Incluso se puede cortar la tensión con unas tijeras.

—No puedo hacer otra cosa, Dani. Todavía es menor y mis padres creen que estando aquí puede madurar.

A mi lado, Dani suelta una carcajada completamente amarga, haciendo que todos mis músculos se tensen. Esto parece demasiado serio.

—No quiero verlo, Landon.

—Lo sé, pero…

—No quiero —repite, apretando la mandíbula.

—No es mi culpa.

La voz de Landon suena con más fuerza de lo normal. No parece cabreado, más bien parece dolido.

—Joder. Claro que no, Landon. No es tu culpa. Nunca lo ha sido. —Se pasa la mano por el pelo, completamente desesperado—. No te estoy culpando a ti porque tú no tienes nada que ver con lo que pasó.

Busco conectar mi mirada con Yana o Liam, pero los dos parecen bastante concentrados en lo que están diciendo sus amigos. Dani respira con dificultad y Landon parece que esté a punto de ponerse a llorar.

—Te pido una cosa, Landon —dice—. No quiero saber nada de él.

—Haré lo posible para que no tengas que estar en el mismo sitio en el que esté él, pero no deja de ser mi hermano.

Dani asiente y vuelve a relajarse en la silla. Justo como hacen todos los demás. Trago con fuerza y destenso los hombros lentamente.

La conversación de después tarda un poco más en llegar, pero lo hace con diversión. Liam les cuenta a los demás que hemos ido a correr, hace hincapié en que se me da fatal y, además, les cuenta que nunca hemos visto

High School Musical, haciendo que Yana se lleve las manos a la boca, sorprendida.

—¡Qué poca cultura tenéis! ¿Y qué os gusta a vosotros? ¿Los Lunnis?

—Yo soy más de Harry Potter —responde Dani, posando su mirada sobre mí, entretenido.

Intento ocultar mi sonrisa y sacarle el dedo medio, pero es muy difícil engañarle, así que me limito a ignorar lo que ha dicho.

—Qué impredecible —espeta Landon rodando los ojos.

—Pero ¿¡cómo te va a gustar más Harry Potter que cualquier musical!?

—Supongo que hay películas que tocan esa parte de ti que no toca ninguna otra.

Su mirada se clava sobre mí. No lo ha dicho, pero siento que no habla solo de las películas, que hay más. Ya no hay diversión en su rostro, más bien hay un toque de sinceridad con el que consigue alterar cada parte de mí. Ni siquiera ha dicho nada, pero ha sido suficiente.

—No entiendo nada —responde el rubio.

—Cada persona tiene unos gustos, Liam.

—Ya lo sé, pero que te guste más la magia que los musicales no tiene ningún tipo de sentido.

Se cruza de brazos después de darle un sorbo a la cerveza y cambia de tema radicalmente, como si ya le hubiese cansado discutir sobre películas.

La frase de Dani se repite en mi cabeza y me obligo a dejarla ir, aunque sea durante unos minutos, si no quiero que mis mejillas se tiñan de rojo. No sé qué pasa conmigo o porque reacciono de la forma en la que lo hago cuando sus dedos me rozan o cuando me sonríe, pero sé que me siento bien con él. Siento que estoy en el lugar correcto con todos en general. Estoy dando pequeños pasos que hace un mes me costaría horrores dar, pero estoy aprendiendo a conocer un poco más de mí.

Capítulo 7

La voz de mi madre suena al otro lado del teléfono. Parece contenta al escucharme hablar por segunda vez desde que estoy en Dublín.

—Pensaba que ya te habías olvidado de nosotros.

—Eso es que no me conoces en absoluto —respondo con una sonrisa.

Echaba de menos hablar con ellos, pero he estado demasiado ocupada intentando entender ciertos temarios y conociendo a la gente de mi clase, aunque la mayoría de ellos vivan en su mundo sin importarles el resto. Además, también he estado haciendo planes con mis compañeros de edificio.

Mi madre y yo hablamos de temas triviales durante varios minutos. La tranquilidad llega a su fin cuando decide volver a hablar, sorprendiéndome con su afirmación.

—Kyra ha llamado —susurra, como si le costase horrores reconocerlo —. Dice que habéis discutido.

—¿Y te ha dicho el motivo?

—Sí, pero quería conocer tu versión.

—Lleva ignorándome todo el verano porque, según ella, he traicionado nuestra relación al venirme a Dublín a estudiar. Ya sabes que cuando éramos pequeñas hablábamos de un futuro juntas, pues ahora parece ser que he sido yo la que ha tirado por tierra toda nuestra relación. —Solo escucho la respiración de mi madre al otro lado de la línea, y eso me pone nerviosa —. ¿Qué te ha contado ella?

Suelta un suspiro sonoro y me levanto del banco, intentando calmar mis nervios. Odio cada vez que Kyra dice algo, porque muchas de esas veces no son cosas reales.

—Que te ha llamado y que le has dicho que no quieres saber nada de ella.

—No es del todo mentira —susurro.

Puede ser que le dijese eso, pero también le dije que no quería saber nada de ella si cada vez que hablase conmigo era para recriminarme cosas.

—Puedes hacer dos cosas, Iris. Puedes seguir pensando en ella mientras intentas formarte o puedes ser consciente de que te estás defendiendo de

algo que te ha hecho daño. Eres tú la que tiene el poder de decidir qué quieres hacer. Nadie más.

Su voz suena calmada. Sonrío porque es ella en su máximo esplendor, con sus consejos y sus opiniones. Siempre está ahí, tenga o no la razón, nunca se ha ido de mi lado. Esta vez, es ella la que tiene razón. Puedo empezar a tomar mis propias decisiones o puedo seguir preocupándome por alguien que no lo ha hecho por mí. Mi cabeza sabe cuál es la mejor opción de todas, pero otra parte de mí se equivoca por completo.

Cuando termino de hablar con mi madre, vuelvo a clase y paso las horas cogiendo apuntes. Solo veo frases escritas sin sentido y la forma en la que el profesor habla no hace más que confundirme. Lo hace con rapidez, prácticamente no respira y parece que tiene prisa por acabar el temario. Mis compañeros se miran confusos entre ellos.

Cinco minutos después estoy fuera y me dirijo hacia la habitación de Liam, que nos hizo prometer que veríamos un musical todos juntos, haciendo énfasis en el nombre de Dani y en el mío.

—Hola, Potter —saluda Dani cuando abre la puerta.

—No piensas cansarte, ¿no?

Paso por su lado y me detengo cuando siento la mirada de Yana. Está apoyada en el final del pasillo con una sonrisa divertida. Dani, mientras tanto, niega con la cabeza y suelta una carcajada a mi espalda. Ruedo los ojos y me detengo cuando la pelirroja me hace un movimiento de cabeza para que entre al aseo.

—¿Todo bien? —pregunta en cuanto cierra la puerta detrás de ella. La miro con el ceño fruncido mientras me siento en el borde de la bañera, mirándola con confusión—. Dani contigo sonríe más de lo normal.

Me atraganto cuando la escucho y me obligo a esconder la sonrisa que amenaza con salir. No me esperaba que fuese a decirme algo así, pero tampoco puedo quitarle la razón, y eso, por algún motivo, me gusta. Dani nunca ha sido borde con ninguno de sus amigos, pero tampoco irradia una felicidad que pueda verse a kilómetros de distancia. Sin embargo, conmigo lo he escuchado reírse a carcajadas. Pese a que sí soy consciente de ello, nunca me había parado a analizarlo.

—¿Y…?

—¿Te gusta? —La pregunta sale de sus labios antes de que yo pueda terminar la mía.

Abro los ojos de par en par y niego rápidamente mientras se ríe entre dientes. Está disfrutando con esto.

—Creo que no recuerdo cuándo fue la última vez que me gustó alguien, Yana.

He olvidado los nervios cuando quedas con esa persona especial, las mariposas del estómago y el sentimiento de querer darlo todo por la persona que te gusta. He olvidado lo que es estar enamorada. Ni siquiera sé si alguna vez lo he estado.

—¿Y qué tiene eso que ver?

—Llevo aquí pocas semanas. Es imposible enamorarse de alguien en tan poco tiempo —explico, pero ella no parece convencida. Más bien está totalmente en contra de mi opinión.

—Los sentimientos no dependen del tiempo. De hecho, creo que el tiempo es bastante relativo. Hay personas que están años en tu vida y no significan gran cosa, pero también hay otras que llegan de repente y revolucionan todo lo que tocan de una forma preciosa.

La manera en lo que lo dice me hace pensar que tiene razón, que quizá el tiempo sí que es relativo y que los sentimientos no tienen fecha de caducidad, pero también me parece imposible lo que dice. Las personas aparecen en tu vida y necesitan un tiempo para hacer que tú quieras tenerlas en ella. Sin embargo, mi mente trabaja a toda velocidad porque son casi pensamientos contradictorios porque Yana, Landon, Liam y Dani me han demostrado mucho en poco tiempo.

Me limito a asentir y sigo escuchándola mientras habla.

—La confianza se gana con el tiempo, pero hay muchos otros factores que se van añadiendo en cuanto conoces a alguien. Algunos de ellos aparecen de golpe y otros tardan años en hacer efecto en esa relación. —Hace una pausa para sentarse enfrente de mí—. Dani es un buen tío.

Pienso durante unos segundos lo que quiero decir. Clavo mis ojos en ella y respondo.

—Lo sé, pero creo que no me gusta.

—Me conformo con que dudes de ello. —Se levanta con una sonrisa y aplaude como una niña pequeña.

—¿Vas a *shippearnos*? —pregunto mientras salimos por la puerta. Se detiene de golpe y me mira.

—¡Oh! Cómo se nota que tenemos que conocernos más —susurra—. Lo hice el día que os vi a hablar por primera vez.

Soy consciente de que hay mil tipos de amistad, mil tipos de relaciones. Soy consciente de que hay personas que están para unas cosas y personas que están para otras. Kyra es mi amiga, así la considero y no creo que eso cambie pese a todo, pero no se acerca a lo que tengo con Yana. Nuestra relación empezó hace apenas unas semanas, pero está pendiente de mí como si hubiese sido su amiga toda la vida.

Supongo que ella ha sido como un meteorito que ha aparecido sin avisar para enseñarme otro mundo distinto. Ni mejor, ni peor…, solo otro. Porque quizá es eso lo que hace que el mundo gire: descubrir y no dejar de hacerlo. Mis sueños, mi vida, mi futuro. Todo eso se reduce a descubrirme a mí misma; a lo que quiero y a lo que no; a lo que merezco y a lo que no. Yana, en ese instante, pareció encontrar muchas de las respuestas que yo me había visto obligada a inventar. Fue como si ella se acercase a mí y se tomara el tiempo suficiente para decirme:

«las personas van y vienen, pero tú decides qué quieres hacer con ello».

No sé el tiempo que paso mirando a un punto fijo, apoyada en el marco de la puerta, pero vuelvo a la realidad cuando escucho el chasqueo de unos dedos. Dani está a mi lado, mirándome con una sonrisa.

—¿Todo bien? Pareces ausente.

—Todo bien, solo estaba pensando.

—¿En qué pensabas?

—En que estoy en el lugar en el que quiero estar. No sé si es la decisión correcta, pero sí sé que es la que me hace feliz.

Sonríe a mi lado y asiente repetidamente con la cabeza, como si estuviese orgulloso de mis palabras.

—Me alegra oírte decir eso, Iris.

—¿Ya no me llamas Potter?

—No cantes victoria —susurra acercándose a mí.

Ruedo los ojos mientras niego con la cabeza y me alejo de él. No sé a qué se refería Yana con lo que ha dicho, pero estoy bastante segura de que no voy a poder ignorar que ha confesado que Dani conmigo sonríe más de lo normal.

Capítulo 8

Escribo mi nombre en el examen y se lo entrego a la profesora. Estoy convencida de que me ha salido todo lo bien que podía salirme después de haber estado estudiando solamente la tarde de antes. La asignatura es bastante aburrida, pero también es sencilla, así que decido creer que el examen está aprobado y con buena nota.

El teléfono suena en mi bolsillo y sonrío al ver el nombre de papá en la pantalla, porque eso significa que el que llama es mi hermano.

—¡Iris!

—¡Hola, Noah! —Me siento en el césped de siempre.

En un par de semanas es su cumpleaños y no tengo la menor idea de qué regalarle. He pensado ir un fin de semana a Adare, pero eso me costaría demasiado y no puedo permitirme estar viajando de un lado para otro constantemente.

—Te echo de menos —susurra. Su voz ya no suena igual de emocionada que cuando ha dicho mi nombre—. ¿Vendrás a verme para mi cumpleaños?

Cierro los ojos con fuerza y pienso bien mi respuesta. Me gustaría decirle que sí, que estaré allí en cuanto se despierte, pero sería mentirnos a los dos y soy incapaz de hacer eso justo en este momento, así que niego con la cabeza, aunque él no me vea.

—No podré ir en tu cumpleaños —admito—, pero en Navidades estaré allí. Te lo prometo.

—Queda mucho para eso.

—Lo sé, cariño, pero no puedo hacer otra cosa.

Mi hermano no responde durante unos segundos, pero acaba haciéndolo después de pensar una respuesta.

—Podrías traerte a tus amigos cuando vengas, así te digo si son de verdad o de mentira.

Suelto una carcajada que hace que todos mis nervios y mis pensamientos se disuelvan de un momento a otro. La magia que tiene Noah es hacer que el mundo cambie a mejor sin darse cuenta.

—Trato hecho —respondo con una sonrisa—. No puedes decírselo a nadie.

—Vale —murmura. No lo veo, pero seguro que ha encogido los hombros y está mirando si hay alguien alrededor. La voz de mi padre suena de fondo—. Papá me está llamando porque tengo que irme al cole.

—Vale, cariño. Te quiero.

Cuelga al otro lado y vuelvo a guardar el móvil, tumbándome hacia atrás. Noah siempre ha sido el pilar de los miedos, la escalera de los sueños y el refugio de las dudas. Siempre ha sabido cuándo abrazarme si notaba que algo no iba bien, siempre ha estado en cada paso que he dado y siempre me ha susurrado palabras que me han hecho reír hasta agotarme. Por eso es lo más importante que tengo en mi vida, porque no me la imagino sin tenerlo al lado, sin verlo crecer, sin verlo vivir. No imagino mi alrededor si no está justo a mi lado, dándome la mano.

Los días siguientes son una tortura. Los trabajos se acumulan en las hojas de mi agenda, los exámenes cada vez están más cerca y los profesores no dejan de repetirnos la importancia de estudiar cada día. Además, a eso se le ha añadido el hecho de que el hermano de Landon viene en apenas un par de días y empieza a notarse la tensión en nuestro edificio. Es como si todos estuviesen andando con pies de plomo.

—¿No sabes qué regalarle a tu hermano? —Niego con la cabeza mientras Dani me susurra. Estamos en la biblioteca, pero él no parece querer estudiar—. ¿Hay algo que le guste en especial?

—Hay muchas cosas que le gustan, Dani, pero no es el momento de hablar de eso. ¡Estamos en una biblioteca!

Rueda los ojos y se coloca recto en la silla, mirando hacia el frente. Nunca lo he visto estudiar. Ni siquiera finge interés en los apuntes que tiene delante, pero no hago ningún comentario y me centro en mi ordenador. Coge el móvil y gira la pantalla hacia mí con una sonrisa. En ella hay un coche teledirigido de juguete.

—¿Podemos hablar de esto después?

—Vale, vale. —Alza las manos en son de paz y apaga el móvil—. ¿Hasta qué hora tenemos que estar aquí?

—Hasta que me dejes acabar este trabajo. —Lo miro y sonrío de forma forzada—. Dame diez minutos, ¿vale? Solo diez.

Asiente contento con mi respuesta y vuelve a coger el móvil, apoyándose en el respaldo de la silla sin importarle nada. Vuelvo a centrarme en mis apuntes y tardo un poco más de lo esperado en acabar el trabajo. Cuando lo hago, Dani sonríe emocionado y empieza a recoger sus cosas.

Recorremos la biblioteca en silencio y, en cuanto salimos a la calle, el moreno se detiene delante de mí y sonríe.

—¿Tienes algo que hacer? —Niego con el ceño fruncido—. Vamos a buscar el regalo de Noah. Háblame de cosas que le gusten.

—Eeeh… Los coches —susurro, acordándome de la foto que me ha enseñado antes—, los puzles, los libros, las estrellas…

Dani elimina su sonrisa de repente y la aparta de mí, clavándola en un punto fijo del suelo. Me callo de golpe e intento buscar su mirada, pero está completamente perdida.

—¿Dani? —digo su nombre detenidamente—. ¿Estás bien?

Al cabo de unos segundos, reacciona y asiente, sonriendo levemente. Finge una sonrisa que no le llega a los ojos, pero no digo nada.

—¿Qué te parece un telescopio? —pregunta, encaminándose hacia nuestro edificio—. Es material, pero también sentimental, porque las estrellas siempre tienen algo que te toca un poco el alma. Supongo que Noah no las entiende muy bien todavía, pero sabe que son preciosas y que hay algo inexplicable allí.

Abro los ojos de par en par al escucharlo hablar. Lo dice como si nadie lo estuviese escuchando. No suele hablar tanto de un tema en concreto y ahora parece no querer callarse. Que esté mostrándome de forma inconsciente algo que le apasiona, me hace sonreír.

—Me parece perfecto —confieso, poniéndome a su lado. Cuando clava su mirada en mí, esboza una pequeña sonrisa. Esta vez parece sincero.

Después de eso, empezamos a recorrer centros comerciales en busca de un telescopio que pueda servirle a Noah.

Al día siguiente, Dani está a mi lado y tengo el ordenador justo enfrente de mí, a punto de hacer una videollamada.

—Le va a gustar mucho —repite el moreno por séptima vez.

Marco el teléfono de mi madre, que no tarda en cogerlo, y aparecen los tres en la pantalla de mi ordenador.

—¡Feliz cumpleaños, cariño!

Noah sonríe de oreja a oreja y empieza a aplaudir con entusiasmo.

—¡Te has acordado!

Asiento emocionada y saco el telescopio, mostrándolo a la cámara. No es la mejor forma de dar un regalo, pero es la única que he encontrado. Me hacía ilusión ver la cara de mi hermano para saber si le había gustado o no.

Mis padres me miran con una sonrisa en la cara. También siento la mirada de Dani sobre mí. Lo confirmo cuando me giro hacia él y veo la posición en la que está; toda su atención recae sobre mí con una sonrisa divertida.

—¡Un telescopio! —grita, emocionado—. ¡Es el mejor regalo que me han hecho nunca! ¿Puedes mandarlo ya? ¡Quiero verlo!

—¡Le ha gustado! —Clavo mi mirada en Dani y me lanzo hacia él sin pensar en lo que estoy haciendo—. ¡Le ha gustado! ¡Eres el mejor!

—Te lo dije, Potter.

Escucho cómo mi padre carraspea al otro lado del ordenador y me separo de Dani completamente avergonzada. El moreno se muerde el labio, intentando aguantar una carcajada y le doy un golpe en el hombro antes de volver a ponerme frente a la cámara.

—¿Quién es? —pregunta mi hermano pequeño con curiosidad.

—Es un amigo —me limito a responder.

—¿Puedo verlo?

—No quiere aparecer, Noah. —No me molesto en mirarlo para preguntarle—. Es mejor que…

Me interrumpo a mí misma y empiezo a toser con fuerza al sentir cómo el colchón de la cama se hunde a mi lado, exactamente en el lugar en el que se está sentando Dani.

—Hola, máquina. ¡Feliz cumpleaños!

—¿Eres Dani?

Mi corazón se detiene de golpe cuando escucho las palabras de Noah resbalar por sus labios. Cierro los ojos y finjo que no estoy en mitad de esa

conversación.

—Es muy pesada contigo.

Juro que el día que vuelva a Adare voy a matarlo. Me gustaría salir corriendo de esta habitación y encerrarme en otra para no salir nunca. El único problema es que estamos en *mi* habitación y no puedo irme y dejarlo aquí sabiendo que voy a tener que volver.

Puede, pero solo puede, que sí que haya dicho su nombre alguna vez. Puede también que le contase que estoy muy a gusto con él. También puede que le hablase del día que me llevó al mirador. Tenía que ser un secreto de hermanos, pero ha dejado de serlo y ahora solo quiero que la tierra me trague.

—Ah, ¿sí? —Dani no parece sorprendido, más bien divertido con la conversación—. Ella también habla mucho de ti.

—Es hora de irnos a dormir. —Me levanto de la cama y coloco el ordenador sobre el escritorio—. Es tarde y tenemos sueño, así que lo mejor es que todos nos vayamos a la cama. Te quiero, Noah.

No le doy tiempo a responder porque cuelgo. Cierro el ordenador y busco, como una desesperada, cualquier cosa con la que poder entretenerme sin tener que enfrentarme a la mirada divertida que tiene Dani.

—Así que le has hablado sobre mí.

—De ti, de Yana, de los chicos… Solo un poco.

Me muevo por la habitación, quitando las perchas que hay en las puertas y colgándolas en su sitio.

—Él dice que eres muy pesada conmigo.

—Es un niño de diez años —me defiendo, sin detenerme.

—¿Le estás quitando importancia a lo que ha dicho tu hermano, Potter? —No se levanta de la cama, pero noto cómo su mirada me sigue por toda la habitación—. ¿Crees que le caigo bien?

—Le caes bien a todo el mundo—respondo con indiferencia, aunque debo admitir que el corazón me late más rápido de lo que lo haría si estuviésemos en una situación normal.

—Mis padres no piensan igual —susurra. Lo hace como si no tuviese ninguna importancia en la conversación.

Esa frase es la que me hace detenerme. Clavo mis ojos sobre él y lo miro con preocupación, aunque no parece ni dolido ni molesto. Más bien parece indiferente. En cambio, a mí no me ha pasado desapercibida su frase. Nunca habla de su vida. Nunca lo he escuchado hablar de sus padres, ni de su familia en general. No sé si es hijo único, si tiene hermanos… Por eso, escucharlo hablar con tanta naturalidad me resulta chocante.

—¿Por qué? ¿Cómo es vuestra relación? —Dejo de hacer lo que estaba haciendo y me siento a su lado.

—Ahora es mi turno por lo que veo, ¿no? —Sonríe y me limito a asentir. No le obligaría si no quisiese hablar, pero también quiero sentir que la confianza es recíproca. No quiero ser un libro abierto para él y que yo no sea capaz de saber ni su apellido—. Lo cierto es que no hay mucho que decir, porque con mi madre no hablo mucho, y con mi padre menos todavía.

Alza los hombros, quitándole todo rastro de importancia. Ninguna parte de él se ha alterado, pero es imposible que no sienta nada por dentro, ni siquiera parece sentir un sabor amargo. Su rostro en estos momentos está lleno de inexpresividad.

Los recuerdos del mirador se apoderan de mí. La incomodidad del viaje, la prisa con la que se dirigió al edificio…

—Sí —susurra como si me leyese la mente—. Era mi padre.

—¿Quieres hablar de ello?

—Prefiero no hacerlo.

Asiento y apoyo mi cabeza en su hombro. Me mira por debajo y soy yo quien da el primer paso para abrazarlo. Al principio, sus músculos se tensan por la sorpresa, pero enseguida me rodea con sus brazos.

Acabo con la cabeza apoyada sobre su pecho. Sus dedos recorren mi espalda lentamente. Cierro los ojos y me relajo bajo sus brazos, sintiendo cómo nuestras respiraciones se mezclan. El tacto de sus dedos sobre mi piel me acelera el corazón de una manera que incluso me asusta.

Nos quedamos allí durante minutos. Creo. He perdido incluso la noción del tiempo. Mi alrededor ha desaparecido y solo soy consciente de lo mucho que me gustaría detener los relojes y quedarme en esa posición el mayor tiempo posible, con la tranquilidad y la calma envolviéndonos a ambos.

Capítulo 9

Dani

Las cervezas de la mesa empiezan a vaciarse a una velocidad impresionante. Sin embargo, yo me limito a abrir mi botella de agua y beber con tranquilidad. Mi mirada se clava en Iris y, por un instante, el mundo a mi alrededor desaparece. El recuerdo de Iris bajando las escaleras un par de horas antes se apodera de mi mente: el top blanco sin mangas, los botines de tacón alto, los labios rojos y el pelo suelto… Por ese motivo, ahora solo soy capaz de pensar en ello cuando la miro. Está preciosa. Se ríe sin preocupaciones con algo que Liam le dice.

No puedo evitar sonreír. Poco a poco va integrándose en el grupo y va siendo consciente de que es una más, como el resto de nosotros. Liam se ha encargado de recordárselo cuando yo no lo hacía, Yana ha quedado con ella y han hablado de sus cosas y Landon ha estado ahí incluyéndola en todas las conversaciones. Supongo que el trabajo en equipo ha funcionado.

—¿Le gustó el regalo a tu hermano? —Iris deja de hablar con Liam y mira a Yana, que la observa con una sonrisa de oreja a oreja.

Asiente efusiva y se recoloca sobre la silla, echándose todo el pelo hacia un lado.

—Sí, pero fue gracias a Dani.

La mirada de Liam se posa sobre mí y no necesito girarme hacia él para saber que tiene esa sonrisa de orgullo y diversión dibujada en su rostro. Ruedo los ojos sabiendo que él va a verme y suelta una risotada de esas inaguantables. Parece un crío.

—¿Todos tenéis hermanos?

Landon no responde porque todos sabemos la respuesta.

Siento cómo el aire se me atora en la garganta, así que saco un cigarro y me alejo de la mesa lo suficiente para seguir escuchándolos. Siento el humo llenar mi boca y suelto el aire poco a poco, haciendo que un pequeño atisbo de tranquilidad recorra mi cuerpo.

Yana y Liam niegan.

—Estoy libre de toda maldición —dice este último.

—No es tan malo como lo pintan —contraataca Iris.

—A no ser que tengas uno como el mío.

Las palabras de Landon salen por su boca sin poder frenarlas. Abro los ojos de par en par y después frunzo el ceño. Creo que no ha sido consciente de la rapidez con la que lo ha dicho. Pueden pasar muchas cosas entre su hermano y yo, pero no debería odiarlo por los problemas que tenga conmigo. Al final del día, son ellos quienes se tienen mutuamente.

—Mañana vas a tener que convivir con él —le recuerda.

Landon la fulmina con la mirada y tengo que morder el interior de mis mejillas para no explotar a carcajadas.

—Gracias por recordármelo, Iris. Me lo había apuntado también en el calendario por si acaso.

La morena se ríe mientras Landon niega con la cabeza, pero sé que él está entretenido. Es la única que no conoce a Marc, supongo que eso hace que él esté más tranquilo con sus comentarios. Nosotros siempre hemos andado con pies de plomo y siempre hemos intentado esquivar la conversación. Sin embargo, ella parece ajena a todo lo que ocurre.

Todos van desapareciendo conforme la noche va avanzando, excepto los dos. Cada vez que intento levantarme, me agarra del brazo y me hace sentarme de nuevo, mientras me hace saber que no quiere irse. No deja de parlotear y de reírse con cosas que ella misma dice. En algunos momentos no sé lo que quiere, porque sus palabras resbalan por sus labios atropelladamente.

—Deberíamos irnos, Potter —susurro, levantándome de la silla.

Niega haciendo un puchero y agarra mi camisa cuando llego a su altura.

—¿Para qué? Yo aquí… Aquí estoy muuuuuy bien, Dani.

—Yo también estoy muy bien, pero tú deberías acostarte y descansar.

Aparta la mirada de mí y después me la devuelve. Me apunta con su dedo índice y frunce el ceño, fingiendo que está cabreada. Me obligo a aguantar las ganas que tengo de reírme. No sé cuál es su intención, pero está causando el efecto contrario.

—¿Sabes una cosa? —pregunta mirando alrededor—. Eres el único que puede llamarme Potter y no recibir un puñetazo por mi parte.

—Me siento aliviado. —Coloco las manos en mi pecho y suelto todo el aire de mis pulmones, siguiéndole el juego—. No quiero imaginar cómo dejarías al resto de personas con tus puñetazos.

No vuelve a decir nada más, así que aprovecho para ponerme la chaqueta y agarrar su bolso. Me acerco a ella e intento ayudarla a levantarse, pero niega con la cabeza. Doy un solo paso hacia atrás y me cruzo de brazos, esperando que sea ella quien se levante, sabiendo que va a ser misión imposible. Se aparta el pelo hacia un lado y se sujeta a la silla, echándola hacia atrás. En el momento en que va a levantarse, se tropieza con su propio pie y vuelve a sentarse en la silla.

—Ya veo que tú sola no puedes —susurro entre risas.

Cuelgo su bolso en mi hombro y la agarro por debajo de las piernas y arriba de la cadera, sujetándola como si fuese un bebé. Al principio pelea conmigo, pero poco después coloca sus brazos alrededor de mi nuca y apoya su cabeza en mi pecho con tranquilidad.

—¿Cuánto has bebido?

—Liam no paraba de pedirme cervezas, ¿de verdad crees que he llevado la cuenta?

La meto al coche cuando llegamos y me estiro sobre ella para meter la llave y poner la calefacción. Sube las piernas al asiento y se abraza a sí misma a causa del frío, así que salgo del coche y saco un jersey, asegurándome de que está en buenas condiciones, y vuelvo al asiento del conductor.

—Póntelo o vas a resfriarte —digo, ofreciéndoselo.

No titubea y se lo pone cuando salgo del aparcamiento. Sonrío al verla pelearse con las mangas porque le están enormes, pero, al final, consigue sacar las manos y vuelve a encogerse para entrar en calor.

—Huele bien.

La miro de reojo y exploto a carcajadas cuando la veo con la cabeza prácticamente metida en el jersey.

—Ya veo —respondo en mitad de una carcajada.

—No es tu jersey, soy yo.

Asiento mordiéndome el interior de las mejillas con diversión. Justo en ese momento es cuando la vergüenza se apodera de ella y no vuelve a hablar en todo el camino. Se limita a mirar por la ventana, dándome la espalda por completo.

Iris suele medir todo lo que dice o hace para no hacer daño a quien tiene al lado. Es como si cualquier cosa que preguntase fuese a afectarnos de algún modo. Ahora parece más libre y menos preocupada por la manera en la que nos sentimos el resto. No le importa demasiado decir según qué cosas, y eso me gusta. Me gustaría que siempre fuese así y que nos dijese lo que opina y nos preguntase con lo que duda.

—Iris, necesito que salgas del coche. —Apago el motor y le doy la vuelta al coche hasta llegar a su lado. Abro la puerta y me agacho hacia ella —. Una vez estés fuera, puedo llevarte yo.

Acaricio con suavidad su hombro por si acaso está durmiendo, pero no tarda en asentir y se dispone a bajar del coche sin ningún tipo de ayuda.

—Puedo yo sola.

—Antes también has dicho lo mismo.

—Vamos a comprobarlo. —Me aparta de un manotazo e intenta salir del coche, pero en cuanto hace el intento de andar hacia el edificio, se tropieza —. Vale, no puedo. Tú ganas.

La sujeto de la misma forma que antes y empiezo a subir las escaleras con el mayor cuidado posible. Cuando llegamos a la puerta, le tiendo su bolso y empieza a rebuscar las llaves sin mucho éxito. Al final, se rinde y soy yo quien abre la puerta. Cierro con el pie mientras continúo andando hacia la cama, donde la siento para después quitarle los botines.

—Eres bueno, Dani.

Mi corazón late con fuerza.

—No estoy tan seguro de eso —susurro más para mí que para ella.

Dejo los botines en una esquina de la habitación y me vuelvo hacia ella para taparla una vez está tumbada sobre la cama. La observo durante más tiempo del que debería, pero es que sus ojos son adictivos y no puedo eliminar el contacto visual entre nosotros.

Trago con fuerza y me armo de valor para dejar de mirarla, pero, cuando voy a girarme, sujeta mi muñeca. Vuelvo a clavar mi mirada en ella y niego cuando sus manos se dirigen al jersey en un intento por quitárselo.

—Quédatelo —murmuro—. Te queda mejor que a mí.

Se tumba de lado, hacia donde estoy yo y sonríe levemente con los ojos prácticamente cerrados.

—Buenas noches, Potter.

Le cuesta unos segundos responderme, por eso ya estoy en la puerta cuando vuelve a hablar.

—Puedes quedarte si quieres.

Sonrío y niego con la cabeza, saliendo por la puerta. Mañana va a querer morirse de la vergüenza cuando se acuerde de todo lo que ha dicho.

Cuando llego a mi habitación, me tumbo en la cama sin desvestirme y cierro los ojos, sabiendo a qué día estamos y lo que eso supone. Va a hacer un año y yo todavía siento que todo ocurrió hace apenas unas semanas. El mundo a mi alrededor sigue girando, la gente sigue viviendo, pero yo sigo atado a alguien que no existe, que no está y que nunca estará. De repente, solo estoy yo frente a un precipicio que alberga recuerdos que duelen. Recuerdos que tendrían que devolverme la felicidad, pero tienen un efecto completamente contrario porque solo soy capaz de imaginar aquellos momentos que no podremos inventar.

Trago con fuerza y me levanto de la cama, buscando algo con lo que entretenerme. La ducha me parece la mejor opción, así que me meto dentro y pongo el agua lo más fría posible.

Estoy bien. Estoy a salvo.

No sé cuánto tiempo paso debajo del agua, pero los dedos ya se me han arrugado y el frío ya se ha metido dentro de mí, apoderándose de cada hueco de mi cuerpo. Vuelvo a la cama y me tumbo en ella, tapándome hasta arriba y dejando que el calor traspase cada poro de mi piel. El dolor no se reduce, pero sí lo hacen los pensamientos intrusivos que aparecen lentamente y se instauran en mí impidiéndome sonreír una noche cualquiera.

Al día siguiente, alguien aporrea la puerta de mi habitación con fuerza. Me sobresalto y miro el reloj. Abro los ojos de golpe cuando veo las doce dibujadas en la pantalla de mi móvil. Prácticamente salgo corriendo hacia ella y me relajo cuando veo quién es la persona que hay al otro lado.

—¿Estás bien? —pregunta Iris cuando me aparto de la puerta para dejarla pasar.

—Estaba durmiendo.

—Estábamos preocupados —susurra. La miro con el ceño fruncido y rueda los ojos antes de sentarse en la cama—. Marc ya ha venido.

—Lo sé.

Landon me lo dijo el día anterior. Iris me mira de arriba abajo con una mueca de preocupación bastante latente. Me siento a su lado y busco su mirada, intentando saber qué está pasando por su cabeza, porque a pesar de no estar dentro de ella, puedo verla trabajar a toda velocidad.

—¿Qué te pasa?

—Nada —responde con rapidez.

—El que nada no se ahoga —digo, cruzándome de brazos—. Estás poniendo tu cara de preocupación.

Alza la cabeza hacia mí completamente sorprendida. Durante unos segundos, el silencio se apodera de mi habitación.

—Es por el hermano de Landon. —Carraspeo incómodo y siento los músculos de todo mi cuerpo tensarse cuando la escucho—. No tienes que darme explicaciones, Dani.

—Se llama Marc —respondo por fin. No la miro, pero, por la forma en la que se recoloca, sé que no se lo esperaba—. Pasaron cosas entre nosotros y no me cae bien, por eso prefiero no hablar de él. Si quieres hablar sobre él, puedes preguntarle a los demás.

Niega tras unos segundos de reflexión y apoya su cabeza en mi hombro, acariciando la palma de mi mano. La paz nos invade y siento cómo mis pulmones vuelven a llenarse de aire otra vez.

—No quiero saber nada que no quieras contarme —susurra. Siento todo mi cuerpo relajarse bajo su tacto.

Me encantaría poder hablarle de mi relación con él, de cómo me siento cuando estoy a su alrededor, pero no encuentro las palabras porque siempre se quedan atascadas en mi garganta. Es imposible pronunciar su nombre sin que una parte de mí se desgarre lentamente.

—¿Confías en mí? —pregunto detenidamente.

—Sí.

—Pues te prometo que algún día te contaré todo.

No dice nada con palabras, pero me responde dejando un beso sobre mi hombro. Es todo lo que necesito para saber que estoy en el lugar correcto y

con la persona correcta. Muevo mi pie hasta que roza su zapatilla y lo dejo ahí porque, por algún motivo, necesito estar cerca de ella.

Capítulo 10

Cuando salgo del cuarto de Dani, me encuentro con Landon y Marc hablando en la puerta de la habitación del primero. Parecen estar discutiendo, pero hablan demasiado bajo como para poder enterarme de algo. Mi idea es bajar sin hacer ni un solo ruido y fingiendo que no están ahí, pero me detengo cuando escucho un carraspeo detrás de mí. Al girarme, el tal Marc me mira con una sonrisa de medio lado y los brazos cruzados.

—Tú debes de ser Iris —dice, acercándose hacia mí. No me extraña que sepa quién soy, porque probablemente Landon le haya hablado de mí. Me limito a asentir sin moverme del sitio. Me gustaría decirle que sí y hablar con él, pero el hecho de que hayan estado hablando mal de él durante tanto tiempo no ayuda a que pueda ser más abierta—. Yo soy Marc.

—Encantada. —Finjo una sonrisa de labios cerrados y me doy la vuelta para bajar de nuevo a mi habitación.

—Ya nos vemos por aquí en otro momento —susurra. No necesito girarme para comprobar que su mirada sigue clavada en mí.

—Cállate ya y entra, pesado —dice Landon.

Cierro la puerta de mi habitación cuando entro y me siento en la cama, procesando lo que ocurre a mi alrededor. No me da tiempo a analizar la forma en la que el edificio se ha convertido en una cuerda que no puede destensarse ni aunque la desates, como si todos tuviesen cosas que opinar, pero ninguno se atreviese a decirlo en voz alta. Se miran entre ellos, pero nunca hablan de Marc o de lo que supone su presencia.

Me paso el día encerrada en mi habitación delante de apuntes, libros y pósits, intentando entender una asignatura que me lleva por el camino de la amargura. Justo cuando dejo el bolígrafo caer sobre el escritorio, la pantalla de mi teléfono se ilumina con un mensaje de Dani.

Dani

¿Te apetece ir a Isla Bull?

Me gustaría pasar el día de hoy contigo.

El corazón rebota con fuerza dentro de mi pecho.

Iris

Me encantaría.

Dani

¡Genial!

¿En diez minutos en el garaje?

Iris

¡Hecho!

Sonrío sin dejar de mirar la pantalla. He estado aproximadamente tres horas dando vueltas por mi habitación, creando escenarios ficticios en mi cabeza y tocando mi pelo pasándolo de un lado a otro por culpa de los nervios y la emoción.

Trago con fuerza cuando el cosquilleo de mi estómago aumenta tras leer el mensaje de Dani en la pantalla. Cierro los ojos y cojo todo el aire que puedo mientras lo suelto poco a poco, intentando regular las sensaciones que recorren mi cuerpo, pero es imposible, así que me armo de valor y salgo de la habitación.

Nada más salir del edificio, visualizo a Dani frente a la moto con un cigarro en la mano. Solo lo he visto fumar dos veces: la noche anterior y hoy. En cuanto me ve, tira el cigarro al suelo y lo pisa, cruzándose de brazos con una sonrisa de labios cerrados dibujada en su rostro.

—No sé si sabes que eso es malísimo —digo, señalando el suelo.

—Me lo suelen decir bastante —responde sin darle importancia.

Me da el casco que tenía colocado en el manillar y repetimos el movimiento de hace unas semanas: yo me lo pongo, pero él lo ata. Por alguna razón que no entiendo, mi respiración se entrecorta cuando pasa su mano por mi cuello de forma inconsciente. Ruedo los ojos, intentando disimular mis nervios y me centro en otra cosa. Él parece ajeno a lo que ocurre en mi mente.

—No puede ser verdad —musita cabreado.

Alzo la cabeza hacia él y sigo su mirada hasta dar con un coche que ha parado justo frente a nosotros, impidiéndonos salir. Dani baja de la moto y va hacia el conductor sin titubear. Un hombre de mediana edad sale del coche y en cuanto enfoco su rostro me doy cuenta de que es su padre. Tiene los mismos ojos rasgados y la misma nariz respingona que su hijo. Unos

segundos después, del lado del copiloto, aparece una mujer —que supongo que será su madre— de aproximadamente la misma edad que el señor. Su mirada se clava en el rostro de Dani con tristeza, como si quisiera decirle algo, pero este mantiene toda su atención en el hombre.

—¿Por qué has venido otra vez? —pregunta con voz ronca y sin vacilar.

—Porque queremos hablar contigo —responde con rapidez la mujer.

—No estoy hablando contigo, mamá.

Confirmo mi teoría cuando lo escucho. Le habla de forma más calmada que a su padre, pero aun así no la mira. Es como si toda su atención solo estuviese centrada en una persona.

Quiero ayudarle, pero no sé cómo hacerlo para no meterme en temas en los que no soy bien recibida o para no causarle más problemas a Dani, así que me limito a quitarme el casco y quedarme callada y sentada sobre la moto.

—Te dijimos que tenías que estar allí. —La voz de su padre sale con fuerza. Incluso a mí, que estoy lejos de él, me asusta; sin embargo, Dani no se inmuta.

—¿Allí? —Suelta una carcajada disfrazada por el cabreo—. ¿Con una familia que me echa a mí la culpa de todo?

—No digas eso, cariño —dice su madre.

El silencio invade la escena y eso no ayuda a que mis nervios desaparezcan. De hecho, ocurre todo lo contrario: aumentan cuando la mirada de su padre me recorre de arriba abajo. Su ceño está fruncido y no parece querer eliminar esa mueca de su rostro hasta que desaparezca de su campo de visión.

Dani se gira hacia mí y, con una rapidez impresionante, vuelve a clavar sus ojos sobre su padre.

—A ella ni os acerquéis —dice entre dientes. Ni siquiera intenta ocultar la rabia.

En algún momento, todos mis músculos se han tensado y soy incapaz de relajarme mientras hablan sobre mí.

—Espero que no la lleves por el mismo camino que a tu…

—Ni la nombres —interrumpe Dani—. No voy a ir, ya os lo dije. Dejadme en paz, por favor.

No lo está pidiendo, está prácticamente suplicándolo. Su voz sale con el dolor en ella, sin poder disimularlo. Es la primera vez que lo veo de esta manera. Cuando su padre apareció la otra vez, la rabia era el principal sentimiento que recorría su cuerpo, pero en estos momentos está muy alejado de ella. Ahora el dolor es palpable incluso a unos metros de distancia.

Las puertas se cierran segundos después y el motor del coche empieza a oírse a lo lejos. Dani se gira y se apresura a acercarse a mí con la preocupación dibujada en su rostro.

—¿Estás bien?

—Acabas de discutir con tus padres y vienes y me preguntas a mí que si estoy bien —comento con nerviosismo. Tardo unos segundos en darme cuenta de que está intentando ocultar una sonrisa, pero decido ignorarla—. ¿Cómo estás tú?

Mira hacia otro lado durante tantos segundos que empiezo a creer que ya no se acuerda de mi pregunta. Sus ojos se clavan en mí, en la moto y el cielo en un bucle constante, como si quisiese analizarnos y buscar una respuesta a mi pregunta.

—Quiero irme de aquí contigo —susurra—, pero no sé si hoy podré ser el Dani de siempre, Potter.

Entrecierro los ojos, intentando analizar que significa lo que está diciendo. Trago con fuerza y niego con una sonrisa que no llega a mis ojos.

—No tenemos que irnos si no quieres —aseguro.

El corazón se encoge dentro de mi pecho, porque me moría de ganas de ir con él al mismo sitio donde le hablé de Noah. Quería alejarme de lo que implican los estudios durante unas horas y quería que me hablase de él. Quería pasar tiempo con él. Y, por alguna extraña razón, me duele que esté dando marcha atrás.

—Créeme si te digo que el plan de irme contigo es lo único que me apetece hacer.

Alzo las cejas esperando un pero que no tarda en llegar.

—Pero ahora mismo no quiero que me veas así.

—¿Así cómo, Dani? —pregunto, bajando de la moto y poniéndome enfrente de él sin titubear, aunque me tiemblen hasta las piernas.

—No lo sé. Así —se señala con desprecio.

Todos mis músculos se destensan al fin y río suavemente, mientras que él se limita a fruncir el ceño con confusión. Dejo ambos cascos sobre la moto y busco su mano, entrelazando nuestros dedos, ignorando el escalofrío que me ha recorrido toda la espina dorsal solo con el tacto de su piel. Comienzo a caminar hasta que llegamos a la zona de césped más apartada de la universidad, no muy lejos de nuestro edificio.

—Las personas tenemos millones de versiones, Dani. Me has visto llorando, nerviosa e incluso borracha —susurro, probablemente ruborizada. No hemos vuelto a hablar de ello, detalle que agradezco más de lo que algún día seré capaz de admitir—. A pesar de todo eso, no he visto que salieses corriendo.

—¿Y si lo haces tú cuándo me veas de todas esas formas?

—¿Por qué iba a hacerlo yo?

—No lo sé —se limita a decir apartando su mirada.

La busco hasta que tengo otra vez su atención puesta en mí. Me niego a creer que en su cabeza se piense que voy a salir corriendo. El corazón se estruja dentro de mi pecho y sonrío levemente. Busco toda la tranquilidad que quiero reunir y comienzo a hablar con suavidad.

—No voy a salir corriendo, Dani. Déjame demostrártelo —pido en un murmuro.

Quiero demostrarle que estoy aquí, que no me he ido. Empieza a tener un hueco importante en mi vida y no voy a perderlo antes de hacérselo saber. Me niego a que se encierre más en él mismo y no me deje ver lo que hay detrás de sus miedos y sueños.

Me dejo caer hacia atrás, dejando mi espalda sobre el césped, y observo el cielo; la luna llena y los cientos de estrellas que hay alrededor de ella dispersas por toda la intemperie. Noah y yo siempre veíamos las lluvias de estrellas en el jardín trasero de casa. Cogíamos mantas, por si refrescaba, y nos cubríamos con ellas hasta quedarnos durmiendo. Solía coger a mi hermano en brazos y lo acostaba, durmiendo con él. Era una de las mejores noches del año. Solo él y yo. Sin amigos, móviles, juguetes… Solo nosotros y el silencio o los gritos cuando caía una de esas estrellas.

Lo echo de menos. Todo aquello que se esfumaba cuando mirábamos al cielo, los miedos y las dudas dispersándose en la nada. La última vez que lo hicimos fue hace un año más o menos y, justo ese día, vimos la estrella fugaz más hermosa que habíamos visto nunca. Porque sí, Noah y yo nos enamorábamos de estrellas, eran las únicas incapaces de hacernos daño.

—¿En qué piensas?

—En que el sábado me dejaste un jersey y todavía lo tengo en mi habitación —susurro sin mirarlo. No es del todo mentira.

Cuando abrí los ojos, el olor de Dani estaba esparcido por toda la habitación. Supe el motivo cuando me miré al espejo y vi su jersey reflejado. Ni siquiera recuerdo cómo llegué a mi habitación o el momento en el que me lo puse.

Una parte de mí quería devolvérselo porque, al fin y al cabo, era suyo; sin embargo, la otra quería quedárselo, como si fuese un pedacito de él.

—Quédatelo. Te queda mejor que a mí —asegura. Noto su mirada clavada en mí, pero no despego mis ojos del cielo porque, si lo hiciese, vería que me he ruborizado.

—No es verdad. ¡Me está enorme!

—Por eso mismo. —Explota a carcajadas. El sonido de su risa me transmite paz y, además, me gusta tanto como para poder ser capaz de admitirlo en voz alta. Aun así, no digo nada y me limito a darle un golpe suave en el hombro—. Me recuerdas a mi hermana.

Su voz disminuye de golpe y mi reacción es abrir los ojos exageradamente ante la sorpresa. Es la primera vez que habla de alguien de su familia sin que le pregunte. Podría habérmela nombrado antes, porque yo le he hablado de Noah mil veces. En cambio, por alguna razón, ha decidido hablar de su hermana justo en este momento.

—¿Por qué?

La pregunta sale de mis labios con la mayor naturalidad posible. No quiero que mi sorpresa le haga cerrarse en banda de nuevo.

—Porque también le quedaban enormes mis jerséis —murmura, pero esta vez no hay diversión en su voz—. Le caerías bien, seguro.

—Solo tienes que presentármela.

Esperaba un asentimiento por su parte, una pequeña carcajada, un «por supuesto» divertido. Esperaba cualquier cosa; sin embargo, su respuesta nunca llega. El silencio se apodera de nosotros. No es la primera vez que estamos los dos solos sin decir nada, pero sí es la primera vez que se puede cortar la tensión y la incomodidad que se respira entre nosotros. Trago con fuerza, intentando contener mis nervios, y lo miro. Tiene la vista perdida en el cielo, pero esta vez es de verdad, como si su mente se hubiese separado de su cuerpo.

—¿He dicho algo malo, Dani? —pregunto en un susurro, incorporándome un poco hacia él, pero no parece notar mi movimiento—. No quería… No quería…

No sé cómo explicarme. No sé qué se supone que tendría que decir. Ni siquiera sé cómo actuar, porque no entiendo lo que está ocurriendo.

Sus palabras salen disparadas y de repente mi corazón ejerce una presión dolorosa en mi pecho.

—Ya no está aquí —dice en un hilo de voz. No aparto mi mirada de él, aunque mi corazón esté latiendo con fuerza y las manos me tiemblen—. No podrás conocerla porque ya no sigue aquí. No está aquí. No queda rastro de ella. ¿Lo entiendes, Iris?

El silencio vuelve a invadirnos durante unos segundos efímeros.

—Está muerta.

Su voz se desgarra y, por primera vez, me quedo en completo silencio. Siento que me ahogo intentando contener las lágrimas. Trago con fuerza tratando de eliminar el nudo que se ha formado en mi garganta.

En apenas unos segundos, he imaginado mil escenarios en los que su hermana y yo podríamos habernos conocido. También me lo he imaginado a él de pequeño, jugando en el parque y discutiendo con ella por alguna tontería. El cielo, que estaba despejado, se ha nublado y la tormenta ha dado comienzo en cuestión de segundos

Las palabras se atascan en mi garganta y, después de varios minutos sin saber qué decir, hago lo que mejor sé y me acerco a él, rodeándolo con mis brazos. No me abraza de vuelta, pero tampoco se separa de mí. Simplemente se mantiene ahí, en silencio. Su corazón late a mil por hora y su respiración empieza a agitarse. La preocupación crece en mi pecho, pero

inspiro con la mayor fuerza posible. Llevo mi mano hacia su pecho y agarro la suya, subiéndola al mío, para intentar calmar el ataque de ansiedad que empieza a crecer en él. No soy experta en ello, pero Kyra ha tenido algunos mientras estaba conmigo, así que entre las dos hemos encontrado la manera de intentar ayudarla de la mejor forma posible.

Cuando vuelvo a coger aire con fuerza, Dani parece darse cuenta de mi presencia de nuevo. Pestañea varias veces cuando clava sus ojos en mí y, en el momento que encuentra mi mirada, deja que las lágrimas caigan a borbotones. Pego mi frente a la suya y respiro con calma para que él intente seguir mi respiración.

—La respiración. Concéntrate en ella.

Cuento hasta diez en cada inspiración que realizo y sonrío levemente cuando noto cómo su pecho va disminuyendo la velocidad.

—Estás bien —susurro—. Estás bien.

Poco a poco su cabeza se mueve en un asentimiento muy lento. Sus ojos permanecen cerrados y su mano sigue colocada en mi pecho.

—Estoy aquí, ¿vale? —Me aseguro de hacerle saber que está bien, que la situación no es peligrosa.

Abre los ojos con lentitud. Esta vez es él quien busca el contacto conmigo. Se mueve hacia mí y se apoya en mi hombro, abrazándome por la cadera con fuerza. Cierro los ojos e intento que mis lágrimas no salgan en estos momentos.

Algo cae en mi brazo al cabo de un rato y, cuando alzo la cabeza hacia el cielo, soy consciente de que ha empezado a llover. Vuelvo a mirar hacia abajo y clavo mis ojos en Dani, que sigue abrazado a mí con firmeza. Sus ojos se mantienen cerrados y sus lágrimas no dejan de caer. Está llorando en silencio y eso hace que el nudo de mi garganta se cierre todavía más. Lo peor de sufrir es hacerlo intentando que nadie te vea o te escuche. Es estar escondido en un rincón, con las manos colocadas en la boca, intentando silenciar tus sollozos.

Me gustaría poder sacar un manual de instrucciones en el que me contaran la solución para quitarle el dolor.

«No puedes hacer nada».

«No puedes hacer nada».

«No puedes hacer nada».

Me lo repito en bucle, pero no me lo creo. Tendría que ser capaz de hacer algo, pero no sé cuál es la opción correcta. Ni siquiera sé si hay una opción correcta.

—Está lloviendo. —Su voz sale en un simple susurro—. Te vas a resfriar.

—Tú también.

—A mí me da igual.

—A mí también —zanjo el tema.

Cuando se incorpora un poco, creo que va a irse, pero hace todo lo contrario, porque se aferra a mí, abrazándome. Sus lágrimas se han disuelto; sin embargo, parece estar haciendo un esfuerzo inmenso para no derrumbarse.

La lluvia empieza a apretar y es Dani quien se levanta del césped con rapidez. Extiende la mano hacia mí y me ayuda a levantarme. Nos quedamos a escasos centímetros. El corazón se me encoje dentro del pecho cuando veo sus ojos enrojecidos.

—Lo siento mucho, Dani —susurro.

—Ven aquí.

Extiende de nuevo la mano hacia mí y me pega a él sin pensarlo. Nos quedamos abrazados durante unos minutos. No sé el tiempo que pasa, pero tampoco me importa demasiado. Siento que empezamos a entendernos con abrazos, miradas y caricias. Empiezo a comprender el interior de Dani, aunque el proceso sea lento. A veces habla y finge que las cosas que dice no tienen sentido alguno, que son temas completamente aleatorios, pero en cada una de esas conversaciones hay mucho de él. Supongo que las personas somos como los puzles cuando se empiezan a formar por el centro y quieres completar el resto. Es complicado saber qué pieza va después, pero sin darte cuenta, montas más de la mitad del puzle, y el resto de ellas van detrás.

—Vámonos arriba —pido, separándome de él lentamente.

Agarra mi mano y entrelaza nuestros dedos. La forma en la que acaricia el dorsal de mi mano es una de las maneras que tenemos de comunicarnos, porque sabemos hacerlo cuando el silencio crece entre nosotros. Uno

reconfortante que grita todos los secretos que no nos atrevemos a contar por miedo a sentir el cuchillo atravesándonos.

Supongo que su hermana es una de esas excepciones.

Capítulo 11

La única conclusión a la que he llegado en las dos horas de viaje es que se me está haciendo pesadísimo. Me duelen las caderas y ya no sé cómo ponerme, pero prometo no moverme más si no quiero que el conductor siga fulminándome con la mirada a través del espejo retrovisor. Agacho la cabeza y vuelvo a centrarme en la conversación que estoy teniendo con Dani.

Fue él mismo quien se ofreció a llevarme hasta Adare cuando se enteró de que mi madre estaba en el hospital, pero me negué por todos los medios. No quería que hiciese dos horas de camino para estar en ese lugar esperando. Me lo repitió durante dos días seguidos, pero me negué en todas ellas.

No hemos vuelto a hablar de lo que pasó hace dos noches. No hace falta conocerlo en profundidad para saber que estaba intentando esquivar la mínima frase que tuviese que ver con ello. Al principio quise insistir, pero volví a pensarlo mejor y lo dejé estar. Hablaría cuando se sintiese preparado y no quería que me contase todo solamente por sentir mi presión sobre él constantemente. Demasiado tendría con la presencia de Marc rondando por allí. Quizá también quería llevarme hasta Adare él mismo para no tener que cruzarse por el pasillo con el hermano de Landon, pero lo único que conseguiría tomando esa decisión sería alargar algo que tiene que llegar inevitablemente.

Media hora después estoy en el hospital. En cuanto me dan el número de habitación, corro hacia allí, con los nervios a flor de piel.

—¡Mamá!

—Iris, cariño —susurra abrazándome—. No tenías que haber venido.

—Tenía que estar aquí. —Mi madre sonríe y me pega más a ella.

Estaba haciendo la comida, hizo un mal gesto y el agua hirviendo cayó sobre su brazo. Apenas tuvo tiempo de apartarse y, cuando lo hizo, era demasiado tarde. Por suerte, mi padre estaba en casa, así que se subieron al coche y corrieron al hospital.

—¿Y Noah?

—En casa de la abuela —responde mi padre al otro lado de la habitación. Me acerco a él y lo saludo con un abrazo efusivo—. Llevas dos

horas y media en un coche, deberías irte y descansar. Además, a los dos les hará ilusión verte.

—Si necesitáis algo, llamadme.

—Estamos en un hospital, hija. Estaremos bien.

Ruedo los ojos, dándole la razón, y salgo del hospital. Por suerte, llego antes de lo esperado a casa de mi abuela y toco el timbre. Sonrío en cuanto Noah abre la puerta y se lanza a mis brazos sin darme tiempo a pensar. Lo estrujo contra mí y giro sobre mi propio eje, emocionada. Lo echaba de menos.

—¡Cariño! —La voz de mi abuela sale con un deje de nostalgia, como si le costase creer que estoy aquí—. Dame un abrazo, princesa.

Me acerco a ella después de dejar a Noah en el suelo y la rodeo con mis brazos, sintiéndome en casa. Solo llevo dos meses fuera y siento que ha sido toda una eternidad.

—¿Has venido tú sola? —pregunta Noah sin dejar de mirar al exterior. Asiento cuando llegamos al comedor y estallo a carcajadas cuando lo veo intentar fruncir el ceño—. Pensaba que había venido Dani.

Abro los ojos, sorprendida.

—Dani tenía cosas que hacer, pequeño.

—Él es de verdad —susurra, acercándose a mi oído.

Una sonrisa se dibuja en mi rostro de forma inconsciente. Ahora no puedo traer a Dani hasta aquí, pero sí que puedo llamarle y que hable con Noah.

—¿Quieres hablar con él? —Mi hermano sonríe emocionado y da pequeños saltos. Aviso a mi abuela de que vamos a hacer videollamada y marco el teléfono de Dani. Poco después, la pantalla se enciende—. Hola, Dani.

—Buenas tardes, Potter —dice sin prestar atención a la pantalla.

—¿Estás ocupado?

—Un poco. —Mira hacia la pantalla y me enseña las manos llenas de grasa—. ¿Por qué?

—Porque hay alguien que quiere hablar contigo —susurro—, pero puedo llamarte en otro momento.

Agacho la cabeza hacia abajo cuando Noah me agarra de la pierna, sonriéndome.

—¿Es Noah? —Asiento, volviendo a mirar hacia mi teléfono—. Me lavo las manos y vuelvo.

Desaparece de la pantalla y, un minuto después, vuelve a aparecer con las manos un poco más limpias. Apoya el teléfono en una mesa, donde supongo que tendrá todas las herramientas, y sonríe.

Noah da un salto, tapándome la visión de la pantalla, y saluda a Dani.

—¡Hola, chaval!

Apoyo el móvil sobre el sofá y me voy del comedor, dejándolos hablar solos. Me acerco a la cocina para estar con mi abuela un rato. Cuando me ve llegar, me sonríe, haciéndome un hueco a su lado. Señala con la cabeza a mi hermano, que habla entretenido con Dani, sin prestarnos ninguna atención.

—Hacía tiempo que no lo veía tan emocionado con conocer a alguien.

—Ahí está la magia de Dani.

—¿También te hechizó a ti?

Estallo a carcajadas, provocando que ella haga lo mismo, cuando la escucho preguntarlo de esa manera.

—Supongo que sí —confieso cuando soy capaz de respirar otra vez.

—Parece un buen chico, Iris.

—Lo es.

No ha hecho nada que me demuestre lo contrario. Se desvive por la gente de su alrededor y quiere de una forma bonita. Es una de esas personas que no sabes cómo describir, pero que cada vez que piensas en ella, una sonrisa enorme y sincera se dibuja en tu rostro. Tiene esa facilidad de hacer reír con la mínima cosa y de hacerte sentir parte de algo.

—Estás sonriendo —murmura mi abuela, mirándome con una sonrisa pícara—. No escondas los sentimientos por miedo a hacerte daño, porque eso acabará pasándote factura, cariño. Deja que lleguen y que arrasen con todo, porque solo así tendrás la oportunidad de ser feliz.

Trago con fuerza, pero no me da tiempo a responder, porque Noah aparece con el teléfono en la mano, extendiéndolo hacia mí.

—Quiere hablar contigo.

—Yo me encargo —respondo—. En mi maleta está el telescopio que te regalé por tu cumpleaños.

Sale corriendo hacia mi maleta. Me despido de mi abuela mientras esta me mira con una sonrisa y me dirijo hacia una habitación.

—Dime. —Me siento en la cama y coloco el móvil en la mesilla de noche.

—Cuídalo —dice casi en un susurro. Asiento con una sonrisa leve—. No sé si alguna vez habrás escuchado hablar de la estrella Sirius.

«La estrella más luminosa del cielo», pienso.

—Es la estrella más brillante del firmamento —comienza a decir—. Hace varios años, se descubrió que a su lado había una enana blanca, que es una estrella pequeñísima y casi invisible, pero sigue ahí, haciéndole compañía.

—¿Cómo se llama? —pregunto, apoyándome sobre mis manos.

—Sirius B —responde con una sonrisa ladeada—. Me recordáis a esas dos estrellas. Noah no ha dejado de decir cosas buenas sobre ti desde que le has dado el móvil. Te quiere más de lo que eres consciente, Iris.

El corazón me da un vuelco al escucharlo. Mi hermano siempre ha estado a mi lado, agarrándome la pierna por si algún día decidía salir corriendo. Sin embargo, cuando tomé la decisión de irme de Adare, me soltó y me miró con orgullo, como si supiese que estaba yendo en la dirección correcta.

—Noah y yo siempre íbamos a ver las estrellas —confieso, sin apartar la mirada de Dani—. Eran nuestros días favoritos.

—Yo también lo hacía con Sarah.

Cierro los ojos durante unos segundos, imaginándonos a los cuatro tirados sobre el césped y mirando hacia el cielo. Los problemas alejados de nosotros y la calma invadiéndonos en cada risa y en cada dedo apuntado hacia el firmamento.

—Durante toda la noche me explicaba las constelaciones y nombraba cada estrella perteneciente a ellas. Acabé aprendiéndome el nombre de muchas.

—¿Sirius?

Dani niega y se cruza de brazos sin dejar de mirar hacia afuera, como si esperase algo que nunca llega.

—La había oído antes, pero empecé a investigarla cuando Sarah murió. —El silencio se instaura entre nosotros mientras yo lo miro. Parece que quiere decir algo, pero duda durante unos segundos. Al final, vuelve a clavar la mirada en la pantalla y confiesa sus pensamientos—. La echo de menos, Iris.

Su voz se destroza en cada palabra, como si decirlo en voz alta fuese un milagro.

—Ojalá poder abrazarte en estos momentos, Dani.

—Ojalá pudieses abrazarme. —Una pequeña sonrisa casi efímera se dibuja en su rostro, pero no llega hasta sus ojos—. Noah y tú me recordáis a nosotros porque también vivís ajenos al mundo mientras sentís que sois el centro del universo del otro.

—Es difícil de explicar.

—No sabemos explicarlo, pero sabemos cómo nos sentimos.

Dani sigue mirándome, y esta vez lo hace con una sonrisa que completa su rostro y que hace que sus ojos brillen.

—Esté donde esté, estoy segura de que te quiere y siempre lo hará.

No necesito nombrarla para que sepa de quién hablo. Tampoco necesito prestar demasiada atención a su rostro para saber que le he sorprendido, porque me mira con las cejas alzadas y con su sonrisa cariñosa. Coge aire y lo suelta lentamente. Me encantaría estar allí, agarrar sus mejillas y obligarlo a que me mire para suplicarle que deje de correr hacia laberintos. Me encantaría estar allí, abrazándole y compartiendo más cosas de nuestros hermanos, como si fuesen el único tema de conversación importante.

—Desde que pusiste un pie en este edificio, me estás cambiando la vida.

—¿Eso es bueno o malo?

—No lo sé, pero quiero averiguarlo.

El corazón me palpita con fuerza cuando lo escucho. Parece completamente sincero y eso hace que una sonrisa se dibuje en mi rostro. Una de esas que no se van de un segundo a otro; una de las que consiguen ruborizarte de arriba abajo; una de esas que no te dejan pensar en otra cosa.

Un par de horas después, mi madre me llama comunicándome que no tardarán en darle el alta, así que mi abuela, mi hermano y yo nos ponemos a hacer una tarta mientras bailamos y cantamos de un lado a otro, sin importar nada más. Cuando llega una canción que no le gusta a Noah, nos mira con cara de asco, pero no tarda en estallar a carcajadas y seguirnos con la varilla en la mano.

Dan las doce y mi móvil empieza a sonar al otro lado de la casa. Sin embargo, Noah me intercepta por el camino y prácticamente se lanza hacia mí con una sonrisa en la cara.

—¡Feliz cumpleaños!

Me giro hacia él con el ceño fruncido y después me fijo en el calendario de la pared. Es once de noviembre, mi cumpleaños, y ni siquiera me había acordado de ello. Le devuelvo el abrazo a Noah y suelto una carcajada.

—Gracias, pequeño.

—¡Cógelo, cógelo, cógelo!

El nombre de Dani vuelve a reflejarse en la pantalla y me giro hacia Noah con las cejas alzadas, totalmente confundida. Mi hermano me mira con una sonrisa traviesa y después va directo hacia mi abuela dando saltos mientras la llama, emocionado.

—Feliz cumpleaños, Potter —susurra el moreno al otro lado de la línea.

Sonrío.

—Eres idiota. Has estado hablando conmigo hace tres horas.

—Ya lo sé, pero me apetecía felicitarte por aquí.

El corazón me late con fuerza. Sus palabras empiezan a tener más significado del que me gustaría admitir en voz alta.

—Muchas gracias —respondo con timidez.

—Seguro que te has ruborizado.

Me miro en el espejo del pasillo y cierro los ojos, dándome una palmadita en la frente cuando soy consciente de que tiene razón una vez más, y ni siquiera está delante de mí.

—Qué gracioso eres —digo entre dientes.

—¿Sabes cuál es una de las cosas que más me gustan de ti?

Trago con fuerza cuando repaso sus palabras. Probablemente no lo haya dicho en un sentido sentimental. Sin embargo, mi cabeza ya ha empezado a

crear escenarios que no van a ocurrir nunca.

—Lo transparente que eres.

—Eso no es verdad.

—A lo mejor no —rectifica—, pero sí lo has sido las últimas veces que hemos hablado.

—Pues tú eres como un libro cerrado con un candado y enterrado bajo tierra.

—No contigo —murmura.

Ruedo los ojos a pesar del impacto de sus palabras.

—Hoy te gustan las indirectas.

Estalla en una carcajada que hace que todo mi cuerpo tiemble.

—Es que te echo de menos y no sé cómo decírtelo directamente.

—Solo dilo.

—Me gustaría que estuvieses aquí. —Sonrío con orgullo, aunque él no pueda verme, y doy la conversación por finalizada. Él parece que también lo hace, porque cuando vuelve a hablar, es para despedirse de mí—. Mañana voy a recogerte a la estación, ¿vale?

—Hasta mañana, Dani.

—Adiós, Potter.

Cuelgo el teléfono y observo mi reflejo en el espejo durante unos segundos. El brillo de mis ojos se ve sin apenas luz, mis mejillas han adquirido un tono rojizo, y estoy cien por cien segura de que no se debe al sol, porque la última vez que lo vi fue hace semanas. Además, mi rostro ha dibujado una sonrisa que no quiero que se borre nunca. Estoy feliz y admitirlo hace que la sonrisa se amplifique y que los ojos se me achinen con ilusión. Estoy justo donde tengo que estar. Justo en el lugar en el que quiero estar.

Capítulo 12

Dani

Landon, Yana y Liam me miran de vez en cuando con esa sonrisa divertida que caracteriza a cada uno. El primero no es muy expresivo, pero tampoco necesito que verbalice lo que piensa, porque es evidente. Especialmente cuando se acerca a Yana y le susurra algo mientras su mirada se clava en mí.

—¿Así está bien? —pregunta Liam subido a una silla. Está colocando un globo junto a las letras de «Feliz Cumpleaños» que he puesto esta mañana—. Como me digas una vez más que está doblado, vas a subirte tú aquí y vas a colocarlo.

Ruedo los ojos y le saco el dedo pulgar, indicándole que todo está en perfecto estado.

Es el cumpleaños de Iris. Cuando Noah me lo dijo, solo tuve que hacer una llamada a todos para que aceptaran prepararle una fiesta sorpresa. Aunque me hubiesen dicho que no, lo hubiese hecho yo solo, pero sabía que no iban a dudar ni un solo segundo en ayudarme con tal de verla feliz. Es de esas personas a las que se le ilumina la cara con las cosas pequeñas, con los detalles, con la cercanía de las personas.

—¿A qué hora tenías que ir a por ella?

Landon se coloca a mi lado y sonríe al ver a Yana hacerle fotos a todo con emoción.

—En diez minutos.

—Vale, pues me da tiempo —dice, girándose hacia mí.

—¿Te da tiempo a qué?

—A decirte que no seas un idiota integral. No des un paso hacia delante y luego tres hacia atrás, Dani. —Marca mi nombre con fuerza, como si quisiera introducirlo en lo más profundo de mi mente—. Todos tenemos días soleados y días nublados, no le enseñes solo los primeros.

Sus palabras me sorprenden, pero más lo hace el hecho de que me hable con esa contundencia. Me mira como si quisiese asegurarse de que cada una de sus palabras está llegándome sin interferencias.

—Es evidente que te gusta, porque jamás te he visto prepararle una sorpresa de cumpleaños a nadie, así que, haz el favor y permítete sentir lo

bueno y lo malo.

—¿Desde cuándo me das consejos de amor? —pregunto divertido, tras asentir a lo que estaba diciéndome.

—Desde que te he visto mirar a Iris con una sonrisa que lleva un año sin ver la luz del sol.

Mi mueca divertida desaparece de mi rostro por completo. No era consciente de que Landon estuviese tan pendiente de mí. Lo conocí el primer año que entré en Económicas, se sentó a mi lado y no empezamos a hablar hasta que pasó casi un mes. Convertimos en rutina pasar tiempo juntos, casi sin hablar, porque ninguno de los dos era lo bastante sociable como para sacar un tema de conversación. Su vida parecía estar completamente alejada del mundo real, como si solo le importase su día a día, pero no tardé en darme cuenta de que era muy distinto. Se preocupaba por sus seres queridos en silencio, para no molestar, daba espacio suficiente sin alejarse demasiado para que pudieses agarrar su mano cuando el mundo iba en tu contra.

—¿Prometes decírmelo cuando la líe?

—Seré el primero en darte una colleja.

Estallo a carcajadas cuando lo escucho y me despido de él al darme cuenta de que tengo que irme. Me meto en el coche, lo arranco y me dirijo hacia la ubicación que Iris me ha mandado. Una vez estoy allí, aparco y me adentro al interior. El calor de la calefacción me golpea en cuanto pongo un pie dentro y la sonrisa se me dibuja cuando su mirada se encuentra a mitad de camino con la mía y me saluda a la distancia.

—Feliz cumpleaños, Potter —susurro cuando llega a mi lado.

Me acerco para acortar la distancia y la rodeo con mis brazos, estrujándola en un abrazo. Su pecho tiembla en mitad de una carcajada.

—¿Cómo ha ido el viaje?

—El taxista no se callaba, así que hemos estado hablando durante todo el camino.

—¿Y por qué no le has dicho que se callara? —pregunto mientras guardo su maleta en el coche.

—¿Me ves con cara de decirle a alguien que no quiero hablar?

Me giro hacia ella y niego aguantando una carcajada. Nos subimos al coche y enciendo la calefacción. Durante todo el camino me habla de cómo se encuentra su madre y sonrío cuando me dice que ya está en casa, descansando. También me habla de su abuela, de Noah y de lo que hicieron para celebrar su cumpleaños.

Iris es una persona que valora a los que tiene alrededor y solo necesitas escucharla para notar la alegría y la emoción recorriendo su cuerpo. Quiere mucho y quiere bien.

Su rostro se detiene cuando la pantalla del móvil se enciende.

—¿Todo bien? —pregunto cuando se calla de golpe.

—Es Kyra —murmura sin mirarme—. Me ha felicitado el cumpleaños.

—¿Y cómo te sientes al respecto?

Alza los hombros y aparta la vista del teléfono, clavándola de nuevo sobre la carretera. Parece estar pensando varias respuestas para mi pregunta, así que me limito a conducir sin presionarla.

—Llevo sin hablar con ella casi dos meses —responde al fin—. Me pasé una semana entera queriendo llamarla, pero no tengo ganas de hacerlo ahora, ¿sabes?

—No tienes que hablar con ella si no quieres, Iris.

A veces sentimos la presión de hacer cosas que no queremos solo por lo que pensará el resto de la gente. No pensamos en nosotros mismos, porque nos pasamos la mayor parte del tiempo imaginándonos las reacciones de los demás.

—¿Y qué se supone que debo decirle? No quiero agradecerle solamente porque habremos pasado de mandarnos textos enteros de lo que sentimos por la otra a responderle un simple gracias.

El tono de su voz se ha apagado poco a poco a lo largo de la conversación. Estiro mi mano hasta colocarla encima de su pierna y la miro de reojo, sin quitar mi concentración de la carretera.

—Las personas no son eternas —murmuro.

No responde durante unos segundos, pero sí que desbloquea el teléfono y teclea algo para después bloquearlo y guardarlo en su bolso.

—Le he puesto que gracias —responde, conforme con ello. Sonrío levemente al escucharla.

Asiento y el silencio vuelve a invadirnos. Soy consciente de que mi mano sigue en su pierna y sus dedos acarician esa parte de mi anatomía, pero soy incapaz de apartarla. Sentir el calor que desprende su cuerpo o el roce de sus dedos me tranquiliza, así que pasamos todo el viaje en la misma postura.

—¿La universidad no está para el otro lado?

—Sí. —Su cabeza se gira hacia mí y sus dedos dejan de rozar mi mano, pero no los aparta.

—¿Y por qué vamos por aquí?

—Ahora lo verás —respondo.

La miro con rapidez y rueda los ojos mientras se cruza de brazos. Probablemente sepa de qué se trata porque nadie es inocente cuando el día de tu cumpleaños empiezan a comportarse de forma sospechosa. De todas maneras, si sospecha, no lo muestra.

Me detengo minutos después frente a un bar de las afueras de Dublín. La mirada de Iris se intercambia entre mi cara y el bar mientras mantiene el ceño fruncido. Estallo a carcajadas y salgo del coche, abriéndole la puerta a ella.

—Después de ti —susurro cuando le abro la del bar.

Le hemos pedido al jefe que nos dejase apagar las luces durante diez minutos para darle una sorpresa. Al principio, nos miraba con cara de pocos amigos, pensando que éramos cuatro infantiles, pero al final hemos acabado convenciéndole. No solamente de las luces, también de la decoración. Nos ha dejado específicamente un rincón para decorarlo como nosotros quisiésemos.

—¡Sorpresa! —gritan todos cuando Iris pone un pie en el interior.

Debido al susto, da un paso hacia atrás y después sonríe ampliamente sin dejar de mirarlos. Lo hemos conseguido.

Se acerca hacia ellos y los rodea con los brazos mientras la felicitan. Cuando llega el turno de Liam, la agarra, alzándola, y empieza a saltar y a dar vueltas sobre el mismo, cantándole la canción.

—¡Qué ilusión! —dice una vez ha saludado a todos.

—Ha sido idea de Dani —responde Yana, dándome un golpe en el hombro.

Iris se da la vuelta hacia mí y me sonríe, haciendo que mi corazón se acelere a una velocidad impresionante. Estoy nervioso y ni siquiera sé el motivo.

Después de las felicitaciones, nos sentamos y empezamos a hablar de temas triviales. La cena pasa con rapidez. Cuando nos queremos dar cuenta, Landon ya se ha ido porque tenía que estar con Marc; Liam y Yana bailan en mitad de la pista con otros clientes. Sin embargo, Iris y yo nos quedamos en la mesa.

Se lleva el botellín de cerveza a los labios antes de estallar a carcajadas tras ver a Yana tropezarse por culpa de Liam.

—¿Todo bien? —pregunta al darse cuenta de que tengo mi mirada puesta sobre ella.

—Estás preciosa —respondo sin titubear. El rubor no tarda en subir a sus mejillas y su mano va con rapidez hacia su pelo, cambiándolo de lado. Me he dado cuenta de que cuando se pone nerviosa no deja de tocárselo—, pero falta una cosa.

Agacha la cabeza hacia su cuerpo y se analiza con el ceño fruncido. Meto la mano en mi bolsillo y saco una pequeña caja de él, extendiéndola hacia ella.

—No me ha dado tiempo a envolverlo —confieso en un intento de no titubear.

—¿Qué es?

—Ábrelo y lo sabrás.

Deja la cerveza sobre la mesa y con una lentitud casi molesta abre la cajita. En cuanto ve el interior, su cabeza se alza hacia mí con los ojos muy abiertos. No sé si le ha gustado, si lo odia o si le ha sorprendido. Es justo en ese momento cuando entiendo por qué a ella le da tanta rabia no poder saber qué pienso.

—¿Te ha gustado?

—¿Que si me ha…? ¿Que si me ha gustado? —Asiento confuso—. Dani, no tenías que haberme regalado nada. Y menos esto.

—Es lo mínimo que te mereces —respondo con sinceridad—. ¿Sabes cuál es?

—La constelación Andrómeda —susurra sin alzar la cabeza—. Mujer que puede con todo.

Su mirada vuelve a alzarse de golpe hacia mí y se lanza hacia mis brazos, rodeándome con fuerza tras murmurar el significado de Andrómeda. Dejo que me abrace y se lo devuelvo sin dudar, pegándome más a ella. No sé el tiempo que pasamos así, pero no me importa, porque a su lado los segundos dejan de correr. Cuando se separa de mí, me tiende la cajita y me hace colocárselo.

El regalo consiste en un collar pequeño con la constelación Andrómeda. Es una de las constelaciones que más se ven de agosto a diciembre, así que sentía que de alguna forma iba a ser especial. Además, su significado describe a Iris de todas las formas bonitas posibles.

—Siempre me haces sentir especial, Dani.

Trago con fuerza y sonrío sin que pueda verme.

—Es precioso —susurra, dándose la vuelta hacia mí.

La miro. La observo. La admiro.

El corazón me rebota con fuerza dentro del pecho. En algún punto, con los latidos acelerados, acerco mi mano hasta que coloco el mechón de pelo que sobresale detrás de su oreja. Iris observa cada uno de mis movimientos completamente concentrada, como si el tacto de mi mano provocase lo mismo que me provoca ella a mí.

No sé por qué lo hago, pero simplemente me levanto de la silla y doy un paso hacia delante, quedándome entre sus piernas. Su cabeza se alza hasta dar con mi mirada y el mundo a mi alrededor se ilumina de golpe.

—¿Puedo? —Mi voz sale en apenas un susurro.

En cuanto asiente, acorto la distancia entre nosotros y sus palabras mueren en mis labios cuando la beso. El roce de sus labios sobre los míos es cauteloso y cariñoso. Una corriente eléctrica recorre mi cuerpo de arriba abajo sin dejar ni un solo centímetro vacío. Subo la mano que tengo libre hacia su mejilla y las suyas van a parar a mi cuello, profundizando el beso y haciéndome sonreír. Sus labios saben a cerveza y a menta. Me separo de ella poco a poco, pegando mi frente a la suya, todavía con los ojos cerrados.

Cojo aire y lo suelto despacio, sintiendo los fuegos artificiales a nuestro alrededor. El corazón me palpita con fuerza y su pecho sube y baja con

rapidez; la respiración de los dos es entrecortada. Sin embargo, nos miramos sabiendo que hemos dado el paso que nos hubiese gustado dar hace mucho.

No me da tiempo a decir nada cuando Iris se levanta de la silla, quedándose a una distancia prudente de mí. Coloca su mano sobre la mía para después entrelazar nuestros dedos sin romper el contacto visual y volver a besarme. Su cuello se alza buscando un mejor acceso a mi boca y se lo doy cuando soy yo quien se sienta y es ella quien se acerca hasta meterse entre mis piernas.

Me pierdo con el tacto de su lengua enredándose con la mía, con sus dedos clavados en mi pelo y con sus sonrisas efímeras debajo de nuestro beso. Cuando volvemos a separarnos, recorro su rostro con mis dedos y con mi mirada, aprendiéndome cada lunar, cada pequeña cicatriz. Detengo mi mirada en sus labios entreabiertos, sin dejar de sentir mi pulso en la garganta.

Sonrío. Me he imaginado besándola más veces de las que algún día seré capaz de admitirle, pero en mis pensamientos ningún beso se comparaba con este. Ningún sentimiento se ha acercado a lo que siento en estos momentos, porque Iris llegó a Dublín y puso mi vida patas arriba, dibujó de nuevo las sonrisas que desaparecieron de mi rostro y empezó a diseñar nuevas constelaciones que se adaptaron a nosotros. Iris apareció y revolucionó cada átomo de mi cuerpo, sin saber que yo estoy dispuesto a darle cada parte de mí, aunque nunca me lo pida.

Se aleja de mí y sonríe, llevando de nuevo la cerveza a sus labios, fingiendo desinterés en lo que acaba de ocurrir.

—Ya ha pasado tu cumpleaños —digo tras mirar el reloj.

Estalla en una carcajada y se sienta en su silla, mirándome. Ahora la distancia que nos separa me parece casi insoportable.

—Muchas gracias por hacer todo lo que has hecho hoy, Dani —susurra sin un ápice de broma—. Ha sido el mejor cumpleaños que he tenido en años.

Sonrío sin evitar pensar en sus labios besando los míos.

—¿Qué momento te ha gustado más?

—Cuando he visto a Liam, Yana y Landon, sin ninguna duda.

Se ha dado cuenta del camino que ha tomado la conversación. Toca su pelo y siento que es la señal perfecta para levantarme y acercarme a su silla, provocándola.

—A lo mejor necesitas que te refresque la memoria.

Finge pensárselo durante unos segundos, pero yo sigo jugando con ella. Coloco mi mano sobre su mejilla, sin dejar de acariciarla con el pulgar y me entretengo mirando sus ojos, esperando una respuesta.

—A lo mejor.

Es todo lo que necesito que responda para eliminar por completo la distancia entre nosotros y pegar mis labios a los suyos en un roce completamente distinto al de antes. Ahora está lleno de seguridad, pese a que sigue siendo delicado, ya no hay miedo a la equivocación. Solo hay ganas. Ganas que mueren en cuanto abre su boca, invitándome a entrar.

Minutos después estamos en el coche camino hacia la universidad. De vez en cuando la miro de reojo, pero su mirada está clavada en la ventana. Suelto el aire de mis pulmones y conduzco con calma hasta llegar al edificio. No sé si habrá sido su mejor cumpleaños, pero espero que lo haya disfrutado como se merece. No ha demostrado lo contrario en toda la noche porque la cena ha estado llena de carcajadas y de lágrimas por culpa de las risas. Voy a preguntarle en cuanto llegamos al edificio, pero nada más apagar el motor, sale del coche y desaparece. Me quedo estático en el asiento y empiezo a recrear cada momento de la noche, cada situación y cada cosa que hemos dicho individualmente, pero nada me indica que su huida haya sido por eso.

Las dudas se me atoran en la garganta, así que subo hacia su habitación. Sin embargo, me rindo cuando nadie abre la puerta tras tocar un par de veces.

Capítulo 13

El despertador no llega a sonar porque lo apago antes de que sea la hora. Me giro hacia el otro lado de la cama y sigo mirando hacia la ventana. No he pegado ojo en toda la noche y sé cuáles han sido los nombres que han estado paseándose por mi mente toda la madrugada: Dani y Kyra. El primero es evidente, porque no puedo olvidar sus labios rozando los míos y tampoco puedo dejar de escuchar mi corazón acelerándose con rapidez. Salí del coche y desaparecí sin abrirle la puerta cinco minutos después. Kyra, por otro lado, me mandó un mensaje diciéndome que disfrutase de lo que tenía aquí y que ya lo celebraríamos cuando fuese a Adare, pero eso no tiene ningún sentido. Hace poco más de un mes que discutimos y actúa como si no hubiese pasado nada entre nosotras. Quizá debería hacer yo lo mismo y responderle los mensajes como si me muriese de ganas de hacerlo. Sin embargo, en el fondo, sé que no pienso así y que debería apartarme de su lado, porque si no seguiré en el mismo bucle en el que llevo desde el principio del verano.

Me levanto de la cama y media hora después me dirijo hacia la universidad, pero mi camino se ve obstaculizado por la presencia de Dani en la entrada. Está apoyado en el marco de la puerta que da a la calle, de espaldas a mí y, por su posición, sé que está fumando. Carraspeo cuando llego a él e intento pasar por su lado. Se aparta un poco haciéndome un hueco, pero su voz me hace detenerme. Sé que no puedo ignorarlo porque no soy así, pero tampoco sé cómo debería reaccionar.

—¿Estás bien?

Asiento con una sonrisa forzada.

—Todo bien.

Da un paso hacia mí y sus ojos recorren mi rostro, intentando saber si miento o no, pero estoy segura de que sabe la respuesta desde el momento en el que me ha visto.

—No me apetece hablar. Me voy a clase, ¿vale?

Su ceño se frunce ligeramente.

—Ya veo que te has levantado de mal humor —murmura—. ¿Quieres que hagamos algo y te despejas? Sé que tienes que ir a clase y que es importante para ti asistir, pero quizá no es la mejor opción ahora mismo.

En otro momento podría decirle que sí, pero no quiero quedarme a solas con él y tener que hablar de lo que pasó entre nosotros anoche. Nos besamos y me gustó, muchísimo, pero, de alguna manera, siento que no estoy preparada para hablarlo. Me aterra estar dando pasos hacia el vacío sin saber cuáles son sus intenciones o sentimientos.

—Ya lo has dicho tú, ir a clase es importante para mí.

Me doy la vuelta para alejarme, pero me detengo cuando su mano agarra mi muñeca con suavidad.

—¿He hecho algo malo? —Su pregunta me sienta como una patada en el estómago—. Me gustaría saberlo para poder arreglarlo.

—El problema es que no eres tú —confieso en un susurro.

—¿Qué significa eso?

—Dani, no puedo estar perdiendo el tiempo. Tengo que irme a clase.

Su agarre se suelta de mis manos y camino hacia la dirección contraria. No me sigue, pero su voz vuelve a detener mis pasos.

—Si es por el beso, no tenemos que hablar en estos momentos, pero no puedes sonreír mientras me besas y después alejarte como si estos dos meses no hubiesen significado nada.

—Íbamos borrachos.

No íbamos borrachos. Él no probó ni una sola gota de alcohol y yo me bebí solo una cerveza, pero la necesidad de esconderme detrás de un escudo me hace sentirme más protegida. Sabe que miento, pero no me lo reprocha. Alza los hombros y dibuja una sonrisa de medio lado completamente derruida.

—Fui a buscarte —susurra con la mirada todavía clavada en mí.

—Me quedé dormida.

—Supongo que el beso no significó nada para ti, pero sí lo hizo para mí. —Mi corazón rebota con fuerza dentro de mi pecho y mi piel se eriza con el recuerdo—. Está bien si no quieres que vuelva a repetirse, pero pensaba que eras mi amiga por encima de eso.

—Somos amigos —respondo más rápido de lo normal.

—Sin embargo, estás intentando correr hacia donde no estoy yo.

Suelto el aire de mis pulmones con lentitud. Estoy siendo una imbécil. Me gustaría confesarle que los recuerdos de mi anterior relación se

apoderan de mí cuando pienso en él; que me han repetido muchas veces que nunca van a quererme y que debo alejarme yo primero para que no me partan el corazón porque, al final del día, siempre serán ellos los que se acaben cansando de mí.

—¿Por qué? —pregunta.

—Te dio un ataque de ansiedad en mis brazos y llevas casi una semana sin hablar de ello. ¿Por qué quieres hablar de un simple beso?

Su ceño se frunce y su cabeza se ladea con confusión. Tarda varios segundos en procesar la información. Los suficientes para darme cuenta de la estupidez que he soltado. En cambio, no vuelvo a hablar.

—Eso no es justo.

—Estoy haciendo lo mismo que hiciste tú.

Suelta una carcajada amarga y da un paso hacia mí, colocándose justo enfrente. Tengo que alzar la cabeza para poder mirarlo.

—Iris, no soy gilipollas. Sigo aquí y no voy a irme, aunque intentes alejarme por miedo a sentir algo. No tenemos por qué hablar del beso hoy si no quieres, pero no utilices mentiras para disfrazar la realidad —escupe con rapidez.

Dani se gira hacia la puerta de la residencia cuando mis ojos se clavan justo allí. Marc aparece por la puerta cantando una canción que desconozco y Landon va detrás con la cabeza acachada, escribiendo algo en su teléfono.

La mirada de Marc se ilumina cuando nos ve. O más bien cuando me ve a mí, porque ignora la presencia de Dani por completo y sus ojos solo están clavados en mí.

—¡Buenos días! ¿No tienes clase? —pregunta, acercándose hasta donde estoy yo.

—Sí, estaba en camino.

—¡Genial! ¡Te acompaño!

He hablado solamente una vez con él, así que me genera pensamientos contradictorios que sea tan simpático. No me pasó con los demás, pero notar la tensión que se interpone entre todos cuando su nombre aparece, no me ayuda demasiado a confiar en él.

Reacciono de la mejor manera posible y me obligo mentalmente a darle una oportunidad, porque no sé lo que pasó y no voy a tachar a una persona

antes de conocerla.

—Iris. —La voz de Dani interrumpe mis pasos y me giro hacia él con rapidez.

—Estaré bien —vocalizo en un susurro—. ¿Hablamos después?

Asiente con confusión y vuelve a colocar el cigarro sobre sus labios. Me doy la vuelta hacia Marc, que parecía ajeno a la conversación, y seguimos caminando hacia mi facultad.

—Estoy seguro de que anoche no dormiste una mierda.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque tienes unas ojeras que te las vas a pisar.

Ruedo los ojos y seguimos andando. Durante todo el camino, Marc se limita a hablar sobre varias tonterías que no escucho. Solo puedo pensar en la pequeña discusión que he tenido con Dani. Ni siquiera ha sido una pelea, pero soy consciente de que no era el mejor momento para hablarle del ataque de ansiedad que no ha nombrado en una semana. Cada persona es un mundo y no todos necesitamos el mismo tiempo para procesar las situaciones. Quizá es la primera vez que le da y por eso no quería hablar de ello, o a lo mejor le ha pasado tantas veces que ya se ha acostumbrado a sufrirlo y a vivir con ello. De cualquier forma, he sido injusta con los dos.

No puedo seguir ignorando las palabras de Ray. Dani fue el primero en acercarse a mí y preguntarme si podía besarme; fue a mi habitación para hablar conmigo después de ello y se ha preocupado por mí. Dani y Ray no tienen nada que ver y son personas totalmente ajenas. Darme cuenta de ello es el primer paso para poder ser sincera conmigo y con él.

Dejo de escuchar a Marc cuando un dolor inaguantable recorre todo mi cuerpo. En cuanto toco el suelo, mi mano se dirige con rapidez a mi pie, haciendo presión en él. Ni siquiera sé qué ha pasado porque solo escucho un pitido horrible en mis oídos.

—¡Iris! —La voz de Marc suena de fondo, pero no soy capaz de responderle—. ¡Iris, coño!

Trago con fuerza e intento controlar la respiración. Marc agarra mi brazo y lo coloca alrededor de su cuello, cogiéndome en brazos.

—¿Estás bien?

—Me duele el pie.

—Te has tropezado con una puta piedra enorme —responde como si fuese obvio y me sienta en un banco, sacándose el móvil del bolsillo—. Dani, Iris se ha caído y tiene el pie jodido. Creo que necesita ir a un médico.

Me giro hacia él de golpe cuando escucho el nombre de Dani y ruedo los ojos, odiando a Marc a más no poder. Ni siquiera pienso en el simple hecho de que es él quien ha decidido llamarlo, a pesar del rechazo que se provocan mutuamente.

—No hace falta ser tan listo para saber que en estos momentos no quieres pasar tiempo con él, pero es el único que conozco que no va a estar en clase.

Frunzo el ceño.

—Sí que tiene clase.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste andando hacia su facultad? —Su mirada se mantiene clavada en mi pie, como si estuviese analizándolo—. Landon dice que no ha aprobado un examen en los dos meses de curso.

Frunzo el ceño y empiezo a pensar en todas las veces que hemos pisado la biblioteca. Ninguno de esos días ha estado más de diez minutos con la vista fijada en los apuntes. Tampoco lo he visto andar a la facultad los días que nos encontrábamos en el edificio, porque siempre soy yo quien se despide primero.

Miro a Marc, que me observa sabiendo que tengo algo que decir, pero no me da tiempo a responder, porque el coche de Dani se detiene delante de nosotros. Ni siquiera apaga el motor antes de bajar y acercarse.

—¿Qué ha pasado?

Su mirada pasa de mi pie, a mi rostro y a Marc. Parece realmente preocupado.

—Íbamos hablando y se ha dado un golpe contra una piedra.

—¿Ha sido así, Iris? —Asiento, sin dejar de hacer presión donde me duele cuando noto su mirada clavada en mí—. Gracias por llamar, Marc, yo me encargo.

Marc se despide de nosotros. Mientras tanto, Dani me ayuda a subir al coche, agarrándome por la cintura. En otro momento, me hubiese latido el corazón con velocidad, pero ahora mismo soy incapaz de concentrarme en eso porque el pie me duele demasiado.

El camino hacia el médico es incómodo. Yo me limito a mirar por la ventana y él se limita a conducir, pero de vez en cuando siento su mirada recorrerme de arriba abajo con preocupación.

Cuando llegamos al médico, sale apresuradamente del asiento y se detiene a mi lado, ayudándome a andar hacia el interior. Me pregunta si me duele varias veces, pero niego todas ellas, aunque quiera ponerme a llorar de dolor.

—¿Iris Kelly? —El médico sale de la consulta y se queda mirando la sala de espera—. Pase, por favor.

No necesito pedirle a Dani que venga conmigo porque, en el momento en el que lo miro, asiente y se levanta para acompañarme. El corazón se me encoje dentro del pecho.

—¿Qué ha pasado?

—Me he dado un golpe contra una piedra y me duele muchísimo.

La cabeza de Dani se gira de golpe hacia mí.

—¡Me has dicho que no te dolía! —exclama en un grito ahogado.

El médico se acerca a mí y toca mi pie y el talón. Aunque aprieto la mandíbula y cierro los ojos con fuerza, intento disimular la presión que siento y las ganas que tengo de echarme a llorar mientras el médico me examina.

—Te has hecho un esguince —susurra, volviendo detrás de su escritorio y tecleando algo en el ordenador—. Vas a tener que llevar muletas e intentar no subir escaleras. Lo más importante es que reposes.

—¿Estás de broma? —pregunto más alterada de lo normal—. ¡Perdón! Es que vivo en una segunda planta.

—Estoy seguro de que tu novio podrá ayudarte. —Una sonrisa se dibuja en sus labios cuando posa la mirada en Dani.

—No es mi…

—Lo haré encantado —interrumpe.

Lo fulmino con la mirada, pero en ningún momento se gira hacia mí. Además, tampoco quita la sonrisa divertida de su rostro.

El médico termina de recetarme y explicarme lo que debo hacer, y unos minutos después estoy saliendo de la sala con ayuda de las muletas. Así es como consigo llegar hasta el coche sin ayuda de mi acompañante, que no

deja de mirarme por encima del hombro. Sé que está preocupado, pero necesito que vuelva a poner cara de «todo me importa una mierda» y deje de observarme como si estuviese a punto de morir.

Cuando llegamos al coche, me abre la puerta y me ayuda a subir. En cuanto se coloca en el asiento del conductor, le doy un golpe suave en el hombro, llamando su atención.

—¿Por qué no le has negado que eras mi novio?

—¿Por qué no me has dicho que te dolía?

Me cruzo de brazos cuando una sonrisa triunfante se dibuja en su rostro y me giro hacia la ventana, esquivando su mirada. Por un momento, se me olvida que he discutido con él. Se me olvida que nos besamos anoche y que he hecho todo lo que podía para ignorar los latidos de mi corazón. Por un momento, solo somos dos personas picándonos entre nosotros y riéndonos con bromas absurdas.

Dani aparca el coche enfrente del edificio y la frase de Marc se repite en mi cabeza, pero no le pregunto. No creo que sea el momento indicado, ni tampoco el lugar. Prefiero hacerlo cuando estemos bien entre nosotros y cuando no necesite su ayuda para poder hacer actividades rutinarias.

—¿¡Qué ha pasado!? —La voz de Yana suena por todo el edificio. Baja las escaleras con rapidez hasta llegar a nosotros. Probablemente Marc los haya avisado—. ¿Estás bien?

—Me he hecho un esguince —respondo.

Landon me mira con preocupación y su hermano con los brazos cruzados.

—No puedes estar subiendo y bajando escaleras como si nada —susurra Yana, acercándose más a mí—. Teniendo en cuenta que la tuya está en la última planta, creo que la mejor opción es Dani.

Abro los ojos de par en par cuando la escucho. Marc estalla a carcajadas que intenta silenciar cuando Landon lo mira amenazante, pero es en vano.

—Estaré bien en mi habitación.

—Estarás sola, aburrida y triste. —Landon asiente cruzado de brazos mientras mira a Dani—. Seguro que a él no le importa.

Me giro hacia él para saber su opinión, pero solo asiente con seguridad, estando completamente de acuerdo con la única opción que plantea Yana.

Sé lo que está intentando hacer y eso hace que quiera negarme hasta la saciedad.

—Landon tiene a Marc y probablemente Liam tenga a Eli, porque de vez en cuando escucho las risas de los dos, así que solo quedo yo. No tienes que quedarte aquí abajo si no quieres, puedo subir sin problema hasta tu habitación cada vez que necesites algo —dice en un tono que solo puedo escuchar yo.

Supongo que Landon pasará más tiempo en la habitación de su novia que en la suya, pero quedarme con Marc tampoco es una opción. Estaría loca si lo eligiera por encima de Dani. Además, a mi parte más masoquista le encantaría pasar tiempo con él, mientras me arrepiento de no haberme quedado en mi habitación.

Mi cabeza es un cúmulo de sensaciones y emociones que no puedo ordenar. Todos mis pensamientos están entre los verbos querer y poder con sus respectivas negativas. Busco las respuestas a las preguntas que me hago, pero todas llevan al mismo desenlace. Pasar tiempo con Dani siempre me hace feliz, el problema es que me he empeñado en alejarme de él solamente porque no quiero que la historia vuelva a repetirse. Una historia con una persona que no tiene nada que ver con él.

Me rindo y acabo dándole la razón a Yana, que me sonríe de oreja a oreja, orgullosa con su plan maestro.

—Está bien. Me quedo contigo —acepto mirando a Dani con una sonrisa.

El corazón me da un vuelco cuando una sonrisa enorme se dibuja en su rostro. Asiente y se dirige hacia su habitación, invitándome a entrar de nuevo. Ya sé dónde están las cosas, los utensilios de cocina, los regalos que le hacen e incluso los libros que ya se ha leído. Sé que le encanta pasar tiempo sentado en las sillas de la cocina, pero que odia su lado izquierdo de la cama.

—Si te doy una lista de lo que necesito, ¿puedes bajármelo todo?

Dani asiente con una pequeña sonrisa y minutos después me deja en su habitación con el silencio reinando entre las cuatro paredes.

Capítulo 14

—¿Cómo lo llevas? —pregunta una vez deja el plato encima de la cama.

Después de traerme las cosas de la habitación y ordenarlas en los huecos que tenía por sus armarios, se ha dedicado a preocuparse por mí durante todo el día. Además, se ha empeñado en hacerme la cena y me la ha traído hasta la cama para que no tuviese que levantarme. Se sienta en la cama, a mi lado, cuando deja todo listo y se pone a cenar conmigo.

—Parece que el analgésico ha hecho un poco de efecto, pero todavía me molesta —respondo después de beber agua—. ¿Tú alguna vez te has roto un hueso?

—Sí, más veces de las que puedo contar. —Se ríe de manera suave. Me giro hacia él y lo miro con las cejas alzadas, esperando que diga algo más —. La mayoría han sido con la moto.

—¿La moto?

—Sí. Me he caído bastantes veces.

—¿Y sigues conduciendo? —Asiente, restándole importancia—. ¿Y no te da miedo?

Sonríe por la forma en la que he disparado las preguntas con asombro.

—Al final el miedo es parte de nosotros. Me caí y me seguiré cayendo muchas veces, pero la sensación de conducir con el aire dándome en la cara es inexplicable. Si dejo de hacerlo, una parte de mí se quedaría vacía.

Vuelve a girar la cabeza hacia su plato. Hago lo mismo que él mientras proceso sus palabras. Habla de un miedo racional, pero siento que no se refiere solamente a ese miedo. O al menos, así lo recibo por la forma en la que esquiva mi mirada mientras cena. Tenemos tanto miedo a caernos que a veces olvidamos el motivo por el que debemos levantarnos. Porque preferimos sujetarnos a cualquier pilar, aunque el agua nos llegue al cuello, antes que soltarnos y dejarnos llevar, aunque nademos a contracorriente. Nos aterra el futuro, las probabilidades y los rechazos. Nos aterra cualquier cosa que no esté en nuestros planes y a nuestro alcance.

Con Dani tengo esa sensación de haber tomado una mala decisión en cuanto me lo he cruzado esta misma mañana en el edificio. Soy consciente de que una parte de mí quiere salir huyendo en dirección contraria, pero, por algún motivo, sigo aquí, a su lado.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Me escucho decir en apenas un susurro cuando recuerdo las palabras de Marc antes de que Dani apareciese. Asiente clavando sus ojos en mí—. No te gusta estudiar Económicas, ¿verdad?

Sus cejas se alzan con sorpresa, pero intenta eliminar esa mueca cuando se da cuenta de lo poco disimulado que ha sido. Le cuesta un par de minutos, pero acaba negando con una pequeña sonrisa casi inexistente. Como si le diese miedo admitirlo en voz alta.

—Podrías dejarlo y estudiar otra cosa —digo, apartando el plato de mis piernas—. Podrías ponerte a trabajar si no quieres estudiar.

—Tengo que hacerlo.

Esta vez sus palabras salen con más firmeza, como si fuese una frase automatizada.

—Nadie tiene el poder sobre ti para obligarte, Dani.

—Mis padres —se limita a responder.

Ruedo los ojos por lo evidente que suena después de haberlo dicho. No los conozco, porque solo me los he cruzado una vez, pero fue suficiente para saber que no tienen buena relación y que hacen lo imposible para verse lo mínimo. Son dos señores que parecen tener su vida y la del resto planificadas.

—Eres mayor de edad. No pueden obligarte —repito, pero no sé si lo hago por él o más bien para mentalizarme a mí misma de la situación en la que está.

Suelta una risa irónica que recorre todo mi cuerpo. Se gira por completo hacia mí y apoya la cabeza en el cabecero, sin romper el contacto visual. No parece convencido con lo que digo, porque se pasa las manos por la nuca desesperado y nervioso.

—El mundo es una mierda, Iris —espeta—. A veces tenemos que hacer cosas que no queremos porque es lo que hay, porque no tenemos otras opciones. Estudiar Económicas es lo que necesito para entrar en la empresa de mi padre y asegurarme un puesto de trabajo. No puedo permitirme tomar otra decisión.

—¿En la empresa de tu padre?

Debe notar mi sorpresa porque lo veo asentir sin darle importancia, como si todo el mundo se sorprendiese. Me detengo a observarlo durante unos segundos. Dani no es el típico chico que esté hecho para vivir entre cuentas y papeles aburridos de empresario. No está hecho para mandar sobre alguien, ni mucho menos para llevar a tantos trabajadores a su cargo. Dani está hecho para mucho más, para vivir como si se quisiese comer el mundo entero. No al contrario.

—¿Y es eso lo que quieres? ¿Pasarte la vida en una maldita empresa de relojes?

Sueno más alterada de lo normal. Soy consciente de ello, pero me niego a creer que va a aceptar lo que sus padres le digan. Me niego a creer que va a seguir una vida que le han impuesto y que él no ha elegido.

—No es cuestión de querer, es cuestión de necesitar. Esto es lo que necesito.

—Eso no es justo.

—La vida no es justa —susurra, volviendo a apartar la mirada de mí.

Me muevo un poco hacia él, buscando su mirada, cuando el pie me da un latigazo. Hago una mueca, pero no emito ningún sonido de dolor. No quiero que Dani se centre ahora mismo en mí.

—¿Qué te gustaría hacer si no tuvieses que estudiar Económicas?

—No es cuestión de…

—Dani —interrumpo, poniéndole una mano en el hombro—, ¿qué te gustaría hacer?

Se encoge de hombros.

—No lo sé —responde con sinceridad al cabo de unos minutos—. Se me da fatal estudiar y no tengo demasiados pasatiempos que pueda convertir en trabajo. Iris, sé que no es justo, soy consciente de ello, pero es lo que hay. No puedo permitirme imaginar una vida que no tendré.

Las palabras salen de sus labios con rabia, como si a él mismo le fastidiase pronunciarlas. No hay que analizarlo demasiado para saber que en su mente está imaginando un mundo completamente paralelo a este. Quizá se ve al lado de Sarah en cualquier rincón del mundo sin preocupaciones, sin miedos y sin problemas. Me los imagino en medio del monte,

discutiendo por quién va al pueblo a comprar pan o porque uno de los dos no sabe limpiar bien la cocina.

Apoyo mi cabeza en su hombro e intento eliminar cualquier ápice de dolor que me provoca el pie. Probablemente debería callarme ya y no seguir hablando de lo mismo, pero me sentiría una persona horrible si no le ofreciese mi ayuda.

—Marc dice que no vas a clase.

—¿Y qué sabe Marc?

—Landon —me limito a responder.

Agacha su cabeza hacia mí y vuelve a apoyarse en el cabecero.

—Es una mala época.

—Si necesitas ayuda, solo tienes que pedirla —susurro, siendo completamente sincera.

Dani asiente y se acerca con precaución a mi frente, dejando un beso sobre ella. Mi corazón rebota con fuerza dentro de mi pecho y me aterra que pueda escuchar los latidos desde la posición en la que está. Trago con fuerza, pero no me muevo.

El silencio reina en su habitación. Hace tiempo que los dos hemos dejado de comer, así que ya no se escucha el tenedor rechinando contra el plato. Nuestras manos están a escasos centímetros y soy incapaz de apartarla.

—¿Alguna vez tus padres te han obligado a hacer algo que no te gustaba?

—Sí, pero no en algo como esto —respondo, refiriéndome a los estudios —. A veces hay que imponerse a lo que la gente nos diga. Seguro que tienes mil sueños que te gustaría cumplir, pero estás aquí, estancado en algo que no te hace feliz.

—¿Sabes por qué se llaman sueños? —No necesito que responda para saber cuál va a ser su contestación. Pese a ello, no digo nada—. Porque no es real, es algo que solo está en nuestra imaginación.

Me aparto de su hombro y clavo mis ojos sobre él. Hasta que no se gira hacia mí, no vuelvo a hablar.

—¿Por qué no eres capaz de darle una oportunidad a aquello que sueñas?

—Porque no vivo de sueños, Iris. Me he criado con los pies en la tierra y no volando en las nubes. No soy como tú —murmura. No es un reproche, y estoy segura de ello por la forma en la que su voz se tiñe de tristeza.

—Ojalá algún día sea capaz de enseñarte otra forma de vivir.

—Ojalá —susurra.

Me encantaría hablarle de lo mucho que yo soñaba con estar en esta universidad. Le contaría lo imposible que era para mi familia que yo pudiese estudiar aquí con una beca, porque así podría mostrarle que, de vez en cuando, los sueños se hacen realidad. Muchas veces es cuestión de trabajar, y otras es cuestión de suerte. Un poco de ambas es lo que hace que lleguemos a tocar las estrellas, sabiendo que hemos hecho hasta lo imposible para rozarlas con los dedos.

Cuando miro nuestras manos, soy consciente de que la relación que tenemos Dani y yo es distinta a cualquier otra relación que haya tenido antes. No me refiero a los sentimientos que tengo, sino a la forma en la que actuamos con el otro. Tener esta misma conversación con Kyra, por ejemplo, habría sido un detonante para una discusión sin fin. Ella me apuntaría con el dedo, culpándome de ver la vida como la veo; yo, en cambio, la miraría con el ceño fruncido, para después esquivarla. Sin embargo, con el chico que tengo al lado, las conversaciones nacen y mueren solas.

—Iris, quería pedirte perdón —susurra de repente, sacándome de mis propias cavilaciones.

Sé que se refiere a la discusión que hemos tenido sobre el beso, así que me apresuro a negar, incorporándome un poco.

—No todo ha sido culpa tuya.

—Ya, pero te he presionado.

—Y yo me he comportado como una imbécil sacando el ataque de ansiedad.

No debería haberlo escupido como lo he hecho. Ni siquiera tenía que haberlo nombrado, pero no lo he pensado y necesito asegurarme de que sabe que me arrepiento.

—De todas formas, tenías razón.

—No la tenía, Dani —aseguro—. Lo mínimo que te mereces es que nadie te presione para hablar de algo que no quieres. Sí, te dio conmigo, pero no tienes que hablar conmigo de ello.

Me hundo en la cama cuando me mira. El brillo de sus ojos se ha disipado a lo largo de la conversación. Me he comportado como si no hubiese nada de empatía dentro de mí, a pesar de haberlo vivido con Kyra y de haber estado en el momento con Dani. Ningún pensamiento negativo o enfado justifica utilizar algo así para hacer daño.

—No estaba preparado para hablar de ello —murmura—. Como tú, que tampoco estabas preparada para hablar del beso.

Niego con la misma sonrisa apagada que tiene él dibujada en su rostro.

—No debería haber intentado huir de ti, Dani —confieso.

—Podemos hablar del beso y de lo que ocurrió en el césped cuando estemos preparados. Ahora no importa. —Parece haber estado esperando todo el día para pronunciar esas palabras, pero poco me importa, porque consiguen darme la tranquilidad que no he tenido en todo el día—. ¿Me perdonas por presionarte?

—Solo si me perdonas a mí por lo mismo.

Alarga su mano y la coloca delante de mí, esperando que sea yo quien la estreche. Cuando lo hago, una risa acogedora sale de su garganta. Sonrío prestando atención a nuestras manos. Nuestros dedos han acabado entrelazados con la única diferencia de que ahora están apoyados sobre nuestras piernas. Sus dedos acarician mis manos con delicadeza y mi corazón se acelera sin poder detenerlo. Aparto la mirada de mis manos y la poso sobre él. A veces me pregunto si se sentirá de la misma forma que yo, pese a que me haya reconocido que el beso que nos dimos sí significó algo para él.

Capítulo 15

Dani

Salgo de la habitación con el máximo cuidado posible. Iris ha estado toda la noche moviéndose incómoda de un lado para otro. Por lo tanto, yo tampoco he dormido absolutamente nada. El pie se le está curando bastante bien, pero todavía siente molestias de vez en cuando. Por eso he decidido salir de la residencia y acercarme a comprar comida para que no vuelva a desayunar café con tostadas. No ha dicho nada, pero solo necesito observarla dos segundos para saber que está cansada de desayunar lo mismo.

Cuando entro a la habitación, está sentada sobre la cama, mirándome con una sonrisa de oreja a oreja.

—Buenos días —saluda sin cambiar su postura.

—Buenos días —respondo, dejando la bolsa sobre la encimera y acercándome a ella—. ¿Te has despertado mejor? Has estado toda la noche dando vueltas y resoplando.

—¡Lo siento muchísimo! —Su sonrisa se elimina de su rostro por completo y hace aspavientos con las manos mientras se disculpa—. Seguro que te he molestado un montón.

—No —miento.

Me siento a su lado y subo su pie, apoyándolo sobre mis piernas. Observo el tobillo con detenimiento, pero lo cierto es que no tengo ni idea de lo que estoy haciendo. La miro de reojo cuando se cruza de brazos con una mueca divertida y hago mi mayor esfuerzo para no estallar a carcajadas.

—¿Ahora eres médico?

—No, solo quería saber cómo lo llevabas.

—¿Y cómo lo ves?

—No tengo ni la menor idea —confieso, volviendo a colocar su pie en la misma posición en la que estaba antes. Su risa se cala en mis huesos y sonrío, sin dejar de mirarla—. He traído donuts, pero no sé si te gustarán.

Me mira con la ceja enarcada y sonríe, aplaudiendo.

—¡Estaba aborreciendo las tostadas!

Muerdo el interior de mis mejillas para no sonreír y me levanto de la cama. Cuando vuelvo, estiro la bolsa hacia ella, que la agarra como si llevase una semana entera sin comer.

Mi teléfono empieza a sonar y el nombre de Liam se refleja en la pantalla, así que no dudo en descolgar.

—¡Dani! ¿Cómo está tu princesa? —Abro los ojos de par en par y me alejo de Iris, que mastica sin prestar atención a mi conversación—. ¿Sigues ahí?

—No vuelvas a decir eso —murmuro, sentándome en la silla de la cocina—. Está mejor, ahora mismo le quitan el vendaje.

—¡Genial! Pues, como está mejor, hemos decidido que hoy vamos a estudiar todos juntos.

—¿Estudiar todos juntos?

—Sí —asegura al otro lado de la línea—. Landon, Yana, Eli y yo vamos para allá. Tienes habitación de sobra para que estemos todos juntos, así que no acepto un no como respuesta.

Ruedo los ojos porque sé que va a presentarse en mi habitación responda lo que responda. Quizá no lo haga si Iris admite estar cansada y no querer ver a nadie, así que me acerco hasta ella y le pregunto.

—¿Quieres que vengan? —pregunto una vez le he dado toda la explicación.

—Me da igual. Lo que te apetezca a ti.

—Yo no soy el que necesita descansar.

—Y yo no soy la dueña de la habitación.

—No para siempre, pero ahora mi habitación es la tuya.

El rubor de sus mejillas sube con rapidez, pero finjo no darme cuenta de ello.

No hemos vuelto a hablar del beso, no le he dicho lo que supuso para mí —exceptuando que significó algo— y ella tampoco ha vuelto a sacar el tema. Estamos en un punto muerto que de vez en cuando me confunde, pero también me gusta pasar tiempo con ella, aunque no pueda abrazarla por las noches o buscar su mano en plena madrugada.

Iris carraspea y vuelve a traerme al mundo real.

—Que vengan —acepta al final.

Liam sigue al otro lado del teléfono, pero no tarda en colgar y aparecer en mi puerta en cuanto le digo que sí pueden venir. A su lado está Eli. Nunca la había visto de cerca, pero mi amigo se ha dedicado a enseñarme fotos cada dos por tres mientras me contaba lo que habían hecho ese día. Es una chica bajita, de pelo corto y rubia, con flequillo. Liam no es muy alto tampoco, porque le saca solamente unos diez centímetros.

Cuando voy a saludar, una Yana completamente alegre entra por la puerta. Unos segundos después, Iris suelta un pequeño grito de dolor. Liam entra corriendo a la habitación con Eli de la mano. Yana se ha lanzado por completo encima de mi —por ahora— compañera de habitación, que se ríe con una mueca de dolor en su cara.

—Yana, acabas de llegar. Compórtate —pide Liam con toda la seriedad posible en él—. ¿Cómo estás? Dani dice que mejor. —La susodicha asiente con una sonrisa y clava su mirada en Eli—. Eli, ella es mi amiga Iris. Iris, ella es Eli, mi novia.

La sonrisa de Iris se ensancha por completo. Por algún motivo, yo también estoy sonriendo y creo que está bastante alejado del hecho de que Eli y Liam sean novios. Más bien tiene que ver con el rostro iluminado de Iris mientras los mira a los dos, como si fuese su propia relación. ¿Cómo será ella enamorada? Quizá le ponen nerviosa los abrazos en público o dice «te quiero» todo el rato.

Poco después, Landon toca la puerta. Ellos solos se dirigen hacia la mesa de la cocina, sacando sus apuntes, y se sientan. Voy hacia la cama con Iris y me siento durante unos segundos a su lado sin hacer nada. Sin embargo, ella sí tiene la mirada clavada en su ordenador mientras lee un documento y subraya lo más importante. Por suerte, le han atrasado los exámenes que tenía esta semana para la próxima, así tiene más tiempo para estudiar. Al fin y al cabo, está aquí gracias a una beca y necesita hacer todo lo posible para conseguirla.

Miro a mi alrededor y lo que veo me agobia más de lo que puedo admitir. Todos miran sus ordenadores y libretas concentrados en lo que hacen, no dudan en escribir y subrayar, en memorizar lo que leen… Todos tienen claro dónde están y dónde quieren ir, pero yo hace tiempo perdí el

rumbo de cómo quería que fuese mi vida. He crecido bajo la atenta mirada de mis padres y de la empresa en general.

Cuando me levanto de la cama, Iris agarra mi mano. No sabía que estaba pendiente de mí hasta que su piel ha entrado en contacto con la mía.

—¿Estás bien?

—Sí, ahora vengo.

Sonrío y salgo de la habitación sin avisar a nadie más, porque probablemente todos me hayan visto irme. El aire me golpea en la cara y tengo que abrazarme con fuerza a mí mismo. Me enciendo un cigarro y dejo que el humo entre en mí. Sé que a la larga va a afectarme, pero soy incapaz de relajarme de otra manera, así que los pensamientos sobre lo malo que es para mi salud desaparecen de un plumazo.

Liam e Iris estudian algo que les apasiona, viven su carrera como si fuese lo más precioso, aunque a veces se cabreen con sus notas o con los profesores. Yana odia Psicología, pero le apasiona la idea de ayudar a gente con sus problemas, así que sigue al pie del cañón y esforzándose cada día más para llegar a la meta, aunque el camino le cueste. Y, mientras tanto, va a hacer prácticas cada día con una sonrisa. Landon va a clase y apunta todo con calma porque después llega a su habitación y estudia sin presiones. Disfruta de la economía y de las estadísticas. Sin embargo, yo odio todo eso. No quiero estudiarlo y tampoco se me da bien memorizar, pero es la única opción que tengo a día de hoy para acabar en un camino seguro y no descarrilarme.

Cojo aire con fuerza y vuelvo a subir a mi habitación. Los murmullos de dentro desaparecen cuando meto la llave en la puerta. En cuanto entro, la tensión se palpa en el ambiente. Todos se miran entre ellos porque ni siquiera han tenido tiempo de clavar la mirada en otro sitio.

—¿Qué pasa?

—Nada —responde Eli con demasiada rapidez. Iris frunce los labios en una fina línea y Liam la mira con los ojos abiertos como platos—. Nada fuera de lo normal.

—Agradezco que intentes encubrirlos, pero los conozco desde hace varios años —susurro, forzando una sonrisa para no parecer un borde de manual—. Cuéntame qué está pasando, Liam.

Sé que de todos es el primero que va a hablar porque le cuesta guardar secretos. Especialmente cuando se trata de tonterías. Abre la boca y la cierra repetidamente, como si estuviese luchando contra sí mismo para no hablar.

—Hemos pensado hacer algo juntos estas navidades.

Frunzo el ceño sin comprender la situación.

—¿Por qué tanto misterio?

Ninguno abre la boca. Todos agachan la mirada y la clavan en lo que tienen delante, excepto Iris, que los mira desde la otra punta de la habitación con los brazos cruzados. Espero unos segundos a ver si alguno responde antes de preguntarle a ella, pero todos se mantienen en silencio.

—¿Liam? ¿Yana? ¿Landon?

Nada. Ninguno es capaz de decir nada y eso me está poniendo más nervioso de lo que debería.

—Vendría Marc. —Me giro de golpe hacia Iris cuando la respuesta resbala por sus labios.

Mis nervios disminuyen por completo y empiezo a negar con lentitud. Es normal que Marc esté en los mismos lugares que Landon, especialmente si son varios días. Sin embargo, yo no tengo por qué ir. Estar en el mismo sitio que Marc no entra en mis planes y nunca lo ha hecho. Él por su lado y yo por el mío, siempre ha sido así.

—No contéis conmigo.

—No tenemos que irnos de viaje, podemos pasar un día juntos, ¿no?

La voz de Iris está llena de preocupación. Intenta relajar el ambiente, pero es casi imposible. Se encoje en la cama y cierro los ojos con fuerza porque odio que la mayor parte de la incomodidad se la esté llevando ella, junto a Eli, que acaba de entrar en el grupo.

—Lo hablamos más adelante, ¿vale? —dice Landon, mirándome.

Asiento y espero a que se vayan todos antes de dirigirme hacia Iris. Cierra el ordenador cuando es consciente de que me acerco a ella y lo deja en un lateral, restándole importancia a lo que estaba haciendo.

—No tenemos que ir a ese viaje, lo sabes, ¿verdad?

—Tú puedes ir.

—Podría, pero ¿qué harías tú aquí solo y triste todas las navidades?

Hace un puchero y sonríe, haciéndome sonreír a mí también. La cercanía de nuestros cuerpos me entrecorta la respiración, así que me obligo a no pensar demasiado en ello.

—Cierto es. ¿Qué haría sin ti?

—Buena pregunta, pero espero que no quieras averiguar la respuesta.

Sus palabras me cortan el aire por completo. Traga con fuerza cuando se da cuenta de lo que ha dicho. Espero durante unos segundos a que rectifique, pero no lo hace. Mantiene lo que ha dicho sin achantarse. Mi mirada se desvía a sus labios, imaginando cómo sería volver a besarla.

Los relojes han desaparecido de la habitación y la noción del tiempo se ha perdido a mitad de camino. No escucho su corazón, pero el mío late con una fuerza que no puedo detener. No quiero que me bese y después salga corriendo. No quiero volver a sentir mariposas revoloteando por mi estómago si después va a decirme que íbamos borrachos y que ese beso no significó nada. No quiero volver hacerlo, pero mis dedos ya han alcanzado su mano y se saben de memoria el camino para llegar a su mejilla.

—¿Vas a salir corriendo?

No lo pregunto con reproche, porque jamás le reprocharía los miedos, las dudas o los retrocesos. Lo pregunto porque necesito proteger lo que sea que siento. Necesito proteger lo que tenemos y no lanzarlo todo por la borda, sabiendo que no estamos navegando en el mismo mar.

—No salí corriendo porque no quisiese volver a hacerlo.

Suena sincera. Recorro su rostro en busca de algo más, de una mueca que me indique que está jugando conmigo, pero no encuentro nada. Para asegurarse, agarra mis mejillas con las dos manos y clava sus ojos en los míos, repitiéndome lo mismo.

—¿Qué pasa si vuelvo a besarte?

—No lo sé —responde con la voz entrecortada.

—¿Puedo pedirte algo? —Asiente, sin quitar las manos de mis mejillas —. No salgas corriendo. No hu…

Mis palabras mueren en sus labios cuando pega su boca a la mía. Me cuesta reaccionar, pero no tardo demasiado tiempo en confirmar que está besándome. El corazón se me acelera.

A veces me cuesta entender la forma en la que me siento cuando estoy con ella. Todos mis miedos y todas mis dudas se hacen nuestras y eso me aterra tanto como me gusta. Desde que entró en mi vida, el sol calienta más y la noche duele menos. Cuando estoy con ella, los problemas se dispersan durante horas y, cuando vuelven, ya no duelen tanto.

Sus manos pasan de mis mejillas a enredarse en mi pelo y un suspiro sale de sus labios cuando me acerco más a ella, enredando nuestras lenguas en un baile que no quiero que acabe nunca.

Se le escapa un quejido cuando intenta subirse a horcajadas en mí.

—¡Mierda!

—¿Estás bien? —pregunto con la respiración agitada.

—Me he hecho daño en el tobillo —susurra, volviendo a sentarse en la cama, separándose de mí.

Una mueca de dolor está dibujada en su rostro. Sus manos se dirigen a esa parte de su anatomía mientras hace presión en ella, intentando calmar el dolor.

—¿Necesitas algo?

Niega con una sonrisa mientras apoya la cabeza en el cabecero, suspirando. A pesar de su respuesta, coloco sus piernas sobre las mías y repito el movimiento que estaba haciendo ella. No hago demasiada presión, porque no sé si será bueno, pero sí acaricio sus piernas, intentando aliviar el dolor.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —interpelo al cabo de unos minutos en silencio.

Se incorpora y me mira con la ceja alzada, sorprendida.

—¿Siempre que vayas a hacerme una vas a preguntarme si puedes? —Estallo en una carcajada y niego con la cabeza—. Dime.

—¿No han intentado hacer que me convenzas?

Conozco tanto a mis amigos que sé que son capaces de apretar la tecla necesaria para conseguir algo. Estos meses, esa tecla ha tenido nombre y apellidos y está sentada justo a mi lado. Ella no lo sabe, pero tampoco parece sorprenderle mi pregunta. Si lo hace, no lo demuestra.

—Puede que sí —responde sin importancia.

—¿Por qué no lo has hecho?

—Porque, por algún motivo, Marc no te cae bien. Y no pienso presionarte para que tomes una decisión que no quieres tomar. La presión social hace mucho, y no voy a caer ahí.

Dibujo una sonrisa completamente sincera en mi rostro. Destenso los hombros y reposo mi cabeza en el cabecero, justo como estaba ella antes.

—Te lo agradezco de corazón, Potter.

Se acerca a mí, dándome un beso repentino y nervioso en los labios. Después, en completo silencio, se coloca en la misma posición que yo. Nuestras respiraciones van al mismo ritmo y un silencio agradable se instala en la habitación. Cierro los ojos y dejo que mis dedos encuentren los suyos en mitad de las sábanas mientras me invade la sensación de estar en casa.

—¿Te apetece ver un documental de crímenes? —pregunta, como cada noche.

Se ha convertido en una especie de rutina desde que está conviviendo conmigo esta última semana.

Capítulo 16

Hace más de una semana que no comparto habitación con Dani. El esguince del pie desapareció y pude empezar a hacer cosas por mí misma; el primer paso fue mudarme de nuevo a mi habitación. Sin embargo, se ha convertido en rutina besarnos en el rellano y en las escaleras, dormir juntos y pasar tiempo en mi habitación. Nos reímos a carcajadas y hablamos de todo, como si llevásemos años manteniendo una relación.

Antes de salir por la puerta, deja un beso sobre mi sien y se despide de mí mientras yo me hago la remolona y pospongo el reloj varias veces. Cuando decido levantarme, me arreglo y cojo la mochila para ir a clase, sabiendo que la primera hora la tengo perdida. Entro en el edificio y me dirijo hacia la copistería para imprimir los apuntes de la clase siguiente.

Me hago hueco entre la cantidad de gente que se arremolina en la puerta e intento imprimir con rapidez.

Salgo del edificio y me dirijo hacia mi aula. Odio entrar cuando la clase ya está empezada, porque todo el mundo se gira hacia ti en cuanto escuchan el menor ruido. Abro los ojos de par en par cuando visualizo a Dani sentado en las escaleras con el móvil en una mano.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, llamando su atención.

Alza la cabeza con confusión.

—¿Tú no deberías estar en clase?

—Debería —respondo, sentándome a su lado—, pero he llegado tarde y no me apetece entrar.

—Iris Kelly saltándose una clase —susurra, divertido—. ¿En qué te estás convirtiendo?

—La pregunta es en qué me estás convirtiendo tú.

Estalla en carcajadas cuando me escucha hablar. Se acerca a mí, colocando ambas manos en mi mejilla, y deposita un beso rápido en mis labios. Casi fugaz.

—He pensado algo. —Lo miro con una ceja alzada. Probablemente me diga algo que no voy a esperarme, así que me preparo por si acaso—. ¿Nos vamos?

Ruedo los ojos, destensando los hombros por completo.

—No ahora —especifica—. Cuando termines las clases. Podemos ir con los demás y jugar a los bolos. Lo he puesto por el grupo, pero no lo has leído.

Frunzo el ceño mientras saco el móvil del bolsillo y veo que, efectivamente, todos han dado la confirmación excepto yo.

—Vale, sí —respondo, al fin.

—Nos vemos luego entonces.

Se levanta de la escalera con una sonrisa de oreja a oreja y se agacha a mi altura, dejando un beso sobre mi frente. Cierro los ojos cuando sus labios acarician mi piel y sonrío sin ser consciente. La sensación de calidez vuelve a instalarse en mí.

—Nos vemos —respondo.

Noto el calor subir a mis mejillas. Todavía no me he acostumbrado a que me bese en lugares públicos, ni con gente delante, por eso siempre suele ser él quien da el primer paso. Me encantaría poder hacerlo, pero una parte de mí no se atreve. Sin embargo, me encanta que sea él quien me bese primero.

El resto de la mañana se pasa demasiado lenta. Me entretengo hablando por el grupo que tenemos todos —incluida Eli, a la que añadimos hace poco — mientras evito estallar a carcajadas. Eli se ha acostumbrado demasiado rápido a nuestro grupo y ahora solo hablamos nosotras, Liam y Yana. Dani no habla casi nunca y probablemente Landon tarde cinco minutos más en abandonar el grupo; no sería la primera vez que lo hace.

Cuando termino, Dani me espera apoyado en un árbol con una sonrisa de oreja a oreja, que dibuja cuando me ve. Me entretengo unos segundos en mirarlo hasta que llego a él. Lleva unos vaqueros negros que no se pegan a su pierna por completo y una chaqueta azul marino que tiene abrochada hasta arriba para no pasar frío. Su pelo está despeinado por culpa del aire y, aun así, está guapísimo. De esto fui consciente el día que lo vi en la habitación de Landon, pero ahora estoy cien por cien segura de lo atractivo que es.

Esta vez soy yo quien lo besa. Me pongo de puntillas y acerco mis labios a los suyos sin titubear. Espero, pensando que va a hacer algún

comentario gracioso, pero solo sonríe y hace un movimiento para dirigirnos a su coche. Una vez allí, enciende la calefacción y nos ponemos en marcha.

—No te alíes con ellos, ¿vale? Pase lo que pase, no les hagas caso. —Frunzo los labios en una fina línea, intentando aguantar la carcajada que amenaza con salir—. ¿Qué pasa?

La seriedad de sus palabras me hace caer en la cuenta de que se está tomando esto completamente en serio. Me mira con el ceño fruncido, sin saber qué decir.

—Cuando te conocí, jamás pensé verte así de emocionado por un juego.

Su carcajada resuena por todo el coche.

—Solo me pasa cuando estoy contigo —confiesa sin inmutarse, pero mi corazón rebota con fuerza dentro de mi pecho.

Finjo que no me ha afectado lo más mínimo, pero en el momento que una sonrisa divertida se dibuja en su rostro, sé que lo sabe. Agarra mis mejillas y acerca su rostro al mío, repartiendo varios besos sobre mis labios.

—Tenemos que irnos si quieres ganar —digo entre beso y beso.

Se separa de mí resoplando como un niño pequeño y baja del coche cuando pone el freno de mano. Copio sus movimientos y, una vez estamos al lado, entrelaza su mano con la mía. Una corriente eléctrica me recorre de arriba abajo y sonrío sin poder evitarlo.

Durante el camino del aparcamiento hasta la bolera, Dani me cuenta todas las estrategias que tiene para ganar. Según él, la fuerza es lo más importante; sin embargo, yo voto por centrar la bola primero, aunque el movimiento sea flojo.

Entre risas, llegamos hasta donde están todos los demás. Yana viene corriendo y se abalanza hacia mí.

—Tú, Eli y yo vamos contra ellos —susurra sin que Dani la escuche.

Saludo a Landon, Liam y Eli y nos dirigimos hasta donde está la chica escribiendo los nombres en el tablero. Cuando Yana dice nuestros nombres, la cabeza de Dani se gira hacia mí con el ceño fruncido. Escondo una sonrisa y me apoyo en su hombro, mirándolo.

—¿Estás enfadado?

No responde, así que empiezo a darle golpecitos en el pecho con el dedo.

—Te he contado todas mis estrategias y ahora puedes ir contra mí —murmura, cruzándose de brazos.

—Seguro que sigues ganando, quejica. —Agacha la cabeza y rueda los ojos con una sonrisa divertida.

Eli es la primera en lanzar. Se acerca hasta la línea de tiro y se coloca en posición: se agacha un poco y lanza con fuerza. Segundos después, cuando la bola rueda hasta tirar todos los bolos, las tres chillamos felices. Los chicos nos miran con el ceño fruncido. Liam decide ignorarnos y se coloca en posición, copiando los movimientos de Eli, pero su tiro se desvía saliéndose de la pista. Volvemos a celebrar nosotras. Cuando Yana lanza, ni siquiera es capaz de darle a un bolo. Sin embargo, Landon consigue hacer un semipleno.

Cuando me toca a mí, me acerco hasta la línea de tiro y coloco la bola entre la cintura y el pecho, sujetándola con la mano. Entrecierro los ojos para enfocar el bolo que hay al fondo, ignorando el griterío de mis amigas a mis espaldas. Coloco el pie izquierdo delante y estiro la bola todo lo alto que puedo. Después, flexiono la rodilla derecha y, estirando el brazo hacia abajo, dejo la bola caer. No hay ningún tipo de fuerza en mi movimiento.

Durante un rato efímero, no escucho nada a mi alrededor, pero me giro hacia los demás cuando la bola entra recta, derribando todos los bolos. Miro a Dani, que me mira con una sonrisa diminuta llena de orgullo. Cuando le toca a él, me observa antes de lanzar y me sonríe, guiñándome un ojo. Unos segundos después, hace pleno.

—¿Queréis seguir jugando con estos? —pregunta Liam, agarrando a sus amigos por los hombros. Es más bajito que ellos, así que tiene que ponerse de puntillas—. A mí me daría miedo.

Yana nos junta en la misma posición, pero no le hace falta ponerse de puntillas porque es un poco más alta que nosotras.

—Vosotros habéis hecho un semipleno y un pleno —apunta—. Nosotras tenemos dos plenos.

Landon estalla en una carcajada, acercándose a ella y dándole un pico en los labios. Pocas veces se muestran cariñosos.

—Cariño, vosotras no. Más bien Eli e Iris.

La tarde pasa entre risas y bromas. Los chicos van ganando gracias a Dani y nosotras tenemos posibilidades de igualarlos gracias a Eli. Al final, somos nosotras quienes celebramos la victoria, mientras Dani nos observa fingiendo estar enfadado. En cambio, Liam se queja de todas las supuestas trampas —imposibles— que hemos hecho. Landon asiente repetidamente como si estuviese de acuerdo, pero todos sabemos que le da absolutamente igual quién haya ganado o perdido.

Acabamos en una cafetería que hay a medio camino. Cuando llegamos y el calor nos recibe, nos quitamos los abrigos como si estuviésemos en pleno verano.

—¿Vas a irte a Adare estas navidades? —pregunta Dani en un susurro.

—Todavía no lo sé.

—Vale —murmura y después se dirige al resto—: Chicos, cuando sepáis lo que vais a hacer estas navidades, decídmelo y os confirmo si voy o no.

La mirada de Liam se dirige hacia él con rapidez. Incluso a mí me sorprende lo sincero que suena. No volvió a hablar de ello y pensaba que iba a negarse para siempre, pero parece estar pensándoselo de verdad. Supongo que pasar tiempo con sus amigos es más importante que cualquier otro problema que haya alrededor.

Quiero mirarlo y preguntarle, pero demasiado tiene con las sonrisas de sus amigos.

—¿Vas a pensártelo? —Dani asiente a la pregunta de Liam. Sonrío sin poder evitarlo.

El resto del tiempo que estamos en la cafetería hablan de la Navidad y de lo que quieren hacer. Estoy tan distraída como Dani, que parece ajeno a la conversación que mantiene el resto.

Tenía pensado volver a Adare, se lo prometí a Noah, pero una parte de mí también quiere vivir esto con ellos. A pesar de estar haciendo mi mayor esfuerzo, quizá este es el primer y último año que paso aquí, así que quiero disfrutar de lo que pueda.

Capítulo 17

Dani

No sabía que la felicidad se podía rozar con la punta de los dedos. Es adictivo ver la forma en la que poco a poco la sonrisa se dibuja sobre su rostro. Mira hacia el cielo con la misma emoción con la que un niño mira el mundo. Tengo que apartar la mirada de Iris para clavarla en la carretera, pero soy consciente del dolor de mejillas que tengo por no parar de sonreír.

—¿Por qué hemos venido hoy? —pregunta una vez estamos en el banco, jugando con sus dedos y la palma de su mano.

—¿Te acuerdas cuando íbamos a ir y mis padres nos interrumpieron? —Asiente, eliminando cualquier rastro de ilusión—. Hacía un año que Sarah murió.

Mis palabras la dejan paralizada. Cualquier movimiento que estuviese haciendo sobre mi mano, lo detiene. Sin embargo, se gira hacia mí. Suelto todo el aire de mis pulmones cuando soy consciente de que he sido capaz de admitirlo en voz alta.

Cuando Sarah se fue, todo a mi alrededor dejó de tener sentido. Fue como perder una parte de mí que sé que nunca volverá, por mucho que la herida sane o el corazón vuelva a latir. Era mi hermana pequeña y eso la convertía en algo muy grande e inexplicable. Debería seguir a mi lado, jugando a ser mayor, creyendo que tiene el control de la situación.

—Diecisiete de octubre —susurra Iris a mi lado. Asiento, sin apartar mi mirada de ella.

—El último día en el que me miró y me dijo que me quería.

Trago con fuerza y pestañeo con rapidez, intentando eliminar las lágrimas. Las manos de Iris han vuelto a entrar en contacto con mi piel y eso me hace ser consciente de que no siento ninguna opresión en el pecho. No me duele, los oídos no me pitan y sigo sintiendo cada músculo de mi cuerpo.

La miro y dibuja una sonrisa diminuta en su rostro. No necesito preguntarle para que me dé una respuesta articulada.

—Estás bien —afirma sin titubear. No sé si se lo dice a ella misma o lo hace para que yo sea consciente.

Destenso los hombros y toda la tensión se disipa en el momento que las lágrimas llegan a mis ojos. No sé de dónde proviene la emoción, pero que sea capaz de hablar de mi hermana sin venirme abajo, puede tener mucho que ver.

—Estoy bien —afirmo, clavando mi mirada en el cielo.

Dejo que todos los sentimientos me recorran de arriba abajo. Dejo que me dominen y que el dolor se haga con cada parte de mí, porque solo así soy capaz de sentir algo que no sea la sensación de estar desapareciendo del mundo.

Me gustaría que Sarah estuviese aquí y que me mirase desde lejos con esa sonrisa de orgullo que dibujaba cuando yo sacaba un cinco en cualquier examen aleatorio. Me gustaría correr hacia ella y abrazarla hasta que nos sacáramos de quicio para empezar una pelea sin ningún sentido. Me gustaría que estuviese aquí y mirase a Iris con la misma sonrisa con la que me miraba a mí. Me gustaría seguir viéndola crecer, aprender, enamorarse y tropezarse. Me gustaría poder llamarla y saber que está bien; me gustaría tenerla aquí, pero no está.

Cojo aire con fuerza y lo suelto lentamente, sintiendo cómo cada parte de mí se relaja.

—Suele aparecer cuando algo lo activa y, generalmente, es la muerte de Sarah. —Es lo primero que me atrevo a decir al cabo de unos minutos. La mirada de Iris sigue clavada en mí, escuchándome con atención. Aunque no le haya dicho de lo que estoy hablando, lo sabe—. La última vez fue hace unas semanas.

—¿Lo hablas con alguien? —Niego con rapidez.

Asiente, pensativa, pero no dice nada.

—El primer ataque apareció dos semanas después de su muerte, pero no tenía ni idea de lo que estaba pasándome —susurro. No sé cuál es la necesidad que tengo de explicarlo, pero las palabras se escapan de mis labios y no me arrepiento de estar contándoselo—. Estaba cocinando y, sin previo aviso, empecé a experimentarlo. Liam me encontró, llamó a un familiar suyo, que es médico, y me dio una de esas pastillas para calmarme. Las otras veces me ha pasado estando solo y he tenido que aprender a controlarlos.

—¿Cuándo fue el último? —pregunta en un murmuro casi imperceptible.

Su voz es débil y su mirada está llena de preguntas. Está preocupada, así que estiro la mano hacia ella y la entrelazo, haciendo que sus ojos se desvíen de mi rostro hasta acabar en nuestros dedos.

—Un par de días antes de que te hicieses el esguince.

—Estaba en Adare —afirma, pensativa—. ¿No has vuelto a tener ninguno? No me mientas, Dani, por favor.

—Fue el último. Lo prometo.

Parece creerme, porque relaja todos los músculos y estira su cabeza hacia atrás.

—A Kyra también le daban —dice al cabo de unos segundos—. Sobre todo, en el instituto. Había profesores que no le daban demasiada importancia, así que salíamos corriendo al aseo y hacía mi mayor esfuerzo para ayudarla. Cuando se relajaba, la acompañaba a casa y fingíamos que no había pasado nada, pero llegó un momento en el que me obligué a hablar con ella. Necesitaba ayuda de un profesional y yo no lo era, solo podía hacer la función de amiga y estar ahí para ella, pero no era a mí a quien necesitaba en ese momento.

—¿Cuánto tardaste en hablarlo?

—Tres años —susurra como si estuviese avergonzada—. Éramos pequeñas y no entendíamos qué estaba pasando, pero acabé investigando. Lo que encontré, junto a la poca madurez que tenía, me hizo darme cuenta de que necesitaba ayuda psicológica y que yo no podía otorgársela.

Se gira hacia mí con los ojos ahogados y aprieta nuestras manos. Cierro los ojos, sabiendo el lugar exacto en el que va a acabar esta conversación.

—Hay problemas que se escapan de nuestras manos. Tienes amigos que darían lo que fuese por verte feliz, Dani. Me tienes a mí, que haría exactamente lo mismo, pero hay situaciones que no podemos solucionar con un par de consejos. Necesitas ayuda profesional, alguien que te escuche, te explique la situación y sepa cómo ayudarte.

—Puedo controlarlo.

Su rostro se frunce de golpe cuando me escucha. Aparta la mano con cuidado de la mía y se cruza de brazos con una confusión latente.

Trago con fuerza al notar la distancia física que ha creado entre nosotros.

—¿Controlarlo? Dani, los ataques de ansiedad no se van de un día para otro. Que estés unos días o semanas bien no quiere decir que no vuelvan a aparecer. Llevas un año entero sufriendo una pérdida, necesitas a alguien que te ayude.

Sé que tiene razón. Lo sé porque lo he visto en mucha gente de mi alrededor, pero, aun así, soy incapaz de admitirlo. Puedo con esto, igual que he podido con la muerte de Sarah. He sobrevivido un año entero y podré hacerlo durante más tiempo. Quizá, cuando me dé cuenta, los ataques de ansiedad habrán cesado y desaparecido sin hacer ruido. Hasta ese momento, pienso seguir luchando conmigo mismo.

—Estoy bien.

—No lo creo. —Clava su vista en el mirador que tenemos delante y suelta un suspiro—. No creo que estés bien, pero estaré aquí si algún día necesitas derrumbarte.

El corazón me rebota con fuerza dentro del pecho cuando la escucho hablar. No hay ni un ápice de broma en su voz y esa pequeña frase consigue relajarme. «Estaré aquí si algún día necesitas derrumbarte», y no ha fallado ni un solo día desde que la conozco, hace ya tres meses.

—Elegí este lugar porque durante ese mes, el cielo está completamente despejado y puedes ver las estrellas con más claridad.

Si se da cuenta o le molesta el cambio drástico de conversación, no lo demuestra. Se limita a responderme con la mayor tranquilidad posible.

—¿Vienes aquí todas las semanas?

—No, pero sí las que puedo.

—Has convertido Isla Bull en tu lugar —susurra emocionada.

—Sí. Mi lugar y el de Sarah, porque desde ese día las estrellas cobraron más sentido.

El silencio nos invade y un montón de estrellas fugaces empiezan a bailar por encima de nuestras cabezas. El cielo no está del todo despejado, pero es suficiente para verlas nacer y morir. Van y vienen a su antojo, a su velocidad, y aparecen cuando menos las buscamos.

Los dos miramos hacia arriba con una ilusión inexplicable en los ojos porque, por muchas estrellas que veamos, nunca dejará de impresionarnos la forma en la que cada una de ellas cuenta una historia. Iris acumula recuerdos de Noah que la hacen sonreír y emocionarse a partes iguales, porque sabe que es probable que su hermano mire el firmamento con el mismo pensamiento. Yo acumulo risas de Sarah y un brillo intenso se apodera de mis ojos, porque esté donde esté, siempre va a ser mi hermana pequeña y lo mejor que me ha pasado en toda mi vida.

No sé el tiempo que pasamos entre lágrimas, silencios y caricias en los dorsales de las manos. Las nubes se cierran a nuestro alrededor y la lluvia se abre paso con abundancia. Iris me mira sonriendo, yo la miro de la misma manera. Todo pasa muy rápido. Se levanta de mi lado, extiende la mano hacia mí y me invita a caminar con ella hasta que estamos en mitad del mirador. El agua nos moja, pero ninguno sale corriendo hacia el coche. Una de mis manos va a parar a su cintura, estrechándola hacia mí, y la otra se entrelaza con una de las suyas. Su mano libre se apoya en mi hombro con delicadeza, pero con seguridad.

—No hay música.

—Podemos ponerla nosotros —respondo.

Empiezo a tararear cuando la hago girar hacia el exterior, pero una nueva melodía se crea cuando la risa de Iris estalla en mitad del mirador, mientras vuelve hacia mí. Su pecho se pega al mío y su rostro queda muy cerca de mis labios. Cualquier ápice de diversión desaparece, solo puedo escuchar nuestras respiraciones con el sonido de la lluvia de fondo.

—Nunca pensé que iban a besarme bajo las estrellas.

—Yo te besaría en cualquier parte.

—¿Incluso en medio de la nada y en mitad de una tormenta?

—Especialmente en medio de la nada y en mitad de una tormenta.

No le doy tiempo a responder y acorto la distancia que nos separa, pegando mis labios a los suyos. Separo mis manos de su cintura y las llevo a sus mejillas con la mayor delicadeza posible. Quiero aprenderme cada parte de su cuerpo, quiero memorizar el sabor de sus labios y la textura de su piel. Quiero conocer cada rincón de ella, porque así podré observarla incluso cuando la oscuridad se interponga ante cualquier haz de luz.

Capítulo 18

Escucho gritos a lo lejos por quinta vez y ruedo por mi cama hasta llegar al borde. No hay rastro de Dani a mi lado, así que todas mis alarmas se activan cuando esta vez su voz llega a mis oídos. Anoche me acosté tarde estudiando porque estamos con los últimos parciales, y cuando llegué a la cama, Dani ya se había dormido hacía un tiempo. Por eso no me he percatado de su ausencia. Ni siquiera lo he escuchado irse.

—¡A lo mejor, si hubieses estado atento, tu hermana seguiría viva
!

El grito de Marc detiene todos mis pasos. Quiero seguir andando, pero soy incapaz de hacerlo. Siento que el miedo se atora en mi garganta y las dudas me martillean la cabeza. Nunca he sabido qué pasó con Sarah y cómo murió, porque siempre he tenido la sensación de que preguntarle sería agobiarle, así que me he callado. Sin embargo, un sinfín de preguntas llegan a mi mente.

—¡Ni se te ocurra nombrar a mi hermana! —espeta Dani.

—¿¡Por qué!? ¡Murió por tu puta culpa!

Es todo lo que mi cuerpo necesita para procesar la información y salir de mi habitación. Mientras me dirijo hacia donde están, escucho un portazo. No necesito saber quién ha sido, porque enseguida veo la cabeza de Marc en una de las escaleras mientras se rasca la nuca con desesperación.

Cuando me escucha, alza la cabeza y me mira de arriba abajo sin darle más importancia de la necesaria. Sin decir ni una sola palabra, vuelve agachar la cabeza y se hace a un lado para dejarme pasar. Frunzo el ceño, porque parece incluso preocupado y dolido, pero los gritos no tenían nada de esas características. Eran más bien todo lo contrario.

Salgo prácticamente corriendo a la habitación de Dani y toco varias veces hasta que abre la puerta. Me mira con las cejas fruncidas y completamente confuso. No espero que me deje pasar, así que me agacho por debajo de sus brazos y entro a su habitación sin permiso.

—Hola —digo cuando se coloca enfrente de mí.

—Hola.

—¿Qué ha pasado?

Mi pregunta sale disparada sin disfraces y sin rodeos. Parece sorprenderle, pero no dice nada. Va hacia la cama y se sienta en ella, agachando la cabeza durante unos segundos. Después la alza y clava su mirada en mí, dispuesto a mentirme.

—No ha pasado nada, Iris.

Lo dice con tanta seguridad que lo creería si no hubiese escuchado toda la conversación.

—Has estado gritándote con Marc en mitad del pasillo durante un buen rato. No puedes decirme que no ha pasado nada.

Suelta una risotada irónica que hace que me congele en el sitio. Durante unos segundos pienso que no va a decir nada o que incluso va a cambiar de tema, pero hace todo lo contrario. Se coloca en esa posición de «no me importa nada» y vuelve a hablar con una seguridad envidiable.

—¿Por qué me preguntas si ya lo has escuchado?

—Porque quiero que confíes en mí y me lo cuentes tú.

Se levanta de la cama y se dirige a la cocina, sin mirarme. Durante unos segundos no habla, pero cuando vuelve a hacerlo, toda mi cabeza empieza a dar vueltas.

—¿Estás segura de qué es eso, Iris? Porque siento que lo único que quieres es saber qué pasó con Sarah. —Frunzo el ceño, pero él no me ve. El corazón se me estruja dentro del pecho y tengo que tragar con fuerza para disimular la reacción que he tenido frente a sus palabras—. Porque pareces tener muchas ganas de que te cuente absolutamente todo lo que me pasa con Marc.

Niego con seguridad, pese a que sigue de espaldas a mí. No tiene razón, lo sé. He estado aquí tres meses y jamás me he metido en ninguna conversación ajena a mí. Han hablado de cosas que yo no entendía y nunca lo he presionado para que me hablase de su vida, porque es suya y yo acabo de llegar a ella. Las veces que hemos hablado de Sarah, ha sido él quien la ha nombrado primero. Sin embargo, parece pensar todo lo contrario. Como si todo lo que hubiésemos vivido se hubiese evaporado de la noche a la mañana.

Me niego a llorar en el mismo espacio en el que está él. Cojo todo el aire posible y desaparezco por el mini pasillo, pero antes de cerrar la puerta

detrás de mí, me giro. Sé que no va a mirarme, pero necesito que me escuche.

—No voy a pasar aquí la Navidad, así que ahora puedes decidir lo que a ti te dé la gana, aunque dudo mucho que te importase mi opinión.

Durante un segundo, creo que va a darse la vuelta y va a dirigirme la palabra, pero no lo hace. Termino de salir y cierro la puerta detrás de mí con el corazón en la garganta y las lágrimas amenazando con salir. El Dani de siempre se ha esfumado y solo soy capaz de preguntarme qué he hecho yo para que eso ocurra.

Las risas de Eli y Yana llegan hasta mis oídos, pero soy incapaz de mirarlas. El mundo se me viene abajo cuando sus brazos me rodean y cuando siento unos labios besándome la coronilla. Dejo que las lágrimas salgan y olvido que el tiempo sigue pasando. En algún momento hemos entrado en la habitación de Yana, y estamos sentadas en su cama.

—¿Estás bien, cariño? —Asiento ante la pregunta de mi amiga—. ¿Quieres hablarlo?

Les cuento lo que ha ocurrido cuando me calmo. Las palabras de Dani siguen repitiéndose en mi mente una y otra vez.

—Entonces vas a irte a Adare, ¿no? —Esta vez la pregunta es de Eli.

—Sí, quiero pasar las navidades con Noah y mi familia.

—Pues no me parece bien —espeta Yana—. El capullo ha sido Dani. Que se vaya él, no tú.

Niego con una sonrisa.

—Solo os tiene a vosotros, y si me quedo va a encerrarse en su habitación hasta que pasen todas las navidades.

Llevo conociéndolo tres meses y no hace falta más tiempo para saber que odia llevarse mal con la gente y que prefiere fastidiarse él antes que fastidiar al resto. Sus palabras han dolido, pero no me parece justo quedarme aquí con sus amigos mientras mi familia está al otro lado.

—¿Y para Nochevieja?

Ruedo los ojos y hago un puchero para que no me haga decidir en estos momentos.

—Está bien. Tú solamente… piénsalo, ¿vale? —Asiento y agarro el botellín de cerveza que nos ha traído—. Dudo que quieras hablar de Dani,

pero quiero darte mi opinión.

—Tienes razón, no quiero hablar de Dani.

Llevo la cerveza a mis labios, creyendo que va a cambiar de tema y va a decir algo gracioso, pero la escucho suspirar y, segundos después, hablar.

—No piensa así de ti.

—Ya, pues para no pensar así de mí, no se ha detenido a procesar todo lo que ha dicho.

Mi voz sale con desgana, pero sé que tengo razón. Lo ha dicho como si fuese un discurso que se ha aprendido para dar en algún acto importante. No ha dudado en ninguna palabra y tampoco ha tenido la suficiente valentía para girarse y decírmelo mirándome a los ojos, como todo lo demás.

—Cuando estamos enfadados, decimos cosas que no pensamos.

—Su enfado no ha sido por mi culpa —susurro—. No tiene derecho a cabrearse conmigo y a pagarlo de forma tan injusta, Yana.

—Creo que Iris tiene razón —apunta Eli, mirando a nuestra amiga—, pero también creo que él no piensa lo que te ha dicho.

Quiero creerlas, pero la forma en la que ha pronunciado las frases sin inmutarse me hace dudar. Una parte de mí quiere creer que lo que ha dicho le ha salido porque sí. Sin embargo, la otra parte, la más grande, cree que lo ha dicho de verdad y porque así lo sentía.

Cambio de tema de conversación y les cuento cómo pasamos las navidades en Adare. Al final, terminamos la mañana entre risas y consigo olvidarme de lo que Dani me ha dicho, pero de vez en cuando sus palabras vuelven a grabarse a fuego lento en mi mente. Yana y Eli lo saben, así que buscan algo con lo que distraerme con rapidez.

He encontrado un grupo de amigos al que aprecio y quiero porque se han convertido en ese lugar seguro al que quieres correr cuando el mundo se desmorona. A veces, las personas llegan de golpe y se hacen un hueco en tu vida porque pasan a formar parte de ella.

Salgo de la habitación de Yana, dirigiéndome hacia el exterior, y llamo a mamá para informarle de que iré por Navidad. Cuando termino de hablar con ella, Liam aparece en mi camino. Me sorprende lo rápido que frunce el ceño y se acerca a mí, mirándome con atención.

—¿Estás bien? —Asiento sin dudar. Una sonrisa se dibuja en su rostro cuando me mira de arriba abajo—. ¿Por qué vas en pijama?

Abro los ojos de par en par y agacho la cabeza con rapidez. Ruedo los ojos y me abrazo a mí misma, intentando taparlo, pero no lo consigo. Me he despertado, he salido corriendo a la habitación de Dani y he acabado en la de Yana, no he pasado por la mía para vestirme.

—Estoy bien, Liam. No hay nada de lo que preocuparse.

—No hay nada de lo que preocuparse excepto que pareces un oso panda, vas en pijama a las doce del mediodía y acabas de llamar a tu madre para decirle que pasarás las navidades allí, aunque antes ibas a pasarlas aquí —dice de carrerilla—. No quieres hablar de ello, ¿no?

Destenso los hombros y niego con lentitud.

—No es eso —admito—. No quiero hablarlo contigo, Liam.

—¿Qué ha hecho Dani?

Su pregunta me hace abrir los ojos y después fruncir el ceño con rapidez.

—¿Cómo sabes que es sobre él?

—Porque creo que es el único tema de conversación que no querrías tener conmigo —susurra, apoyándose en el umbral de la puerta—. Dani y yo somos amigos desde siempre, pero él también mete la pata y la caga. El hecho de que sea mi amigo no quiere decir que vaya a darle la razón en todo.

—Lo sé —confieso en un susurro.

Cuando se trata de hablar sobre temas serios, Liam es bastante neutral. Sabe dar la razón a quien la tiene y sabe negársela a quien no.

—Vale, me alegra que lo sepas. —Se acerca a mí y me rodea con los brazos. Echaba mucho de menos que hiciese eso—. Si me necesitas, solo tienes que llamarme.

Sonrío bajo su brazo y asiento, dándole una respuesta oral también. Me quedo sola en la puerta y dejo que el frío se cuele en mis brazos. Pensaba que lo estaba teniendo todo: el sueño de mi adolescencia, los amigos que siempre he querido y un chico que consiga acelerar mi corazón. Sin embargo, con el cielo nublado y las voces de mis amigas de fondo, dudo tenerlo todo.

Al día siguiente, Landon se empeña en llevarme hasta la estación. Pasamos el viaje en absoluto silencio, pero no es incómodo. De hecho, me gusta pasar tiempo con Landon porque, aunque parezca que no, siempre está pendiente de todos sus amigos. Es la típica persona que pasa desapercibida, pero que está ahí pase lo que pase. Agradezco que sea él quien me traiga, porque así no tengo que despedirme de mis amigas como si no fuese a verlas nunca más. Cuando me deja en la estación, me hace prometerle que avisaré de que he llegado y me asegura no hablar de ello con Dani.

La llegada a casa es tranquila y agradezco que mamá no pregunte demasiado sobre el motivo por el que he decidido pasar la Navidad en Adare y no en Dublín, como les dije. Noah pregunta de vez en cuando sobre la ausencia de Dani y tengo que inventarme excusas rápidas y fáciles para darle, porque me niego a explicarle todo lo que ha ocurrido. Ni siquiera lo hago con papá y mamá, pese a que los dos parecen bastante preocupados.

Capítulo 19

—¡No puedo creerme que te acuerdes de eso, mamá!

Desde que llegué anoche no han dejado de contar anécdotas sobre mí. Mi abuela se ríe con cada una de ellas porque ha sido partícipe de la mitad.

—Cariño, tú imagínate mi cara cuando tocaste al timbre y te vi con la mochila del colegio en la puerta a las diez de la mañana.

—Tenías seis años —dice mi abuela entre carcajadas.

—¡Y nadie te vio salir del colegio!

—¿Tampoco me vieron en todo el camino hasta llegar a casa? —Mi madre niega mientras sigue riéndose a carcajadas con mi abuela.

Noah ha desaparecido de la mesa hace ya unos minutos y mamá y papá se han levantado para recogerla. Mientras tanto, tengo a mi abuela justo enfrente de mí, mirándome con la típica sonrisa que dibuja en su rostro para sonsacarme según qué cosas.

Todavía no le he dicho qué hago aquí ni porqué he venido, así que me limito a fruncir el ceño y me cruzo de brazos sobre la mesa, esperando una pregunta que no tarda en hacer.

—¿Por qué has venido?

La pregunta de mi abuela es directa. No se molesta en disimular.

—Si quieres mañana me voy, abuela —susurro, disimulando una carcajada.

—Sabes que no me refiero a eso. ¿Qué ha pasado en la universidad para que estés aquí? Dijiste que querías pasar las navidades con tus amigos.

Asiento, dándole la razón. Quería pasar este tiempo con ellos porque siempre hay tiempo de volver a casa, pero quizá no hay otra oportunidad para volver a pasarla con los chicos.

—Es ese chico, ¿verdad? —No respondo, pero tampoco necesita que lo haga. Estira las manos hacia mí y las coloca encima de las mías, mostrándome su cariño—. ¿Habéis discutido?

—Algo así —respondo al fin.

Dar explicaciones no es algo que me apasione, pero tampoco quiero ignorar las preguntas de mis padres y de mi abuela, porque sé que eso solo

atraerá más su preocupación, y realmente no hay nada de lo que preocuparse.

Mi abuela asiente y no dice nada durante unos segundos. Tiempo suficiente para que un consejo se escape de sus labios.

—Las personas nos equivocamos. Siempre hay tiempo de arreglar las cosas.

—Según él, me importan una mierda los sentimientos de los demás —escupo sin mirar a mi abuela—. Con él me sentía yo, el mundo a mi alrededor giraba y sentía que podía con todo.

Suelta un suspiro. Agarra mi barbilla hasta que mis ojos se encuentran con los suyos y dibuja una sonrisa cargada de lástima en su rostro.

—Cuando empecé con tu abuelo, discutíamos por tonterías, y una vez nos dijimos palabras que nunca debimos decirnos. Nos cabreamos y estuvimos meses sin dirigirnos la palabra, pero los dos nos buscábamos en todas partes en silencio. Todo el pueblo era consciente menos nosotros, porque cuando eres tú la que está dentro de la situación, no ves más allá —dice con una sonrisa nostálgica en su rostro—. Iris, las personas nos peleamos y nos decimos cosas que no pensamos. No está bien, pero cuando el mundo se derrumba a tu alrededor, atacas a lo que más quieres porque sabes que va a seguir estando ahí.

—Pero eso no es justo —respondo en un susurro—. Enfadarte con alguien no te da derecho a pagar tus frustraciones con otras personas.

Dani fue totalmente injusto. Todavía escucho su tono de indiferencia rebotando en mis oídos. Sé que la discusión con Marc fue de todo menos tranquila, pero eso no le daba derecho a empujarme a mí hasta el acantilado como si fuese alguien más en su vida intentando fastidiarle. Sin embargo, nunca he reflejado nada de lo que él me acusaba.

Paso mis manos por mi cara y limpio las lágrimas con rapidez antes de darles tiempo a caer, pero mi abuela ya se ha dado cuenta.

—No digo que haya actuado bien, porque no lo ha hecho. Solamente digo que a veces hay que dar segundas oportunidades y no echarlo todo a perder a la primera de cambio. Estoy segura de que hablará contigo y te explicará cómo se sentía —susurra—. Parece un buen chico, Iris. No lo

conozco, pero sé que te cuida. Estás enfadada con él y tu mirada sigue brillando, eso pasa muy pocas veces, y cuando pasa, hay que protegerlo.

Sonrío y dejo un beso en la mano de mi abuela. Después de unos segundos, me levanto de la mesa para desaparecer, pero vuelve a llamarme.

—Iris, darle una segunda oportunidad no significa que le des vía libre a que diga cosas horribles cada día, pero una frase mal dicha no significa que tengas que crucificarlo.

Asiento y me voy hacia mi habitación, procesando cada una de sus palabras. Me tumbo y miro el móvil, esperando encontrar algún mensaje, pero no hay rastro de Dani. Solo tengo mensajes del grupo de los chicos, pero tampoco ha hablado por ahí. Aunque, a decir verdad, yo tampoco lo he hecho excepto para avisar de que llegué anoche.

No puedo evitarlo y entro en su chat privado mientras pienso en las palabras de mi abuela. Trago con fuerza cuando veo que está en línea, pero segundos después vuelve a desconectarse. Cierro los ojos con fuerza y me obligo a bloquear el móvil y dejarlo boca abajo en la mesita.

El timbre suena, pero no le doy demasiada importancia. No lo hago hasta que mamá abre la puerta de mi habitación y me mira con una mueca que no sé descifrar.

—Es ese chico —susurra—. Dani.

Mi mente se queda en blanco y frunzo el ceño, completamente confusa. Sé que debería levantarme de la cama y bajar hasta él, pero no soy capaz de moverme. ¿En qué momento ha decidido presentarse en la puerta de mi casa?, ¿y por qué lo ha hecho? Suelto un suspiro cuando el carraspeo de mi madre me trae de vuelta al mundo real. Se aparta de la puerta, dejándome pasar, y acaricia mi hombro con la intención de darme ánimos.

No escucho lo que mi padre habla con mi abuela, porque tengo la vista puesta sobre la puerta. Lo primero que veo cuando la abro, es su espalda. Cierro detrás de mí, intentando hacer el menor ruido posible, pero termina por escucharme, así que se gira con rapidez. Su mirada se clava en mí mientras expulsa el humo del cigarro. Un momento después, lo tira al suelo y lo pisa, sin darle ninguna importancia al hecho de que está recién empezado.

Va completamente de negro; los pantalones, las zapatillas, la chaqueta… Mantiene sus manos metidas en los bolsillos y una de sus piernas sube y baja con rapidez, impaciente por ver quién hace el primer movimiento. Sin embargo, los dos nos limitamos a observarnos. Lleva el pelo más alborotado que de costumbre y parece no haber dormido en toda la noche porque, aunque estemos a una distancia prudente, soy consciente de las ojeras que tiene.

Él también me ha recorrido de arriba abajo. Me estremezco en el segundo que sus ojos se detienen en una parte concreta de mí y sonríe. Bajo mi mirada hasta ahí y frunzo el ceño, avergonzada, cuando me doy cuenta de que llevo el jersey que me dejó cuando me acostó en mi cama por culpa de la borrachera. Me abrazo a mí misma, intentando ocultarlo, pero no sirve de nada.

Ninguno hace ni un solo comentario, pero deja de sonreír cuando lo fulmino con la mirada. Incluso se echa hacia atrás divertido.

Paso la mano por mi brazo, intentando entrar en calor porque el frío ya empieza a colarse entre mis huesos.

—¿Quieres que hablemos en mi coche?

Es el primero en hablar cuando se da cuenta de que me he estremecido por la temperatura. Asiento más rápido de lo que me gustaría, pero el frío y estar enfadada con Dani en la puerta de mi casa no ayuda.

En cuestión de segundos, estamos los dos metidos en el coche. Lo primero que hace nada más subir es encender la calefacción y quitarse la chaqueta. Me quedo mirándolo y clava sus ojos en mí cuando se percata de mi mirada.

—¿Qué haces aquí?

—Pedirte perdón por todo lo que dije ayer —dice sin titubear. Parece nervioso porque se rasca la nuca, pero no aparta su mirada de la mía. Está convencido de lo que dice—. Sé que te preocupas por mí.

—Lo hago —susurro.

—Lo sé. Fui un imbécil.

Asiento, dándole la razón.

—¿Has venido aquí solo para pedirme perdón? —Mi pregunta sale en voz baja. Asiente y, por primera vez desde que hemos subido al coche,

aparta sus ojos de los míos—. ¿Cómo sabes dónde vivo?

Suelta una carcajada que hace que todo mi sistema nervioso se acelere. Odio sentirme así, debería estar con los brazos cruzados, cabreada con él. Sin embargo, solo el sonido de su voz hace que quiera abrazarlo y decirle que estamos bien.

—La otra vez, Noah, mientras hablábamos, me explicó dónde vivíais exactamente por si algún día quería venir de sorpresa. Por algún motivo, me quedé con la explicación. —Asiento, intentando ocultar una sonrisa. Ahora le gastaría una broma, pero no es el momento. Tras unos segundos en silencio, vuelve a hablar—. No quise tratarte mal, Iris. No tienes la culpa de lo que pase entre Marc y yo, porque es algo en lo que no estás involucrada.

Cuando voy a hablar, niega y sigue haciéndolo él. Con la mirada perdida, suelta un suspiro y coge carrerilla, como si se lo hubiese estudiado palabra por palabra.

—Marc y mi hermana se conocían porque Landon y yo los presentamos. —Chasquea la lengua como si se arrepintiese de ello y echa la cabeza hacia atrás—. Todas las imágenes de ellos dos juntos se han distorsionado con el paso del tiempo. También le pasa a Landon.

Su voz disminuye cuando pronuncia esto último. Suena dolido, casi como si sus cuerdas vocales estuviesen rompiéndose a la vez que habla. Su rostro se mantiene inexpresivo y con la vista clavada en el frente. Tras pensarlo unos segundos, alargo mi mano hasta ponerla en su pierna. Es en ese momento cuando vuelvo a ganarme toda su atención.

—Algún día te lo contaré, pero creo que no estoy preparado para hacerlo todavía.

—Lo sé, me lo dijiste una vez y poco a poco vas dejándome ver parte de ti. Yo también tengo heridas abiertas, Dani —susurro—. No eres extraño por no querer hablar de algo, solamente eres humano.

Me sonríe por primera vez desde que hemos empezado a hablar y coloca su mano encima de la mía mientras acaricia mi dorsal.

—Lo siento muchísimo. No quería hacerte daño, no era mi intención.

—Me dolió que pensases así de mí —murmuro. Siento que tengo muchas cosas que decirle y nunca lo haré si no lo confieso ahora—. Siempre te he dado el espacio que has necesitado. Si hay algo que buscaba,

era saber si estabas bien. No me importan los problemas que tengas con Marc, porque no son de mi incumbencia, pero quería asegurarme de que estabas bien.

Asiente y cierra los ojos.

—No quería hacerte sentir así. —Suena real, sincero—. Cuando hablé con Landon después y le conté lo que había pasado, me dijo que había sido un completo idiota. Llegué yo solo a esa conclusión en cuanto cerraste la puerta.

Podría alargar el sentimiento de enfado y de tristeza, pero lo creo. Confío en que todo lo que dijo fue porque necesitaba desahogarse y no puedo culparlo por sentir que necesitaba lanzar dardos a alguna diana aleatoria. Supongo que yo estaba en medio. Pese a eso, me creo sus palabras y su arrepentimiento. Confío en las palabras de mi abuela.

—No sé qué hacer para demostrarte que, a pesar de que metí la pata hasta el fondo, estoy arrepentido.

—Te creo, ¿vale? Acabas de hacer doscientos kilómetros para pedirme perdón, Dani.

No sonríe, pero sí asiente muy seguro de mis palabras, como si no cupiese un mínimo de arrepentimiento en esa acción. Ha cogido el coche desde Dublín y se ha detenido en la puerta de mi casa para explicarse. No me ha llamado, ni me ha mandado mensajes, solo me ha buscado hasta que ha dado conmigo.

—Joder, claro que sí —dice, agarrando mi barbilla hasta que estamos a la misma distancia. Sus ojos brillan y mi corazón rebota con fuerza dentro de mi pecho—. Quería pedirte perdón por ser un completo gilipollas.

Mueve sus dedos hasta que las palmas de sus manos rodean mi mejilla. Acaricia mi pómulo con delicadeza y recorre mi rostro con la mirada, como si no quisiese perderse detalles.

Cierro los ojos al sentir su tacto y cojo todo el aire que puedo, intentando ignorar las mariposas que revolotean por mi estómago. Apoya su frente junto a la mía, estamos tan cerca que puedo sentir cómo se mezclan nuestras respiraciones.

—No quiero que pienses, ni por un segundo, que todo lo que dije ayer es verdad —asegura con un tono de voz severo—. Tienes un corazón

enorme y te preocupas por la gente más de lo que te preocupas por ti, Iris. Así que no quiero que tengas ideas erróneas en tu cabeza.

—Soy un libro abierto, ¿no? —digo recordando las veces que me lo dijo cuando nos estábamos conociendo.

—Eres un libro abierto lleno de tramas impresionantes.

El silencio se instaura en el coche, pero, lejos de ser incómodo, está lleno de paz y tranquilidad. Describir al chico que tengo al lado es complicado, porque es como las tormentas de verano en las que quieres encerrarte en casa y escucharla de fondo. Está lleno de sentimientos contradictorios a los que quieres aferrarte para indagar más en su interior. Solo escuchamos el ruido de los pájaros y el aire dando contra las ventanas, lo que hace que todo sea más íntimo y que las miradas estén cargadas de un cariño difícil de procesar.

Cojo aire y lo suelto cuando decido hablar de nuevo, rompiendo el silencio que había a nuestro alrededor.

—¿Quieres quedarte? —pregunto sin vacilar—. Estoy segura de que mi madre no querrá que te vuelvas a estas horas.

—No hace falta, Iris. Puedo volverme.

—Ya lo sé, pero quiero que te quedes —susurro.

La confusión de su rostro se elimina por completo y pasa a dibujar una sonrisa que mueve cada engranaje de mi cuerpo.

—Si tú quieres —puntualizo.

—Claro que quiero, Potter.

Sonrío de forma inconsciente y completamente sincera.

No sabes lo que tienes hasta que lo pierdes, y no sabía lo mucho que echaba de menos escuchar ese nombre a través de sus labios. Se ha convertido en un mote que me encanta, en algo que solo entendemos los dos y que estoy segura de que estará grabado en mi memoria durante toda la vida.

Cuando bajamos del coche y lo tengo al lado, me detengo. A lo mejor no debería mostrarme tan vulnerable, pero cuando se trata de él todo lo que creo pende de un hilo. No creí que sería capaz de mostrarle lo que yo soy a alguien de nuevo, pero con Dani los miedos desaparecen, aunque de vez en cuando intenten alojarse en mí.

—Gracias por venir —susurro cuando sus ojos se clavan en los míos—. Por recordarme que todo lo que dijiste no iba en serio. Lo necesitaba.

—Ven aquí.

Agarra mi muñeca y me tira hacia él hasta que sus brazos rodean mi cuerpo con fuerza. Deja un beso sobre mi sien y sonrío en el hueco de su cuello. Me siento protegida cuando me abraza. Siento que solos podemos con lo que queramos, pero que juntos somos capaces de enfrentarnos al mundo. Bajo la cabeza un poco más y me doy de lleno con el latido de su corazón completamente acelerado. Si se da cuenta, no dice nada.

Me separo de golpe cuando escucho la puerta de mi casa abrirse. Suelta una carcajada que me hace fruncir el ceño.

—No sabía que nuestra amistad era secreta —murmura divertido.

Lo siguiente de lo que soy consciente es de mi hermano corriendo en nuestra dirección. Prácticamente se lanza encima de él. Por suerte, sus reflejos son rápidos y consigue cogerlo en brazos.

—¡Hola, colega!

La mirada de Dani se cruza con la mía y la sonrisa que se dibuja en su rostro hace que mi corazón se acelere a una velocidad que no puedo calcular. Muerdo mi labio y me obligo a apartar la mirada de la imagen que tengo frente a mí, pero vuelvo a posarla allí cuando llego hasta donde está mi madre. No hablo con ella, pero escucho a mi hermano decirle a Dani que quiere enseñarle la casa, así que pasan por nuestro lado con una sonrisa de oreja a oreja.

No puedo evitar mirar al cielo y preguntarme si Sarah y yo nos llevaríamos igual de bien que ellos. Una lágrima se desliza por mi mejilla y miro a mamá con una sonrisa pequeña cuando roza mi hombro.

—Noah nunca abrazó así a Ray —susurro—. Nunca preguntaba por él.

Mi exnovio y Dani son totalmente distintos. Ray no era tímido, pero sí que era mucho más reservado. Mucho más suyo. Lo único que le importaba cuando venía a mi casa era yo. Nunca demostró su preocupación por Noah, ni fingió interesarse por sus hobbies, porque prefería mirarlo por encima del hombro antes que hablar de superhéroes con él. Mi hermano era consciente de ello, a pesar de ser demasiado pequeño como para entender lo que ocurría con Ray.

Cuando era pequeña y me imaginaba el futuro con novio, siempre había querido que se llevase bien con mi hermano, pero Ray nunca cumplió ese punto de la lista. Aprendí a aceptar eso y, aunque intenté cambiarlo un par de veces, acabé aceptándolo. Sin embargo, con Dani es totalmente distinto. Nunca le pedí que tratase a mi hermano con cariño, ni que se viese obligado a jugar con él y, aun así, lo hace. Lo hace porque le nace, porque le apetece y porque quiere. Admitió adorar a Noah y, como hermana mayor, no hay nada más bonito que saber que las personas de tu alrededor aprecian y valoran a tu familia.

—Lo sé, cariño. —Mi madre me abraza por detrás y besa mi coronilla —. Noah admira a Dani y él adora a tu hermano. Quédate con eso.

Sonrío y asiento. Cuando mi madre vuelve al interior de la casa, me siento unos segundos en el porche y miro hacia el cielo. Mi cuerpo se ha convertido en una mezcla de sentimientos que no sé descifrar. Solo soy capaz de pensar en el chico que hay dentro de mi casa, conociendo a mi familia como si fuese uno más. Ha reconstruido todo lo que creí roto. Ha conseguido hacerme sentir de nuevo unas ganas que me avivan; un sentimiento que quiero gritar.

—Ojalá haberte conocido, Sarah —murmuro—. Estoy segura de que formaríamos un buen equipo.

Capítulo 20

Dani

Amy y Brandon, los padres de Iris, se presentan en cuanto salgo de la habitación de Noah. Me ha hecho una excursión por toda su casa y se ha detenido en su habitación, donde me ha enseñado cada uno de los objetos que tenía allí. Su risa ha inundado el espacio de cuatro paredes y me ha contagiado la felicidad. Durante un segundo, me he imaginado a Sarah allí, con él. Nos he imaginado a los cuatro conociéndonos y pasando el rato en cualquier parte de Dublín o Adare. Es en los pequeños detalles como este cuando la ausencia de alguien duele más; cuando aparece algo que me recuerda a ella o cuando escucho una anécdota que podría haber vivido ella.

Además, también me presenta a su abuela y, aunque no me da demasiado tiempo a hablar con ella, sé que Iris está rodeada de personas maravillosas.

—¿Habéis acabado? —pregunta Iris a mi lado con el ceño fruncido—. Les has contado todo lo que he hecho en estos tres meses.

Sus padres se echan a reír mientras yo intento ocultar la sonrisa que amenaza con salir. Coloco mi mano encima de su rodilla, pero lo único que hace es fulminarme con la mirada para después sacarme la lengua.

—Todavía no les he contado cuando te emborrachaste y me robaste ese jersey —susurro muy cerca de su oído para que solo me escuche ella. Su mano golpea mi pierna por debajo de la mesa y me limito a sonreírle mientras rueda los ojos.

—Me alegra saber que está disfrutando mientras estudia —dice su madre con una sonrisa tímida.

Me detengo un poco más de la cuenta para observar la forma en la que Amy mira a Iris. Está llena de cariño, con un deje de orgullo que me hace sonreír. Se nota que en esta familia se quieren y se cuidan por encima de todo, priorizan la felicidad y se abrazan a pesar de no estar de acuerdo en algunos temas. Cuando pienso en la mía, todo es distinto. En algún punto de mi vida he tenido ese cariño y ese calor, pero siempre se me ha dictado el futuro. He nacido por y para trabajar en la empresa de mi padre;

especialmente, este último año, en el que han hecho todo lo posible para recordarme la decepción que sienten conmigo.

A mi lado, Iris parece notar que algo no va bien, así que coloca su mano encima de la mía y busca mi mirada. Cuando la pongo sobre ella, asiento, mostrándole que todo está bien. Que estoy bien.

—Tenéis suerte de tenerla como hija —murmuro mirando a sus padres.

Su padre sonríe de oreja a oreja y asiente con la cabeza repetidamente, como si quisiera confirmar lo que he dicho. Su madre, en cambio, se pasa la mano disimuladamente por sus ojos.

—Bueno, ya está. —Giro mi cabeza hacia Iris y vuelvo a sonreír cuando veo el rubor de sus mejillas—. A dormir, que hay que descansar.

Sus padres sueltan una carcajada y se levantan de la mesa, despidiéndose de nosotros.

—Yo puedo dormir en el sofá.

—Cariño, tú duerme en la cama de Iris y que ella duerma aquí. Es más pequeñita que tú y cabe mejor —dice Amy con amabilidad.

Iris se gira de golpe hacia ella y alza las manos con efusividad, llamando la atención de su madre.

—Yo, que soy tu hija, al sofá. Y él, que es un desconocido, a mi cama. ¡Increíble!

—Tiene razón. —La señalo a ella y después al sofá—. Yo puedo dormir en el sofá sin problemas. Al fin y al cabo, soy el invitado.

—¡Era broma! —exclama—. ¿Cómo vas a dormir tú en el sofá? Si duermes aquí, el dolor de espalda de mañana va a ser inaguantable. Además, no quiero que te levantes con mis padres cocinando.

Su madre desaparece por el comedor mientras que su padre nos mira con cara de pocos amigos. Se acerca alzando un dedo acusador y se dirige especialmente a su hija, que lo mira con los ojos entrecerrados. Por algún motivo, sé que lo siguiente que diga va a hacer que Iris se ruborice y quiera meterse debajo de las piedras.

—Podéis dormir juntos, porque imagino que ya lo habréis hecho muchas veces, pero como escuche un solo ruido extraño, os echo a patadas de mi casa —dice con seguridad—. A los dos.

Asiento, mordiendo el interior de mis mejillas para no explotar a carcajadas. A mi lado, Iris tiene los ojos cerrados y la mano en la frente, muriéndose de vergüenza.

Cuando su padre desaparece por la puerta, me giro hacia ella y me río. Me da un golpe en el brazo y agarra mi muñeca, arrastrándome escaleras arriba. La sigo en silencio hasta que estamos en la puerta de su habitación. Ha sido el único lugar de toda la casa que Noah no me ha enseñado porque, según él, quería que fuese su hermana mayor quien lo hiciera.

Sonrío en cuanto pongo un pie en su habitación, porque es exactamente como me la imaginaba. Toda la tonalidad de colores se centra en el marrón, en el blanco y el rosa pastel, aunque este último solo lo utiliza para darle color a la habitación. En su escritorio tiene algunas plantas de plástico que lo adornan, y justo al lado un pequeño tocador que está completamente vacío. Además, al fondo de la habitación tiene un pequeño balcón que da al exterior de la casa. Es cálida y, desde luego, la describiría como hogar.

Dejo de mirar a la habitación y clavo mis ojos en ella, que quita los cojines con timidez. Trago con fuerza cuando siento mi corazón acelerarse. Desde hace un año, mi vida ha estado dibujada con colores negros, pero desde que Iris entró en ella los tonos se han aclarado y soy capaz de ver algunos blancos que empiezan a colorearse con el paso del tiempo. Ha conseguido hacerme disfrutar sin tenerlo planeado. Creo que ni siquiera ella es consciente del proceso por el que mi mente está pasando y de las veces que su risa ha inundado mis pensamientos para dejar de pensar en el dolor. No es consciente, pero siento la necesidad de demostrárselo para que sepa lo importante que es.

—¿Qué pasa? —Su voz suena desde el balcón y su pregunta se escapa con un tono de preocupación.

Me acerco hasta ella y me siento en el pequeño hueco que hay, abriendo las piernas y dándole la opción de sentarse ahí. No tarda en hacerlo y pega su espalda a mi pecho. Mi respiración se acelera y las mariposas de mi estómago revolotean.

No me asusta la intimidad que creamos de vez en cuando porque, lejos de querer huir, lo único que deseo es parar el tiempo y quedarme para

siempre. Así. Con ella. Rozándole el brazo y sintiendo su piel bajo mis dedos.

—Iris —susurro—, cada vez que estoy a tu lado no puedo dejar de mirarte o de querer tocarte. Haces que todo en lo que he creído siempre se desvanezca a mi alrededor y que el reloj se detenga cuando estoy contigo. Eres un imán de cosas buenas y de una felicidad que hacía tiempo que no alcanzaba.

Su cabeza se gira hacia mí con detenimiento. Sé que mis palabras la han sorprendido igual que a mí cuando supe que lo que sentía por ella no lo había sentido nunca por nadie.

Mira mis labios con duda. Probablemente su mente se debate entre lo que quiere hacer y lo que debería, así que no hago ningún movimiento y dejo que sea ella quien guíe lo que quiere a continuación. Sus dedos se dirigen a mi rostro y lo acarician con tranquilidad y con calma mientras sus ojos me recorren. Los cierro de manera inconsciente cuando su mano acaricia mi barbilla y trago con fuerza al notar cómo se detiene en mis labios. Durante unos segundos, creo que va a besarme, pero, de un momento a otro, el roce físico desaparece.

—Quiero besarte —confiesa en un susurro.

«Yo también», quiero responder. Sin embargo, me mantengo en silencio, sosteniéndole una mirada que grita mil cosas que soy incapaz de descifrar.

—Pero no voy a hacerlo.

Su voz disminuye y una sonrisa cálida se dibuja en su rostro.

—¿Por qué? —Suelta un suspiro y mira hacia el cielo—. Por favor.

—Porque quiero besarte cuando estemos bien, cuando me asegure de que no vamos a volver a discutir después de una de las mejores noches de mi vida, Dani.

Trago con fuerza y el corazón se me encoge haciéndome daño. Vimos las estrellas, le hablé de Sarah y de mis ataques de ansiedad, bailamos bajo la lluvia y nos besamos hasta que los sonidos de los truenos se hicieron presentes… Y al día siguiente, lo tiré todo por la borda. No nos di opción a hablarlo.

—Vale. Lo entiendo.

Poco después, decidimos que deberíamos ir a dormir. Sale de la habitación para ponerse el pijama y yo me siento en una esquina de su cama, intentando no invadir demasiado su espacio personal. No puedo evitar sentirme nervioso, y eso hace que me ría de mí mismo.

—¿Todo bien? —pregunta cuando entra. Alzo la cabeza hacia ella y la miro con el ceño fruncido—. Te he escuchado reírte.

—Ah, sí. Todo bien —respondo, levantándome de la cama. Camina por la habitación sin saber dónde va. Deja el jersey que le regalé a un lado y después vuelve a por él para guardarlo en el armario. Lo mismo hace con los zapatos y con el coletero que llevaba puesto. Sonrío al ver que sigue llevando puesto el collar que le regalé el día de su cumpleaños.—. Iris, si hay algún problema puedo irme al sofá.

Se detiene en mitad de la habitación y me mira. Sus ojos se intercalan entre la cama y yo, como si estuviese analizando la situación. Después niega y se acerca hasta donde estoy.

—Todo bien, de verdad. Suelo dormir en el lado izquierdo, pero…

—En el lado derecho estaré bien —respondo con una sonrisa.

Da la vuelta a la cama y se tumba, restándole importancia a mi presencia. Sin embargo, yo soy incapaz de relajarme. La última vez que dormimos juntos nos besamos hasta agotarnos y nos abrazamos hasta que el sueño nos venció. Ahora estamos en la misma cama y nos separa una distancia que no puedo recortar con solo estirar el brazo.

Cuando me tumbo boca arriba, giro mi cabeza hacia donde está ella. Cuando nota mi mirada, hace lo mismo y se gira hacia mí. Trago con fuerza al notar sus ojos clavados en mis labios. No puedo evitar pasar la lengua por ellos, igual que tampoco puedo evitar clavar mis ojos en la misma parte de su rostro. Incluso antes de que mis labios rozaran los suyos, supe que iba a volverme adicto a ellos. Que iba a volverme adicto a ella.

Estiro mi brazo hasta que lo dejo en medio de los dos. Ella hace lo mismo, pero ni siquiera están cerca. Si solo fuese capaz de alargar la mano un poco más, podría rozar la suya y entrelazar nuestros dedos, pero no lo hago.

Siempre pensé que el amor no era algo que yo fuera capaz de experimentar. Nunca sentí nada por ninguna mujer, más allá de atracción

sexual, y nunca quise darle la mano a nadie mientras andábamos por la calle porque sentía que no valía la pena. He creído en el amor por la forma en la que Landon mira a Yana, y por la forma en la que mis abuelos lo hacían, pero siempre he pensado que yo no estaba hecho para amar. Ni para ser amado. Pero supongo que de repente llega alguien que pone tu mundo patas arriba, que tira abajo todos los pensamientos que tenías y que derrumba los muros que habías construido sin saberlo. Iris llegó sin más y caló en mis huesos hasta que se ha hecho imposible sacarla de ahí, pero es que, aunque pudiese, tampoco querría intentarlo.

Su dedo roza mi muñeca y vuelvo a la realidad de golpe. Noto su titubeo, así que muevo la mano un poco más y entrelazo nuestros dedos. A pesar de sus palabras minutos antes, su mirada sigue dudando entre detenerse o acercarse más. Quiero que acorte la distancia entre nosotros, quiero que lo haga, pero necesito que lo haga cuando confíe cien por cien en mí otra vez. En que puede regalarme parte de ella, porque me niego a romperle el corazón de nuevo.

La burbuja en la que estamos explota cuando la puerta de Iris se abre poco a poco. Nuestras cabezas se giran hacia ese lugar con el ceño fruncido. Noah aparece tras ella con la mano en los ojos para no ver lo que hay delante de él.

—¿Puedo abrirlos? —pregunta en un susurro.

Iris se gira hacia mí y suelta una carcajada que me calienta el pecho. Le devuelvo la sonrisa.

—Claro que sí. ¿Qué pasa? —Se acerca hasta donde estamos nosotros y le susurra algo a Iris en el oído—. Ha tenido una pesadilla y quiere quedarse a dormir.

Asiento en cuanto Iris me lo explica y me aparto un poco para dejarle espacio a Noah y que no se sienta estrujado por su hermana y por mí.

—Cuando era pequeño también había un bicho gigante y feo en la habitación de mi hermana —le digo—. Ella también me buscaba como tú buscas a tu hermana.

Noah me mira con los ojos brillantes y una sonrisa de oreja a oreja, como si le hiciese sentir mejor saber que también hay otras personas con

pesadillas y miedos. Sin ir más lejos: yo mismo estoy lleno de pesadillas y miedos.

—¿Tienes una hermana?

—La tenía —respondo, ignorando el nudo que crece en mi garganta—. ¿Te acuerdas de las estrellas que veías con tu hermana en el jardín?

El hermano de Iris asiente convencido y es todo lo que necesito para sonreír. Dejo que una lágrima resbale por mi mejilla, pero no rechazo el pequeño destello de felicidad al verlo mirarme con interés.

—Una de esas estrellas es Sarah, mi hermana.

Noah se acerca a mí y me abraza con toda la fuerza que un niño de diez años puede usar. Cierro los ojos, pero los vuelvo a abrir en cuanto noto los dedos de Iris recorriendo mis mejillas y eliminando cualquier rastro de lágrimas. Le sonrío. Le sonrío de verdad.

—Seguro que estaba muy feliz de que fueses su hermano.

Capítulo 21

—Su hermano pequeño es maravilloso —le dice Dani a Liam a mis espaldas—. Durmió con nosotros porque tenía una pesadilla y le hablé de Sarah.

No veo la reacción de Liam, pero, por el silencio que se ha hecho, intuyo que está sonriendo con esa mirada de orgullo que le sale cada vez que mira a su amigo.

Cuando nos despertamos después de dormir juntos, Dani se despidió de nosotros y volvió a la residencia. En cambio, yo me quedé un par de días más en Adare con mi familia, pero en cuanto esos días pasaron, me subí a un taxi y puse rumbo a Dublín cuando recordé que Yana quería que estuviese en Nochevieja.

—Me alegra mucho escuchar eso, Dani —susurra Liam—. Parece que estás viendo la luz al final del túnel.

—Eso suena a que me estoy muriendo.

—Sabes que no me refiero a eso, idiota. —Probablemente esté rodando los ojos, mientras Dani intenta ocultar una sonrisa que amenaza con salir—. He quedado con Eli. ¿Nos vemos después para hablar de mañana?

—Sí. Luego nos vemos.

—Adiós, Iris. —Se acerca a mí y me rodea con los brazos—. Buena suerte aguantándolo.

—Pides demasiado —respondo divertida, despidiéndome de él con la mano.

Me giro hacia el moreno, que me mira con el ceño fruncido y la boca ligeramente abierta. Finge estar dolido y se acerca a mí, alzando una ceja.

—Tu hermano no piensa lo mismo.

Desde luego que no, no piensa lo mismo. Mi hermano quiso quedarse a su lado desde el momento en el que hablaron por primera vez en el cumpleaños de Noah a través de una pantalla. La ilusión de sus ojos ese día no se me borra de la memoria.

—Tu silencio te delata, Potter.

—Cuando te fuiste, se encerró en su habitación y se puso música triste —confieso.

Desapareció del salón y, segundos después, escuché un portazo que provenía de su habitación. Me acerqué a ella y una melodía de piano me hizo reír durante un rato efímero. Cuando me di cuenta de lo que eso suponía, abrí la puerta y hablé con él. Acabó confesándome que echaba de menos a Dani, aunque se acabase de ir.

—Ni siquiera hizo eso con mi ex.

Me muerdo la lengua en cuanto termino la frase y me tapo la cara, intentando esconderme. No era necesario nombrar a Ray en estos momentos. Alzo la mirada hacia Dani con disimulo y aparto mis manos de golpe cuando lo escucho reírse a carcajadas. Frunzo el ceño con confusión y un hastío bromista.

—¿Por qué te ríes?

—Por la forma en la que has reaccionado cuando tú misma has sido quien has nombrado a tu ex —responde cuando se ha calmado—. ¿Cómo se llamaba?

—Ray. Se llamaba Ray.

El tono de diversión ha desaparecido de repente. Nos hemos detenido como si fuese una conversación importante, pero la realidad es que hablar de Ray dejó de ser importante hace mucho, aunque a veces sus palabras bailen en mi mente.

—¿Qué pasó?

—Más bien fue lo que no pasó. —Dani alza la ceja con interés—. Digamos que me hizo creer que no iba a ser capaz de enamorarme de nadie.

Su mirada sigue clavada en mí, intentando adivinar qué pasa por mi mente. Muerdo mi labio inferior y alzo un pelín la cabeza, como sinónimo de valentía, aunque realmente tengo el corazón latiéndome en la garganta, a punto de salir.

—Supongo que se equivocaba —susurro.

Traga con fuerza y pestañea repetidamente.

Ray se equivocaba. Lo sé por la forma en la que mis pulsaciones se alteran cuando tengo a Dani al lado; por la forma en la que sonrío cuando veo un mensaje suyo… Lo sé porque solo tengo que mirarme en el espejo después de estar con él. Es como si todo mi alrededor estuviese más en calma, fuese más colorido y tuviese más sentido. Porque, cuando cierro los

ojos, soy incapaz de no sonreír recordando nuestros besos. Así que sí, Ray se equivocó, y no voy a detener lo que siento porque él quisiese dejarme el corazón sin latidos.

Dani sigue mirándome con el ceño fruncido, completamente confuso. Sé que sabe a lo que me refiero, pero no estaba preparado para escuchar una confesión de golpe y repentina.

La mayoría de las veces, cuando se trata de abrir tu corazón a alguien y dejarle entrar, el miedo es el principal motivo por el que preferimos negar lo inevitable. Queremos ser queridos, pero no nos atrevemos a dar el paso por miedo a que conozcan nuestras debilidades y jueguen con ellas. El amor es tan incierto que no sabemos la huella que acabará dejando en nosotros y nos asusta que sea una de esas que sangran y que nunca cicatrizan, ni siquiera con el paso del tiempo. Sin embargo, todo eso pasa a un segundo plano durante unos segundos cuando veo a Dani al otro lado de la habitación, mirándome con una sonrisa que atraviesa sus ojos. Como si todas las dudas se disiparan y como si mis pies quisiesen correr hacia él, mostrándole que tiene más de mí de lo que cree. Empecé a darle cachitos míos que ni siquiera sabía que existían y también le di todo lo que sabía que podía proteger y cuidar.

—Supongo que se equivocaba —repito en voz baja—, porque me he enamorado, y este sentimiento está muy alejado de todos los que desarrollé por él.

Esta vez soy yo la que traga con fuerza. Es la primera vez que me atrevo a confesarle lo que siento antes de que lo haga él. Da un paso hacia mí, pero todavía nos separa una distancia muy prudente.

—¿Tú alguna vez lo has hecho? —Entrecierra los ojos. Suelto todo el aire que estaba conteniendo—. Enamorarte digo.

—Sí —responde cortante—. Una vez.

Da un paso más. El corazón me late con fuerza.

—¿Te fue bien?

Uno más.

—No lo sé.

Otro.

—¿Cómo te sentías?

Y otro.

—Exactamente así.

Agarra mi mano y la lleva a su pecho. El latido de su corazón rebota con fuerza bajo la palma de mi mano. Está tan cerca que noto su respiración acelerarse. Solo soy capaz de mirar cómo su pecho sube y baja con velocidad mientras siento su aliento rozándome la frente. Está tan cerca de mí que no cabe ni un alfiler entre nosotros.

Alzo la cabeza con lentitud sin apartar la mano de su pecho y lo miro. Sus ojos tienen un brillo que he visto en contadas ocasiones. Me recorre el rostro con la mirada, pero no sonríe. Tampoco necesito que lo haga para saber todo lo que quiere gritar, porque estoy igual que él. Porque voy cuesta abajo sin frenos y no quiero parar.

Pega su frente a la mía y sus manos recorren mis brazos hasta que acuna mis mejillas, alzándome la cabeza con lentitud.

—Quiero besarte. —Esta vez es él quien lo dice—. Pero no voy a hacerlo hasta que estés segura de que estamos bien y de que no vamos a discutir en una de las mejores noches de mi vida.

Bailamos debajo de las estrellas, dejamos que el agua calase en nuestros huesos y que nuestras bocas se unieran a la explosión de fuegos artificiales. Al día siguiente, sentí cómo el mundo se derrumbaba cuando lo escuché hablar, pero volvió a colocar ladrillos para construirnos de nuevo cuando se presentó en Adare; y lleva haciéndolo desde entonces, con cada mensaje, cada acto, cada palabra y cada sonrisa.

No le respondo. En su lugar, aprovecho que tiene los ojos cerrados y acallo nuestros pensamientos cuando mis labios rozan los suyos. Al principio es tierno, delicado. Los fuegos artificiales no hacen más que empezar cuando agarra mi nuca y me acerca a él, besándome con ganas, como si quisiese ponerle fin al mundo y que este sea nuestro mejor recuerdo.

Nuestras lenguas se enredan y juegan entre ellas mientras dejo que mis brazos recorran los suyos y mis dedos jueguen con los mechones de su pelo. Pierdo la noción del tiempo y disfruto de todas las sensaciones que recorren mi cuerpo de pies a cabeza. Me separo de él en busca de aire y sonrío cuando deja un beso tierno en mis labios, sin intenciones de ir más allá.

Tengo el pulso acelerado y la respiración hecha un desastre, pero no puedo dejar de sonreír mientras lo miro. Acaricia mi labio con su pulgar y sonríe, como si fuese consciente de lo que acaba de pasar.

No es nuestro primer beso. He perdido la cuenta de todos los que nos hemos dado, pero ninguno de ellos ha sabido a principios. Me pego a él y rodeo su cintura con mis manos, apretándolo a mí y buscando la protección de su cuerpo que no tarda ni dos segundos en darme. Escondo la cara en el hueco de su cuello y siento cómo su boca besa mi frente, dejando uno de esos besos que te reaniman, que te hacen sonreír, que te hacen sentirte especial y parte de algo bonito.

—Me estás haciendo cosquillas, Potter —dice en un susurro ronco que me eriza la piel.

Dejo un beso sobre su cuello y echo la cabeza hacia atrás para poder verlo bien, pero sin apartar mis manos de su cuerpo. Él tampoco las quita, más bien se asegura de que no vaya a salir corriendo.

—¿Quieres que me aparte?

—No —vuelve a murmurar—, me gusta que estés aquí.

Sus palabras me sorprenden porque no esperaba tanta seriedad en la conversación. Sin embargo, por la forma en la que una de sus manos recorre mi mejilla, sé que me he ruborizado.

—No voy a cansarme nunca de ver cómo te alteras cuando te digo esas cosas.

—Antes has sido tú el que te has quedado sin saber qué decir.

—Porque me has confesado que estás enamorada de mí. ¿Cómo se supone que tengo que reaccionar a eso?

—No lo sé —confieso—, pero me ha gustado tu reacción.

Empieza a reírse y curvo mis labios en una sonrisa. Han pasado casi cuatro meses y todavía me sigue sorprendiendo el impacto que tiene sobre mí el sonido de su risa. Durante unos segundos, no importan los estudios y tampoco las becas, porque estoy donde quiero estar y todo lo demás queda olvidado.

—¿Y tú?

—¿Eh?

—Que cómo reaccionarías tú si te digo que estoy total y completamente enamorado de ti —murmura.

El estómago me da un vuelco y una sensación cálida me recorre el cuerpo. El corazón ha dejado de latir hace tiempo y soy incapaz de eliminar la sonrisa que he dibujado cuando lo escucho. Me dejo llevar y vuelvo a acercar mis labios a los suyos. Me siento en casa, en un lugar seguro del que no quiero irme nunca.

Me besa los labios, las mejillas, la frente y la coronilla. Me abraza haciendo presión y recorriendo toda mi espalda con su mano mientras yo acallo mis pensamientos, escuchando el latido de su corazón. Suelta una pequeña carcajada cuando sonrío.

—¿Alguna vez has pensado en cómo definirías a alguien?

Niego sin decir ni una sola palabra, con la tranquilidad invadiéndonos.

—¿Y tú?

—Me lo imagino todo el rato —confiesa—. A Eli y a Liam como jovial y único; a Landon y a Yana como esencial y radiante.

Lo escucho con atención y sonrío al escucharlo opinar con tanta delicadeza y cariño sobre sus amigos.

—Y a nosotros, ¿cómo nos describirías?

—Como supernovas —murmura. Me separo de él, pero entrelazo nuestras manos y lo miro con el ceño levemente fruncido por la confusión.

—¿Como supernovas?

—¿Sabes lo qué es? —Niego, sin romper el contacto visual—. Una supernova es una explosión que se produce en el espacio cuando la luz de una estrella aumenta mucho más de lo que debería después de la erupción. Algunas de ellas se producen porque hay una estrella orbitando alrededor de una enana blanca. Estas acaban muriendo si no se convierten en supernovas —explica. Su conocimiento sobre estrellas me incita a sonreír, pero me contengo y me limito a escucharlo—. A lo que voy es a que yo soy como una enana blanca, en mitad del cosmos a punto de desaparecer, y tú eres como las estrellas. Si tú no hubieses aparecido en mi vida, no hubiésemos colisionado y quizá yo no estaría aquí.

Trago con fuerza y el silencio nos asalta. No puedo dejar de mirarlo y él no puede parar de dibujar círculos en la palma de mi mano, como si buscase

algo con lo que entretenerse.

Los nervios se arremolinan en la parte baja de mi estómago y las ganas que tengo de abrazarlo aumentan por segundo, pero todavía estoy intentando asimilar lo que ha dicho. Muchas veces ha verbalizado que le he cambiado la vida, pero nunca lo había explicado de una forma tan metafórica y directa al mismo tiempo.

Suelto mi mano de la suya y la llevo hasta su mejilla con una media sonrisa.

—Supongo que nos hemos cambiado la vida —murmuro.

En vez de responder, acerca sus labios a los míos, cerciorándose de que estoy allí. Con él. Es un beso delicado que de un momento a otro se vuelve ansioso e impulsivo. Enredo mis dedos en su pelo y me pego a él, arrancándole un gemido gutural que me recorre de pies a cabeza. Coloca sus manos en mi espalda baja, haciendo presión sobre él.

Nos mueve como quiere hasta que mi espalda toca la pared y su pecho se pega al mío sin dejar ni un solo centímetro de espacio entre nosotros. Nos separamos, pero todavía siento el sabor de sus labios mezclándose con el mío, me fijo en esa parte de su anatomía y sonrío. Vuelvo a besarlo, pillándolo por sorpresa, y dejo que sus manos recorran mi cuerpo como él quiera. Doy un salto, rodeándole la cadera con las piernas, y poco después siento el colchón de su cama debajo de mí. Se incorpora y me observa como si fuese una puñetera obra de arte, así que cualquier ápice de vergüenza desaparece cuando sus labios van a parar a mi ombligo con sus ojos clavados en los míos.

—Me vuelves loco —murmura. Besa mi cuerpo con delicadeza—. Eres preciosa.

Es lo último que me dice antes de volver a besarme, enredarnos en sus sábanas, gritar nuestros nombres y temblar bajo las consecuencias del orgasmo.

Capítulo 22

Dani está en silencio desde que hemos llegado a Dalkey. Fue él quien propuso el plan de pasar las navidades en la casa de sus abuelos, pero no ha dicho ni una sola palabra desde que nos hemos subido al coche. Ni siquiera lo dice cuando bajamos las maletas o cuando nos metemos en la casa. Todos se reparten como si supiesen dónde tiene que ir cada uno, pero nosotros nos detenemos en la entrada. Me quedo mirando la decoración como si fuese lo más importante que hay a mi alrededor, como si mi cabeza no estuviese pensando en el chico que tengo al lado, que parece ajeno a mi presencia.

No es porque no esté pendiente de mí, sino porque tiene su atención puesta en la persona que se pasea al lado de Landon, mirándolo todo con detenimiento. Marc camina detrás de su hermano con andares de *tío guay*, una sonrisa de medio lado y las manos en los bolsillos. Por esa razón, ignorar el motivo del silencio de Dani o la cantidad de veces que ha mirado el paquete de cigarros deseando fumarse uno es complicado.

Cuando me quiero dar cuenta, ya no hay nadie en el salón. Todos han desaparecido escaleras arriba, excepto nosotros.

—Dani —lo llamo con delicadeza, colocándome en frente de él—, me gustaría dejar las maletas.

Mi voz lo trae de vuelta a la realidad de golpe. Asiente con rapidez y me las quita de la mano para llevarlas él.

—Perdona. Estoy en otras cosas.

No respondo. Me limito a seguirlo por las escaleras y recorremos un montón de habitaciones hasta que llegamos al fondo. En cuanto abre la puerta, un aura adolescente llega hasta mí. No puedo evitar sonreír. Esperaba ver cualquier cosa de un quinceañero, pero me sorprende la cantidad de cosas interesantes que adornan la habitación. Lo primero que llama mi atención es que no tiene nada relacionado con el fútbol, algo que no debería sorprenderme, pero lo hace. Tiene un edredón que me hace sonreír en cuanto lo analizo; es azul marino con todos los planetas y algunas estrellas esparcidas alrededor de él. Además, en todas y cada una de sus estanterías hay un montón de libros sobre Astronomía. Empiezo a entender por qué sabe tanto.

He recorrido la habitación en silencio sin darme cuenta, pero cuando me giro, Dani me observa desde la puerta, con los brazos cruzados y una sonrisa casi imperceptible. Me acerco a la cama y me siento en una esquina para no invadir demasiado su espacio.

—Marc, ¿verdad? —pregunto, haciendo referencia a las otras cosas que ha dicho unos minutos antes. Asiente, acercándose hasta a mí. Se sienta justo a mi lado, pero con más seguridad que yo, y apoya los codos en sus rodillas, clavando su vista al frente—. ¿Hay algo que yo pueda hacer?

—No —confiesa sin titubear—. Su presencia aquí me molesta, pero lleva casi cuatro meses y, quitando la discusión que tuvimos en mitad del pasillo, no ha vuelto a pasar nada entre nosotros.

La presencia de Marc en la residencia ha pasado bastante desapercibida. Apenas ha estado allí porque ha buscado otras cosas que hacer o Landon ha decidido llevárselo y casi obligarlo a hacer cosas. Aun así, ver a Marc y Dani en el mismo sitio no parece relajar a nadie. Sé que algo pasó entre ellos, pero sigo sin tener respuestas a la cantidad de preguntas que se acumulan en mi mente.

—Solo tienes que llamarme cuando te agobie estar en el mismo espacio que él —murmuro—. Estoy segura de que Landon te dará las gracias toda la vida por haber dejado que viniese.

—No quiero que lo haga. Es su hermano, es lo mínimo que puedo hacer. ¿Me jode su presencia? Sí. Pero no quiero que Landon pague sus consecuencias. —Cuando lo escucho, hay una parte de mí que se llena de orgullo porque, hace unos meses, hubiese sido imposible que esa oración saliese por sus labios—. Es una sensación extraña, pero podré con ella tarde o temprano.

Da la conversación por finalizada cuando se levanta de la cama y coloca las maletas a un lado del armario. Se mueve con rapidez y no puedo evitar imaginarme al Dani de quince años en esta habitación. Cuando lo vi por primera vez en el piso de Landon, me lo imaginaba como el típico popular de su clase, pero ahora que lo conozco, se aleja demasiado de la imagen que había creado en mi cabeza.

—¿En qué piensas? —pregunta, abriendo los armarios sin dejar de mirarme.

—En que han entrado como si todos hubiesen estado aquí siempre —disimulo—. ¿No era la casa de tus abuelos?

Me levanto de la cama y comienzo a sacar la ropa de mi maleta mientras él va metiéndola en los cajones. No pienso demasiado, pero me sorprende la sensación de calidez que me envuelve al darme cuenta de que estamos haciendo algo que podría ser rutinario.

—Sí, pero le he dado las instrucciones a Liam para que organice a todos porque ha venido muchas veces —responde—. Cuando digo muchas, es muchas.

Suelta una carcajada que me hace sonreír.

—¿Cómo os conocisteis?

—En el colegio. Se acercó a mí con seis años y me preguntó si podía jugar con nosotros. Era el nuevo de la clase y no tenía amigos. Desde entonces, siempre ha estado ahí.

Kyra. Su nombre aparece de repente en mi mente, pese a que llevo semanas intentando no pensar en ella. Algo que ha ido mejor de lo que esperaba. Sin embargo, hablar de amistades de la infancia no ayuda a que su imagen desaparezca de repente. Antes de llegar aquí, Kyra y yo lo hacíamos todo juntas, incluso en mi familia se bromeaba diciendo que éramos hermanas de distinta madre. Desde la guardería hasta hace un par de meses éramos inseparables.

—¿Nunca os habéis peleado? —pregunto con curiosidad.

—Hemos tenido nuestros piques, pero nunca una pelea gorda. Ninguno ha tenido que correr detrás del otro para pedirle perdón por haber hecho algo.

—Liam no parece el tipo de persona que se cabrea.

Le paso un pantalón para que lo guarde en el armario, pero en lugar de eso se gira hacia mí con el ceño fruncido, como si estuviese analizando mi frase.

—Casi quince años de amistad y solo lo he visto enfadado una vez. —Se queda en silencio durante unos segundos, pensando lo siguiente que va a decir—. Me acojoné hasta yo, y la discusión no tenía nada que ver conmigo.

Imagino que está pensando en el momento, porque hace una mueca extraña que me hace romper a reír y darle un golpe en el hombro. Empieza a reírse con fuerza y una pequeña pregunta se instaura en mi mente.

—¿Es a la única persona a la que se lo cuentas todo?

—No —admite con una rapidez que parece que le sorprende a la vez que le deja sin palabras. Después de esa negativa, tarda varios segundos largos en volver a hablar para explicarse—: Durante un tiempo sí lo fue, pero cuando mi hermana murió, dejé de hablar con todo el mundo.

—¿No le has hablado de cómo te sientes con respecto a Sarah? —Niega, dejando el pantalón en el armario y apoyándose en su escritorio, sin alzar la cabeza del suelo—. ¿Y no pregunta?

—Lo hace. Intento mostrarle cómo me siento a raíz de indirectas o dándole largas, pero soy incapaz de hablar sobre ella con claridad. —Levanta la cabeza y clava sus ojos en mí—. O, por lo menos, era incapaz. Hasta que llegaste tú. No soy capaz de hacerlo con nadie más.

Abro los ojos sorprendida por su respuesta y la seguridad con la que pronuncia las palabras. Trago con fuerza y sonrío de medio lado, agradeciéndole en silencio y sin tener ni idea de lo que se supone que debería decir. A veces, creo que prefiere guardarse las cosas antes que compartirlas con el resto, sin embargo, poco a poco deja que veamos lo que guarda detrás del escudo.

—Landon te conoce muy bien —murmuro, intentando devolver la normalidad a mi cuerpo.

—Porque me observa mucho, y eso lleva a que Yana también sea capaz de entenderme en la distancia. Parece que hablan sobre mí más de lo que admiten.

Noto la diversión en su voz y sonrío.

Escucho las voces de los demás en mitad del pasillo, pero soy incapaz de hacerles caso. Toda mi atención se la lleva Dani, por la forma en la que me mira y en la que me hace ver que confía en mí más de lo que yo creo.

—Gracias —digo, volviendo a sacar ropa de la maleta.

—¿Por qué?

—Por abrirte cada día un poquito más.

—Gracias a ti por enseñarme que mostrar las heridas a la gente que nos quiere no nos hace débiles.

Me detengo por completo y me giro hacia él, acercándome lentamente hasta que estoy a escasos centímetros. Coloco mis manos alrededor de su mejilla y beso sus labios con delicadeza. Sonríe y me pega a él, pero no profundiza el beso.

—¿Estás bien? —pregunto cuando me separo de él, aunque sus brazos sigan alrededor de mi cintura.

—Siempre estoy bien cuando estás a mi alrededor.

Me encantaría hacerle saber todo lo que siento cuando estoy cerca de él, pero a veces no sé cómo hacerlo. Como si no hubiese palabras suficientes para explicarle la forma en la que mi corazón se acelera cuando me sonríe o me besa.

Parece notar mis dudas, así que agacha la cabeza y vuelve a besarme para silenciar cada pregunta que corre por mi mente.

Terminamos de recoger las maletas y caminamos hasta el comedor, donde todos hablan entretenidos. Marc mantiene una conversación más tranquila con Eli, por lo que es probable que ella sea la única con la que no se sienta juzgado. No digo que los demás lo apunten todo el rato con el dedo, pero debe ser complicado pasar tiempo con los amigos del chico que, prácticamente, te odia.

Cuando llegamos, la conversación cambia drásticamente y en esta sí que participamos todos. Por suerte, el ambiente es tranquilo y parece que vaya a estar así durante más tiempo.

—¿Y si jugamos al Beer Pong? —propone Eli con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué es eso? —pregunto con curiosidad.

—Es un juego en el que tienes que intentar meter una pelota de ping-pong en un vaso. Si fallas, bebes.

—¿Alcohol?

Asiente con efusividad y mira a todos lados, esperando que le respondan. Marc se apunta y yo lo sigo, pero los demás parecen pensárselo.

—Yo no juego, chicos —dice Dani, apoyándose en el respaldo del sillón —, pero disfrutaré viéndoos.

—Yo tampoco —apunta Liam, sin dejar de mirarlo—. Podemos jugar al trivial por equipos.

Marc suelta una carcajada ruidosa, pero se detiene de golpe cuando todos lo miramos con el ceño fruncido. Agacha la cabeza en silencio e ignora lo que acaba de suceder.

—¡Eso es un poco aburrido, Liam! —exclama Yana—. Podemos jugar a los siete segundos.

—¿Qué es eso, cariño? —pregunta Landon con la ceja alzada.

Yana lo explica, haciendo hincapié en que es un juego divertido. Nos lo resume diciendo que uno de nosotros debe proponer una acción que pueda hacerse en siete segundos y, en cuanto acabe la frase, los demás debemos completarlo. El que primero lo haga, gana.

—¿Y qué gana?

—El aplauso de todo el público —dice con desgana—. ¡Todo el rato pensáis en ganar, pesados! Venga, empiezo yo.

Landon la mira desde un lado del sofá con la expresión de enamorado que se dibuja en su rostro cada vez que la ve. Sin embargo, Liam y Marc ruedan los ojos mientras Yana piensa retos. Después de unos minutos con los suspiros de aburrimiento, acaba decidiendo lo que tenemos que hacer.

—Tenéis siete segundos para buscar algo de color verde. ¡Ya!

Su grito nos hace movernos a todos y salimos corriendo, esparciéndonos por la casa. Evidentemente, el primero en conseguirlo es Dani, que va hacia ella andando con una sonrisa de medio lado, sabiendo que ya ha ganado. Luego le siguen Liam, Landon, Eli y Marc, en ese orden. Por lo tanto, la última en llegar soy yo, que vuelvo sin nada en la mano.

—Esto no es justo —murmuro, dejándome caer al lado de Marc en el sofá. Suelta una carcajada sonora. Lo fulmino con la mirada y vuelvo a clavar mis ojos en Yana—. Dani ha crecido aquí y Liam prácticamente también.

—Sigue habiendo tres personas antes de ti, cielo.

Me giro lentamente hacia Dani. No parece darse cuenta de lo que ha dicho hasta que nota todas las miradas sobre él. Me ha llamado «cielo». Sonrío de forma tierna y tímida, pero elimino cualquier rastro de diversión de mi rostro cuando noto el calor de su cuerpo subiendo hasta sus mejillas.

No puedo reírme de la situación porque sé que yo también me he ruborizado, así que hago todo lo posible para desviar la atención de él.

Todos empiezan a carraspear de forma exagerada. No me pasa desapercibido que Marc finge estar pendiente del móvil, pero me alegra saber que ni él ni Dani buscan pelea esta noche. Cada uno está en una punta del comedor y los demás parecen respirar una calma en esta situación que no se suele ver muy a menudo. No están hablando entre ellos, pero me tranquiliza saber que no van a lanzarse el uno contra el otro en cualquier momento.

Sé que el hermano de Landon busca cualquier momento para rodar los ojos, pero me conformo con que Dani no le dé importancia. Lo más probable es que esté haciendo un esfuerzo mental impresionante.

El juego sigue entre risas y, evidentemente, Dani y Liam se llevan el premio de ganador. Son los que más conocen la casa; tienen todos los lugares controlados, por lo tanto, saben hacia qué lado tienen que correr para llegar primero a lo que nos pide Yana. Lo bueno es que a los demás nos da absolutamente igual, así que celebramos su victoria como si fuese nuestra, y poco después todos estamos con una cerveza en la mano, menos Dani.

—Me voy a dormir. Mañana nos vemos. —Se acerca a mí y pega su boca a mi oreja—. Buenas noches, Potter.

Todo mi cuerpo se eriza, pero, a pesar del nerviosismo, soy capaz de sonreírle y asentir, devolviéndoselas en silencio. Los chicos fingen hablar, pero sé que mantienen la atención en nosotros. Dani y yo lo hemos hablado varias veces, él me ha repetido por activa y por pasiva que los conoce demasiado bien como para saber que les encanta saber todo lo que pasa entre nosotros, como si quisiesen entrar en nuestra relación-no relación para ver cómo nos sentimos o el bien que nos hacemos.

La verdad es que no hemos hablado nunca de lo que somos, pero no siento la necesidad de ponernos una etiqueta. Cuando estoy con él, tengo todo lo que necesito; como persona supera todas mis expectativas y sé que me cuida tanto como yo intento cuidarlo a él. Ninguno necesitamos repetirnos que estamos para el otro, que no vamos a salir corriendo y que estamos enamorados. Sin embargo, siempre es él quien expresa sus

sentimientos respecto a mí y la forma en la que me ve. Yo, por el contrario, no suelo hacerlo, porque cuando quiero confesarle todo lo que me ocurre, las palabras se atascan en mi garganta.

Intento no darle mucha importancia y me concentro en el juego. Estamos jugando a responder preguntas sobre cultura general. Landon y yo nos divertimos con las respuestas que dan Eli, Yana, Marc y Liam en un intento por adivinarlas, pero lo cierto es que ninguno va lo suficientemente sobrio como para ser capaz de contestar en serio. El alcohol hace de las suyas, y poco después están bailando por toda la habitación.

—Me lo estoy pasando genial, pero me voy ya a dormir, que estoy cansada del viaje. —Me dirijo hacia Landon y Marc, que son los únicos que sé que van a hacerme caso y que no van a retenerme con escusas baratas como sí lo harían los demás—. Buenas noches, chicos.

—Buenas noches —responde Marc con una carcajada sin dejar de mirar a Liam.

—Descansa, Iris. Mañana nos vemos.

Landon se despide de mí con una sonrisa y después con la mano. Me doy la vuelta y subo hasta la habitación. Cuando entro, lo hago en completo silencio para no despertar a Dani, pero en el momento en el que me escucha, saca la cabeza y me mira con los ojos entrecerrados.

—Estoy despierto. No hace falta que entres en silencio —susurra.

No le respondo, pero me acerco hasta la cama con un paso más ligero y enciendo la luz de la mesita. Intento cambiarme el pijama con rapidez y después me desmaquillo. Cuando acabo, me siento en la cama, pero antes de acomodarme, siento su mano rodear mi brazo y tirar hacia él hasta que estoy completamente pegada a su cuerpo. Deja un beso en mi hombro y una calidez familiar se expande por todo mi cuerpo, como si estuviese en casa.

Capítulo 23

Dani

—Lo sé, señor, fue una desgracia, pero no culpe a su hijo de algo así.

Detengo todos los pasos en cuanto escucho la voz de Iris llegar a mí. Pestañeo varias veces e intento averiguar lo que está pasando, pero mi cuerpo no puede moverse. Es como si hubiesen bloqueado cualquier mensaje que mi cerebro quiera mandarle a mis piernas.

—No me digas cómo tratar a mi hijo. —El bloqueo aumenta todavía más cuando escucho la voz de mi padre rebotar con fuerza en todas las paredes de esta casa—. Cuando seas madre, estarás en mi situación y…

—Su hermana murió —espeta Iris, ignorando cualquier ápice de cobardía que pudiese haber en ella—. Se quedó solo, con vosotros dándole la espalda cuando más lo necesitaba. No os disteis cuenta de que lo único que él quería era que alguien le abrazase y le dijese que todo iba a estar bien, porque solo sois capaces de culparle una y otra vez. Joder. ¡No vuelva a hablar así de su hijo nunca más!

No la tengo delante, pero puedo ver cómo su cuerpo se mantiene en tensión después de dejarse llevar. Por un momento, creo que ha dicho todo lo que tenía que decir, hasta que habla de nuevo:

—Y si lo vuelve a hacer, que no sea delante de mí.

Como si alguien me empujase, reacciono y bajo las escaleras a toda prisa, pero lo hago en silencio. Mi padre se percata de mi presencia en cuanto pongo un pie en el escalón, pero a Iris le cuesta unos segundos darse cuenta porque está de espaldas a mí. Me analiza con lentitud y su mirada se detiene en los puños que mantengo apretados. Intento relajarme, pero soy incapaz.

Vuelvo a mirar a mi padre e intento olvidarme de que Iris me mira con una preocupación que no suelo sentir muy a menudo. Da unos pasos hacia mí, pero niego con la cabeza.

—Vete —susurro. Iris retrocede con sorpresa, así que me apresuro a seguir hablando para hacerle saber que no es a ella a quien se lo digo—. Papá, no voy a decírtelo más.

Cuando me acerco a él, siento cómo ella se mueve detrás de mí. Sus pasos son cortos y tímidos, como si quisiese asegurarse de estar cerca. Aunque quisiera, no me atrevería a encararme con mi padre de una manera agresiva. Hace tiempo que me di cuenta de que la violencia no llegaba a ningún lado. Hoy día solo quiero que dejen de señalarme, de apuntarme y de hablar sobre mí como si no existiese. Solo quiero volver a sentir que pertenezco a algo, y si tengo que alejarme de las personas que me dieron la vida para llegar hasta a ahí, no pienso dudar ni un solo segundo.

—Tu madre está por aquí. No querrás que nos vea así, ¿no?

El corazón me palpita con fuerza, pero no es miedo. Es rabia. Es una rabia que me quema la garganta cuando trago y que me aprisiona los pulmones cuando quiero coger aire.

Mi padre siempre ha sido una persona que cree que puede jugar a los títeres y tener bajo su mando a quien quiera y cuando quiera. Pero conmigo nunca más.

—Mamá ya sabía que esta discusión tenía que llegar en algún momento —susurro.

Me pongo la mano en el pecho cuando siento una presión fuerte, pero intento no hacer ninguna mueca y mostrarle a mi padre que sus palabras no tienen ningún efecto en mí, aunque las señales que mi cuerpo me está mandando sean otras.

Ni siquiera hemos llegado a la discusión, pero lo haremos si alguien no corta esta conversación de raíz. Sería una de esas en las que explota todo lo que llevas años guardando.

—Por desgracia, sí. —Mamá aparece con su chaqueta puesta y con la de mi padre en la otra mano. No se detiene demasiado en mirarme, así que enseguida clava sus ojos en su marido, con una sonrisa completamente falsa —. Vámonos, cariño.

Mi padre coge la chaqueta sin mirarme y se da la vuelta. Antes de que mi madre haga lo mismo, doy unos pasos hacia ella y la llamo en un susurro que casi no se escucha. Sin embargo, todos los que hay en el comedor son conscientes de ello.

—¿Piensas como él?

La pregunta sale de mis labios sin filtrar. Tengo el corazón latiéndome a mil por hora, las lágrimas, aunque no haya caído ninguna, me nublan los ojos, y la cabeza me da vueltas. Solo necesito escucharla decir algo. En este momento me da igual, pero solo necesito saber qué piensa ella de todo esto. Porque nunca me abrazó, pero tampoco me apuntó con el dedo.

Se queda en silencio unos segundos. O quizá minutos. No lo sé, pero sé que es tiempo suficiente, porque noto la mano de Iris rozando mis dedos en un intento de relajarme. No quiero mirarla, porque si lo hago, si la miro, solo necesitaría conectar con sus ojos para venirme abajo.

—No deberíamos hablar sobre esto delante de Iris.

—Ella es la única con la que puedo hablar de Sarah —susurro. Trago con fuerza y vuelvo a colocar mi mano sobre mi pecho, intentando regular mi respiración con los latidos de mi corazón—. Me da igual si me consideras culpable o no, pero solo necesito que lo digas. Que lo verbalices en voz alta, mamá.

Mi madre acorta la distancia y acuna mis mejillas en sus manos. Mis lagrimas caen cuando noto el tacto de su piel sobre la mía. Hace tanto tiempo que no me cuida que había olvidado lo que es sentirse arropado con alguien.

En cuanto abro los ojos, sé que no va a haber respuesta por su parte.

—Te quiero, cariño. —Es todo lo que dice. Después, su mano se aparta de mi cara como si mi tacto le quemase y se aleja junto a mi padre. Minutos más tarde, el ruido del motor del coche desaparece.

Mi respiración se descontrola. Cierro los ojos e intento relajarme, pero solo soy capaz de ver la cara de mi madre cuando le he hecho la pregunta que lleva rondando por mi cabeza más de un año.

Mis respiraciones son rápidas. Concretas. Dolorosas.

Me dejo caer de rodillas, sintiendo el golpe seco contra el suelo. Iris prácticamente se lanza encima de mí, pero no me atrevo a mirarla. Estoy perdido en mis propios demonios, en todo lo que he vivido en un año. En los miedos, en las dudas, en la culpa…

Siento el sabor salado de mis lágrimas en cuanto llegan a mis labios. El brazo de Iris intenta sanarme, pero creo que me desestabiliza más, porque no me siento mejor. Consigue sacar todo lo que tengo dentro y eso me

aterra de una forma que soy incapaz de admitir. A los pocos minutos, se coloca delante de mí y busca mi mirada hasta que consigue encontrarla. Dice algo, pero no la oigo porque los oídos me pitan con fuerza. Su mirada está llena de una preocupación que intenta ocultar debajo de la calma.

Traga con fuerza y se acerca a mí con lentitud hasta que me rodea con los brazos en una posición más cómoda para los dos que antes.

—Respira conmigo. —Inspira profundamente y expira con lentitud—. Estás bien.

Escondo mi cara en su cuello y dejo que su olor y su abrazo me calmen.

Y lo consigue.

Varios minutos después, mi respiración se ha acompasado, mis pensamientos se han evaporado y mis brazos reaccionan. La abrazo y la arrastro hasta que consigo sentarla en mi regazo. Siento el latido de su corazón bajo mis labios cuando beso su cuello. Es tan transparente que sé que está asustada, por mucho que intente hacerme ver que todo está bien.

No sé el tiempo que pasamos en esa posición, pero soy capaz de notar de nuevo el movimiento de mi pecho subiendo y bajando con tranquilidad. Soy consciente de que empiezan a bajar todos a causa de la tensión que se crea en el comedor cuando nos ven.

—¿Podemos irnos a la habitación?

Me agarra de la mano y me sigue, muy cerca. Sé que se ha asegurado, solo con una mirada, de que los demás no se preocupen.

En cuanto entro a la habitación, me dejo caer sobre la cama con la mirada clavada en el techo. Todavía me tiemblan las piernas y me duele el cuerpo, pero hago todo lo posible para no dormirme.

Cuando ella llega a mi lado, hace lo mismo, dejando una distancia prudente entre nosotros. Aunque una parte de mí lo entienda y sepa que no significa nada, hay otra que quiere volver a sentir su piel.

—Siento lo que ha pasado —digo cuando termina de acomodarse.

Gira su cabeza y clava sus ojos en mí, pero yo no me atrevo a devolverle la mirada.

—No ha sido culpa tuya, Dani.

—¿Qué te han dicho? —pregunto en un murmuro. No necesito encontrarme con sus ojos para saber que está dudando—. Por favor, Iris.

Necesito saberlo.

Coge aire con fuerza y vuelve a tumbarse completamente boca arriba.

—Ha empezado a compararte con Sarah. Una de las cosas que ha dicho es que ella sí querría quedarse con esta casa y después te ha culpado de su muerte. —La escucho tragar saliva con fuerza—. Me ha dicho que se emborrachó y murió de un coma etílico.

Cierro los ojos y todas las imágenes de aquella noche se repiten con rapidez en mi mente como si fuesen fotogramas por segundos. Las preguntas de mi hermana, la presentación de Marc, sus risas, la bañera, la ambulancia, la policía… Todo.

Iris se da cuenta y no duda ni un solo instante en pegarse a mí, apoyarse en mi pecho y volver a rodearme con sus brazos. Odio sentirme débil, pero ese sentimiento con ella está muy alejado de su verdadero significado. Porque con ella da igual si lloro o me río, sé que nada va a pasarme.

—Mi hermana siempre ha sido muy diferente a mí —murmuro—. Cuando era pequeña, le encantaba pasarse los días en el parque jugando con sus amigos, así que empezó a crecer y sus ganas de socializar aumentaron a la misma vez. —Sonrío al recordarla mientras se arreglaba, cantando cualquier canción que se ponía de moda en ese momento—. Un día quería ir a una fiesta conmigo, pero me negué porque, aparte de que era menor, también era mi hermana pequeña. Me parecía una puta locura meterla en una casa donde no sabía qué iba a encontrarme.

No solía ir a sitios donde sabía que había problemas, pero tampoco hace falta ir muy lejos, porque en cualquier fiesta todo puede descontrolarse de un momento a otro.

Cojo aire y sigo contándole lo que pasó, haciendo un esfuerzo enorme para que mi voz no se desgarre a lo largo de la conversación.

—Hablé con Landon para ver qué opinaba y me dijo que su hermano también quería ir.

—¿Marc? —La miro durante unos segundos efímeros y asiento.

—Al final, fuimos los cuatro, así podíamos controlarlos a los dos. No salió bien —digo como si no fuese evidente—. Todo iba genial, ¿sabes? Marc y Sarah no dejaban de reírse y bailaban haciendo cualquier gilipollez. En algún momento de la noche, vimos acercamiento entre ellos, pero ni

Landon ni yo actuamos porque no creíamos que estuviesen haciendo algo malo.

Un año después sigo repitiéndome que hicimos lo correcto, pero solo a veces consigo aceptarlo y darme la razón a mí mismo.

—Todo se salió de control, Iris. —Trago con fuerza al recordar a Landon señalando hacia su hermano—. Pasaron horas y ninguno aparecía. Lo siguiente que vi fue a Marc enrollándose con otra chica. Es evidente que eso no me enfadó, porque probablemente Sarah hasta lo sabía. El cabreo llegó cuando se convirtió en un pasota que no le dio importancia a que yo no encontrase a mi hermana por ningún lado.

Recuerdo la forma en la que Marc le dijo a Landon que lo dejase en paz y que era mi hermana, no la suya. Que él no tenía que preocuparse por nadie.

—No hace falta que sigas.

—Quiero hacerlo —murmuro con rapidez—. Al final, entré a un aseo y me la encontré en la bañera. Pensaba que se había quedado durmiendo ahí aposta porque la música apenas llegaba, pero cuando me acerqué…, supe que la había perdido.

El agarre de Iris se intensifica. Mi respiración se acelera. El recuerdo inunda mi imagen y, aunque hago todo lo posible por apartarlo, no puedo. Hago una mueca cuando el olor de aquella fiesta se cuela en mi cuerpo. Es tan real que por un segundo creo que estoy allí y mi cuerpo vuelve a tensarse con facilidad.

—Apestaba a alcohol —recuerdo—. Intenté despertarla, pero no había forma. Grité. Grité como un puto loco, pero nadie me oía, nadie sabía que estábamos allí. Le supliqué que se quedase conmigo y le confesé que no iba a ser capaz de seguir viviendo si ella no estaba allí. Hice todo lo posible, Iris. Te juro que grité como nunca, la saqué de la bañera, la abracé. Hice todo lo que pude en mitad de la desesperación. Ni siquiera recuerdo quién llamó a la ambulancia, pero cuando volví a ser consciente de todo, Landon estaba sacándome a rastras del aseo mientras los médicos intentaban salvarla. No lo consiguieron —murmuro más para mí que para ella—. No lo hicieron porque yo llegué demasiado tarde. Porque yo no fui capaz de

cuidarla de la forma en la que se lo había prometido cuando éramos pequeños. Le fallé, Iris. Fallé a mi hermana pequeña.

Dejo que las lágrimas broten y me permito sentir el dolor calando en cada parte de mí. Hace un año que sufro el dolor, pero es la primera vez que dejo que llegue hasta lo más hondo de mí.

—No fue culpa tuya —susurra con duda. Es la primera vez que alguien lo dice y no siento la pena en su voz—. Hiciste todo lo posible por salvarla.

—Pero no lo conseguí —le recuerdo en voz baja.

Siento que me asfixio y la habitación empieza a ser muy pequeña. Me levanto de la cama con rapidez y me dirijo hasta la ventana, sentándome en la repisa con los pies hacia fuera. Enciendo un cigarro y vuelvo a respirar cuando el frío de la mañana me golpea con fuerza, recordándome que sigo aquí. Que estoy bien.

Iris no me ha seguido, pero noto sus ojos marrones clavados en mi espalda. Sé que su mente se debate entre si debería venir o no, pero lo cierto es que no me importa demasiado mientras esté aquí conmigo.

—Cada día que pienso que he superado lo que ocurrió, me doy cuenta de que no es así —me atrevo a confesar—. Me doy cuenta de que solo me estoy ahogando con la culpa y que no puedo hacer nada para salir. —Pienso muy bien cuáles van a ser mis siguientes palabras. Como si no hubiese estado meses repitiéndolas en mi mente cada noche—. No puedo cambiar que acepté que Sarah viniese a esa fiesta, pero necesito volver a respirar y sentir que hice algo bien con ella. Que no fui el culpable de su muerte y que hice todo lo posible para salvarla.

«Necesito saber que yo no la maté», pienso. Sin embargo, no lo digo en voz alta.

—Dani —susurra Iris a mi lado—. Nunca vas a superar la muerte de Sarah, pero necesitas ayuda psicológica. Voy a escucharte siempre que quieras hablarme de algo, pero yo no soy profesional. No puedo ayudarte de la misma forma que los especialistas en esto. —Acaricia mi hombro con delicadeza. Aunque tenga un nudo en la garganta que necesito soltar, soy incapaz de llorar—. No es un camino plano y sencillo, pero estaré aquí siempre. Estaré contigo. Estaremos juntos.

Aunque la creo en cuanto la escucho, me sorprende que no titubea. No hay un ápice de duda en sus palabras. Va a estar ahí. Conmigo. Elevo las comisuras en una sonrisa que se entremezcla con el dolor y la felicidad. No tengo ni idea de lo que es, pero saber que tengo al lado a la mujer más importante de mi vida me hace frenar y querer poner primera para empezar un nuevo camino.

—Tengo miedo.

Por fin me atrevo a mirarla desde que hemos entrado a la habitación. Sus ojos están rojos, porque supongo que habrá llorado conmigo, pero tienen un brillo especial. Algo que no había visto nunca.

—¿Por qué?

—Porque nunca he sido capaz de admitir en voz alta que estoy a punto de explotar.

Un silencio extrañamente cómodo se instaura en la habitación. Mi voz ha temblado de una forma que no lo ha hecho antes. Con Iris siempre ha sido fácil hablar de Sarah, aunque nunca me atreviese a contarle todo. Siempre ha sido sencillo por la forma en la que me escuchaba y me intentaba comprender. Esa es su forma de cuidarme: escuchándome y entendiéndome.

Trago con fuerza y me giro hacia ella para abrazarla. Sus hombros se destensan cuando comprueba que estoy bien, que no me he venido abajo con las últimas palabras. Lo que no sabe es que lo he repetido tantas veces, que decirlo en voz alta solo era cuestión de tiempo.

Pensaba que contar la muerte de Sarah iba a ser abrir otra vez la herida. Sin embargo, una herida no puede volver a abrirse si no se ha cerrado nunca.

Por extraño que parezca, siento que he sido capaz de dar un paso, un paso milimétrico de todas las montañas que tengo que subir y, pese a eso, siento que estoy avanzando. Sé que Sarah estaría orgullosa de mí.

Necesito hablar con alguien y poder sonreír de nuevo al acordarme del sonido de su risa.

Capítulo 24

Vuelvo a retocarme la raya del ojo por quinta vez. Estoy nerviosa porque hoy se acaba el año y es la primera vez que estoy tan lejos de mi familia. Sin embargo, estoy feliz. Hace poco más de cuatro meses, llegué a Dublín sin tener ni idea de lo que iba a ser mi vida a partir de ese momento, y ahora solo necesito mirar a mi alrededor para saber que estoy donde siempre he querido estar.

Después de hacerme sombras negras y doradas, paso a pintarme los labios y elijo un rojo bastante fuerte. Algo que no suele ser muy común en mí, pero que he querido probar hoy. Me miro detenidamente en el espejo cuando acabo. Me analizo de arriba abajo. Me he hecho una coleta media después de rizarme el pelo y me he dejado algunos mechones fuera para no ir tan repeinada. Aparte, llevo un vestido negro pegado completamente al cuerpo con una abertura en la pierna derecha y un escote en uve con el collar que Dani me regaló de la Andrómeda. También he decidido ponerme unos tacones de varios centímetros.

Sonrío cuando acabo mi propio análisis, porque me gusta mucho lo que veo. Estoy preciosa. Me siento preciosa.

Yana entra a la habitación y, en lugar de romper la burbuja que había creado, solo la aumenta cuando habla prácticamente con la boca abierta.

—Estás preciosa, Iris —dice, mirándome de la misma forma que lo he hecho yo—. Ese vestido es lo más sexy que he visto en mi vida.

Una carcajada brota de mi garganta a la vez que ruedo los ojos. No miente, pero si lo hiciese, no me daría ni cuenta. Ella también lleva un vestido negro con detalles dorados en la cintura.

—Creo que nunca me hubiese fijado en esa falda de vuelo si no te la hubieses puesto —le digo, sentándome en la cama con una sonrisa—. Te queda genial.

—Pues ahora verás a Eli —murmura, pero la susodicha la escucha y suelta algo parecido a un bufido. Nos acercamos al aseo en el que está y soltamos una carcajada cuando llegamos hasta ella. Está peleándose con su propio pelo—. ¿Por qué no te haces una media coleta?

—Porque una coleta no pega con este traje.

—Pero a ti nunca te gusta llevarlo suelto.

De hecho, nunca la he visto con el pelo sin coletas, trencitas o moños. Cada día lleva un peinado nuevo —algo que siempre me ha impresionado debido a lo corto que tiene el pelo—, pero jamás lo ha llevado suelto al completo.

—No tienes que llevarlo suelto si no quieres, Eli. Da igual lo que pegue o no, te tiene que gustar a ti.

—A mí me gusta recogido
. —Se sienta en la taza del váter y se cruza de brazos, rindiéndose.

—Pues hazte un recogido —decimos Yana y yo a la vez.

Su mirada conecta con nosotras y sonríe. No necesitamos que diga nada más porque, solo con eso, sabemos que está agradecida y que le hemos dicho exactamente lo que necesitaba escuchar.

Nos centramos tanto en la sociedad y en lo que pensarán el resto de las personas que nos olvidamos por completo de lo que es vivir. Nos olvidamos de la música que nos gusta, de los libros que disfrutamos, de la ropa que queremos llevar y de quiénes somos. Olvidamos nuestra esencia, porque tenemos la necesidad de agradar al resto y no somos conscientes de que las únicas personas que van a convivir con esas decisiones somos nosotras mismas.

De un momento a otro, Eli sale del aseo con una especie de moño despeinado. Nos hacemos las tres varias fotos en el espejo. Y vídeos porque, según Yana, serán los que les enseñe a sus hijos cuando nazcan. Al final, los chicos acaban gritándonos desde abajo porque estamos tardando más de lo que habíamos planeado.

Las chicas salen primero de la habitación mientras yo me hago una foto para mandársela a mi madre. Unos segundos después me manda un montón de caras con corazones y un audio diciéndome que lleve cuidado y que disfrute, después de un montón de palabras de cariño. Le mando otro igual y me despido.

Mientras bajo las escaleras solo estoy centrada en pisar donde debo para no caerme, pero todo eso se me olvida cuando la mirada de Dani se clava en mí. Traga con fuerza y se relame los labios. Yo también lo miro de arriba abajo. Lleva puesto un traje de chaqueta con el que entreabro los labios

cuando me fijo en que no lleva corbata, porque se ha desabotonado los primeros botones de la camisa.

Sigo bajando escalones con su atenta mirada puesta sobre mí. Si no viese cómo sus ojos se oscurecen y brillan, me escondería en cualquier parte para que no fuese capaz de encontrarme. Sin embargo, me mira como si fuese una maldita obra de arte que quiere adorar el resto de su vida.

Me detengo a mitad de las escaleras porque ha decidido subir con más rapidez de la que yo bajaba. Sus manos se posan en mi cintura y nos da media vuelta hasta que mi espalda toca la barandilla. Trago con fuerza y suspiro.

Estamos tan cerca que siento su aliento entremezclándose con el mío.

—Joder. —Se acerca un centímetro más y casi puedo notar sus labios rozando los míos, pero no me besa—. Estás increíble.

Me armo de valor y busco conectar mi mirada con la suya. Cuando lo consigo, subo mis manos hasta que las coloco sobre su pecho, recorriendo con mis dedos los botones que no tiene abrochados.

—No sabes las ganas que tengo de besarte —murmura—. Pero no voy a hacerlo, porque no quiero arruinar tu pintalabios.

Sonrío con las pulsaciones aceleradas.

—Tú estás… —Ninguna palabra hace justicia a lo guapo que está. Mi voz tiembla—. Tú eres el hombre más atractivo que he conocido en toda mi vida.

Esta vez es él quien sonríe. Lo hace con esa sonrisa de medio lado porque sabe que me ha costado un mundo confesárselo.

Una chispa de culpabilidad aparece de un momento a otro. Sé que, por la forma en la que me mira, nunca le ha dado importancia, sin embargo, yo no puedo parar de pensar que casi nunca le digo lo que siento.

Estamos en mitad de la escalera y los demás están a pocos metros de nosotros, pero necesito decirle todo lo que nunca le he dicho. Necesito confesarle que estoy más enamorada de él de lo que soy capaz de articular. Necesito asegurarme de que sabe que, sea lo que sea que tenemos, pienso cuidarlo.

—Tú también estás increíble —murmuro, sin ser capaz de mirarlo a los ojos. Agarra mi barbilla y la alza, haciendo que nuestras miradas vuelvan a

encontrarse. Me observa con el ceño fruncido y es todo lo que necesito para armarme de valor—. Estoy enamorada de ti, y ni siquiera soy capaz de recordar el momento en el que empecé a estarlo, porque todos mis sentimientos nacieron con naturalidad. No suelo decirte todas las cosas que pasan por mi mente cuando estoy contigo porque no soy capaz de enumerarlas. No había ni una sola persona en el planeta Tierra que me hiciese desear compartir todo de mí hasta que llegaste tú. —Me mira como si viese un mundo de posibilidades—. Ni siquiera soy capaz de explicar todo lo que mi cuerpo siente cuando estás conmigo. Eres mi lugar seguro, Dani.

Su sonrisa se ha borrado en algún momento. Alzo las cejas esperando cualquier respuesta, pero mis dudas se disipan cuando se rasca la nuca. Está nervioso. Sonrío y pego mi frente a la suya, enredando mis manos en su pelo.

—Aunque no te lo diga nunca, eres el mejor novio que he tenido, Dani.

Deja de rascarse la nuca y una sonrisa divertida se dibuja en su rostro. Sin embargo, yo me limito a esconder mi cara detrás de mis manos, muerta de la vergüenza. No puedo irme más lejos porque sigo teniendo la barandilla pegada a mi espalda, pero si pudiese, hubiese salido corriendo.

Creo que va a reírse de lo que he dicho, pero lo único que hace es quitarme las manos de la cara y dejar un beso en mi frente, tranquilizándome.

—Me encanta que me digas que estás enamorada de mí, pero no lo hagas como si me debieses algo, Iris. Todo, absolutamente todo lo que te digo, es porque quiero.

—Porque antes de engañarte, me callo —susurro.

Es la frase que me repetía cada día cuando empezamos a ser amigos. Cuando empezamos a ser confidentes y cuando Kyra estaba en mi mente a cada rato. Por ese motivo, siempre he confiado en todo lo que me ha dicho.

Asiente dándome la razón y deja un beso en la comisura de mis labios. Es casi imperceptible, pero mi corazón da una vuelta de ciento ochenta grados.

—Tú también eres la mejor novia que he tenido nunca.

Suelto una carcajada que corto de sopetón cuando mis pies dejan de tocar el suelo. Vuelve a ponerme en tierra cuando terminamos de bajar las escaleras y nos dirigimos hacia la mesa, donde todos nos esperan pacientemente.

Mientras Dani y yo hablábamos, los demás han decidido poner la mesa y hacer la poca cena que nos trajimos de Dublín. Marc habla bastante con Eli y eso me hace sonreír levemente porque me dolería verlo fuera de lugar pese a todo lo que pasó. Cuando Dani me lo contó, apenas concilié el sueño. Solo era capaz de sentir su dolor a través de sus palabras porque las pronunciaba como si estuviese cansado de nadar a contracorriente y no hubiese ninguna orilla cerca. Sin embargo, ahora se ríe a carcajadas cuando Liam dice cualquier gilipollez y abraza todo el rato a Landon, aunque este no pare de poner cara de asco.

Mi abuela siempre decía que una muerte nunca se supera, pero se aprende a convivir con ella. Nunca he perdido a nadie a mi alrededor porque a mis otros tres abuelos nunca los conocí. Los de papá murieron cuando él tenía catorce años en un accidente de tráfico, y mi abuelo por parte de mamá, murió cinco meses antes de que yo naciese, así que realmente no sé cómo la muerte de alguien cercano puede afectarte.

Aunque haya perdido a su hermana, la principal causa de que no sea capaz de dar dos pasos sin retroceder tres, es la culpa. Dani sigue estancado en una culpa que no le deja vivir, y no hay nada peor en el mundo que sentir que no mereces todas las cosas buenas que te pasan.

—No entiendo de dónde habéis sacado tanta ropa —dice Landon, dejando la copa en la mesa—. A mí no me cabía todo.

A pesar de que se ha arreglado para la ocasión, es el único que no lleva traje.

—Deberías pedirle consejo a mi madre —añado—. Te va a enseñar a hacer la maleta de ochenta formas distintas.

—Pues yo lo meto todo a presión —dice Yana, llevándose la copa a los labios mientras los demás nos reímos—. Nunca he hecho las maletas con mis padres, así que me ha tocado aprender a mí sola.

Dani la señala y asiente, dándole la razón.

—A mí me pasaba lo mismo. Además, mi abuelo siempre me decía que no me llevase tantas cosas porque podría comprar lo que quisiese cuando estuviese allí.

Liam resopla y rueda los ojos, divertido.

—Vosotros podíais hacer eso porque sois una familia de ricos. —Dani estalla a carcajadas.

Nunca me acuerdo de que los padres de Dani tienen tanto dinero que podrían hacer lo que quisiesen con él.

—Sabes que no utilizaría jamás el dinero de mis padres —responde con total normalidad.

Liam nos mira a Eli y a mí y después lo señala con diversión.

—Dice que nunca ha usado el dinero de Marcus y Evelyn. —Su mirada se posa en él y cruza los brazos encima de la mesa. Los demás seguimos en completo silencio—. Pero yo no le creo.

Dani rueda los ojos. Probablemente esté hasta las narices de dar explicaciones. No creo que Liam lo haga con malas intenciones, pero tiene que ser agotador que tu amigo de toda la vida no deje de decirte lo mismo durante tantos años.

—El dinero de mis padres es de mis padres. Los coches, los apartamentos, las casas… no me importan. No quiero la herencia de nadie. Tan sencillo como eso.

La conversación con Marcus viene a mi cabeza. Me dijo que su abuela quería que Dani se quedase con esta casa, pero él la rechaza cada vez que se la ofrecen. Ahora entiendo por qué nunca dijo que sí; no quiere tener nada que ver con sus padres, y esta casa estaría atándole a ellos de por vida, aunque pertenezca a sus abuelos.

La conversación finaliza y da paso a otra más. Marc se integra en el grupo y, aunque Dani no participa mucho cuando él sí lo hace, suelta algún comentario. Le costó demasiado procesar la idea de que Marc viniese con todos nosotros a Dalkey, a la casa de sus abuelos. Sin embargo, parece estar a gusto, aunque en algunos momentos todo su cuerpo se tense con su presencia. Landon también hace todo lo posible para no dejar a ninguno apartado y que los dos sepan que nadie quiere malos rollos entre ellos en una noche como esta.

—Yo estoy cansada de los exámenes —añade Eli a la conversación que estamos teniendo.

—Pretenden que estemos todo el día estudiando y se les olvida que también tenemos vida fuera.

—Toda la razón —dice Liam—, pero, Yana, tú tampoco puedes quejarte. Estás haciendo unas prácticas de psicología brutales.

—Lo sé. —Yana apenas ha tenido exámenes este año porque ha estado haciendo prácticas en una de las mejores consultas del país. Ha estado dos meses en psicología familiar y de pareja y uno en psicología infantil. —Pero eso no quita que el año pasado estuviese sufriendo como una desgraciada con los exámenes.

Trago saliva. Los exámenes están a la vuelta de la esquina y yo necesito, no solo aprobar, sino tener unas notas bastante buenas para obtener la beca.

—Estamos en Nochevieja y estáis hablando de exámenes —espeta Dani, poniendo la mano sobre la mía. Lo más probable es que se haya dado cuenta de mi nerviosismo—. ¿Podemos hablar de algo más entretenido?

—Mira que yo no estoy en la universidad y ya me habéis cansado —susurra Marc desde el otro lado—. El otro día vi la película de comedia esa de la que todo el mundo habla y me pareció super divertida.

Me muerdo el interior de las mejillas para no sonreír y cualquier pensamiento negativo desaparece de mi mente. Solo les ha bastado una mirada a Dani y Marc para que los dos tomasen la decisión de eliminar cualquier rastro de lo que engloba a la universidad y cambiar de tema. Este último no ha sido muy disimulado, pero ha conseguido lo que se proponía, porque ahora ninguno habla de exámenes y, de repente, todos somos cinéfilos profesionales. Incluido Liam, que no deja de hablar de musicales cada vez que puede.

Un par de horas después ya hemos recogido la mesa. Estamos todos delante de la televisión esperando a que empiece la cuenta atrás que da la bienvenida a un año nuevo. Tengo a Liam a un lado y a Marc a otro y, aunque uno de ellos sea mi amigo, necesito buscar a la persona que le ha dado un vuelco a mi vida de la mejor manera posible. Salgo corriendo hacia Dani, que habla con Landon entretenido y le rodeo por detrás. Cuando

terminan de hablar, se gira hacia mí y me aprieta más contra él, dejando un beso sobre mi sien.

No dice nada, pero tampoco necesito que lo haga. Las mariposas de mi estómago ya hacen el ruido suficiente para recordarme que me he enamorado de él. Como si fuese capaz de olvidar el sentimiento. Cierro los ojos y escondo mi cara en su cuello, sintiendo su perfume. La forma en la que lo quiero es totalmente distinta a la manera en la que quise a Ray, porque a este último lo necesitaba. Sin embargo, el amor es levantarte cada día y elegir a la persona con la que quieres compartir tu vida cada segundo. Y a Dani lo elijo cada mañana.

Volvemos a fijar la vista en la televisión y nos miramos entre todos antes de empezar la cuenta atrás. No consigo terminarla porque Dani me hace girar y me pega completamente a él, besándome cuando el reloj marca las doce en punto.

Mi corazón rebota con fuerza dentro de mi pecho.

Su beso me deja sin aire y me cuesta un par de minutos reaccionar. Cuando soy consciente, enredo mis manos en su pelo y lo atraigo hacia mí. El movimiento de sus labios es lento, pero profundo, como si quisiéramos recordar este momento para siempre.

El ruido del exterior desaparece. Hemos creado un mundo paralelo en el que solo estamos los dos. En el que los problemas y el dolor son inexistentes, y donde podemos elegir la canción que queremos para cantar a pleno pulmón.

Separo mis labios de los suyos, pero no rompo el contacto físico del resto del cuerpo. Pego mi frente a la suya y lo miro. Una sonrisa se posa en sus labios.

—Feliz año, cariño —murmura, pasando el dedo por mi boca para quitar las manchas de pintalabios.

No puedo hablar porque las palabras se atascan en mi garganta. Trago con fuerza y separo mi frente de él, pero mantengo mi mirada clavada en sus ojos. No sé el tiempo que me paso observando el color de su iris, pero sé que es el suficiente para saber que no quiero pasar ni un solo día sin que sepa todo lo que siento por él.

Acuno sus mejillas en mis manos y las acaricio con delicadeza.

—Te quiero —murmuro.

Quizá retrocede un par de pasos. O quizá va a abrazar a sus amigos. Haga lo que haga, soy incapaz de verlo, así que agacho la cabeza. Cuando voy a quitar las manos de sus mejillas, agarra mi muñeca y me atrae hacia él con seguridad.

—Yo también te quiero —susurra.

Alzo la cabeza y clavo mi mirada en él. Busco cualquier ápice de broma o ironía en sus ojos, pero no hay nada.

No me da tiempo a preguntarle si lo dice de verdad, porque vuelve a pegar sus labios a los míos, pero esta vez es completamente distinto. Está cargado de dudas perdiéndose entre nosotros, de miedos que dan paso a un nuevo comienzo y de recuerdos que queremos formar.

Se separa de mí y sonríe como nunca. Sus ojos brillan como lo hacen las estrellas en sus mejores noches. Yo también sonrío. Sonrío de oreja a oreja hasta que la mandíbula duele.

Explotamos a carcajadas, pero aumentan cuando los demás se lanzan prácticamente encima de nosotros en un abrazo. Saltamos, gritamos y celebramos. Landon me mira desde un lado con una sonrisa cálida, como si me estuviese agradeciendo algo, pero lo cierto es que yo les debo mucho más de lo que ellos pueden deberme a mí.

Terminamos la noche haciendo una especie de karaoke con canciones de todos los géneros posibles.

Cuando lo miro desde fuera sé que, pase lo que pase, este momento lo grabaré a fuego lento y seré incapaz de borrarlo en algún momento de mi vida.

Capítulo 25

Dani

Últimamente todo tiene sentido y las cosas han empezado a mejorar, aunque la tormenta vuelva de vez en cuando y me caiga de golpe. Cuando te das de bruces con los obstáculos, lo más difícil es admitir que ha ocurrido, porque saber que no estás eligiendo la mejor de las opciones hiere el orgullo de uno mismo. He estado en esa situación durante más de un año. Concretamente, desde la muerte de Sarah. He caminado con los ojos cerrados, creyendo que tenía en mi mano el poder de esquivar cualquier problema que se presentase delante de mis narices, pero he estado equivocado demasiado tiempo. Cuando empiezas a dar pasos hacia delante, tienes que ser consciente de ellos y saber que en la vida nada es plano, que todo tiene sus subidas y sus bajadas.

El dolor no permanece siempre con la misma intensidad con la que llega, ni tampoco desaparece de un día para otro. Hay algunos dolores que siempre estarán ahí, pero con el paso de los años, aprendes a vivir con ellos.

Trago con fuerza y entro de nuevo a la habitación donde Lilly me espera. Me sonríe con una simpatía que me contagia y me ofrece, un día más, la silla que está frente a su escritorio. La primera vez que fui capaz de exteriorizar mis sentimientos después de tanto tiempo fue con Iris. Tras contarle cómo ocurrió todo y verbalizar el miedo que me daba no poder enfrentarme a todo lo que suponía la muerte de Sarah, quise confiar en alguien profesional. Mi novia prácticamente vino con una lista enorme con contactos de psicólogos cerca de Dublín. Tomé la decisión de venir porque necesitaba poder sacar la cabeza del agua y volver a coger aire, pero quizá la carita que Iris puso cuando se lo conté, fue lo que me impulsó a dar el paso por completo y tocar la puerta de Lilly.

—Pensaba que no ibas a venir —susurra, abriendo su libreta de color rosa.

—Iris tenía un examen importante al que no podía faltar y había mucho tráfico. —Sonríe de manera disimulada.

—¿Sabe la decisión que has tomado?, ¿o todavía no se lo has dicho?

—No se lo he dicho aún —confieso sin avergonzarme—. Sé que va a querer celebrarlo por todo lo alto y necesitaba que se concentrara en los exámenes para que le den la beca que necesita. Hoy tiene el último, así que quiero hacerlo hoy.

—La primera vez que entraste por esa puerta no fuiste capaz de decir ni una sola palabra, Dani, pero sentía que estabas en una lucha constante de preguntas sobre si estabas haciendo lo correcto o si estabas metiendo la pata hasta el fondo —me recuerda—. En un par de meses has conseguido tomar decisiones que jamás creíste que tomarías.

Las primeras conversaciones con Iris vienen a mi mente de golpe. Todavía recuerdo la forma en la que me miraba con el ceño fruncido cuando le decía que tenía que seguir en la empresa de mi padre, mientras que ella aspiraba a vivir de lo que ha soñado toda su vida. Era como si nuestros planes de vida fuesen líneas paralelas que jamás iban a cruzarse por el simple hecho de querer vivir de manera distinta.

—Has hecho un buen trabajo conmigo, Lilly.

Niega con rapidez y su sonrisa se esfuma. Apoya los antebrazos en el escritorio y se inclina hacia mí con seriedad. Cuando está segura de tener toda mi atención puesta en ella, hace una pequeña mueca. Solo con eso sé que va a decirme algo con lo que voy a estar pensando el resto del día.

—No he hecho buen trabajo contigo. —El tono de su voz es serio y determinante—. Te he dado recursos para que tú puedas usarlos de la mejor manera para según qué circunstancias. Es lo que seguiré haciendo mientras sigas viniendo.

Una pizca de felicidad me recorre el cuerpo porque, en el fondo, sé que tiene razón. He sido capaz de darle un poco de forma a mi vida. He empezado a ver las señales que me indicaban que estaba cometiendo una estupidez enorme estudiando algo que no quiero. Me he enfrentado yo solo a admitir en voz alta que me encantaría estar en otro camino y no en el que ha sido diseñado para mí.

Papá siempre ha creído que podía dominarme a su antojo, tenerme donde quisiera y, solo de esa manera, seguir con un legado que lleva años existiendo, pero la realidad es que no quiero. Necesito descubrir cada parte

de mí y necesito volver a sentir que soy capaz de mover los hilos de mi propia vida.

Seguimos hablando de Iris, de la carrera, nombramos también a Sarah y hacemos un ejercicio de relajación. Esto último me ha venido especialmente bien porque, durante un par de minutos, solo soy yo. Nadie me molesta, los pensamientos se callan y mi respiración se acompasa a un ritmo que me transmite paz, como cuando vas a la playa y escuchas las olas golpear contra las rocas. He aprendido a guardarme minutos del día para mí, salgo a correr todas las mañanas, paso el resto del día con los chicos y guardo las noches para Iris, como si nadie pudiese robárnoslas. Es mi momento del día preferido porque cenamos juntos, hablamos de todo o de nada —dependiendo el día—, y vemos documentales de crímenes mientras ella se tapa los ojos durante el setenta por ciento del vídeo.

También nombro a Marc durante la sesión, y Lilly me recomienda que hable con él, así que le prometo que lo haré en cuanto esté listo.

Cojo aire cuando salgo a la calle y cierro los ojos como si hubiese estado demasiadas horas en un cuarto sin luz. Quizá es por todo lo que me provoca venir aquí, porque las sesiones con Lilly siempre consiguen removerme sentimientos que estaban escondidos o incluso algunos que ni siquiera sabía que tenía.

Cojo el coche y me dirijo hasta la universidad para recoger a Iris. Me hubiese gustado hablar con ella antes para conocer su opinión, pero sé lo que opina desde el día que surgió el tema por primera vez.

Salgo del coche y la espero apoyado en él. Saco un cigarro del bolsillo que no llega a mis labios, porque lo guardo de nuevo en la caja después de mirarlo durante unos segundos. Estoy intentando quitarme el vicio de fumar cuando estoy nervioso porque sé que acabaré haciéndolo como algo habitual y no quiero entrar en una adicción como esta.

Sonrío de oreja a oreja cuando escucho mi nombre salir de sus labios. Alzo la cabeza y abro los brazos cuando empieza a correr hacia mí con ganas. Exploto a carcajadas cuando sus piernas rodean mis caderas.

—¿Cómo te ha ido con Lilly? —pregunta cuando sus pies vuelven a tocar el suelo.

—Muy bien. De hecho, quería comentarte una cosa hoy, pero no te lo voy a decir todavía. —Finge estar indignada y vuelve a clavar su mirada en la carretera—. ¿Cómo te ha ido el examen?

Se gira hacia mí con una sonrisa de oreja a oreja y empieza a dar aplausos, emocionada.

—¡Bien! Lo único que quería era acabarlo, así que estoy feliz. Necesito ya todas las notas para asegurarme de estar aquí un año más.

Sonrío y pongo mi mano sobre su pierna, dándole ánimos y haciéndole saber que estoy plenamente feliz. Sé lo mucho que ha estudiado y se ha esforzado para tener unas buenas notas y que le concedan la beca. La he visto pelearse con los apuntes y con los folios en sucio, intentando comprender algo de lo que el profesor había explicado. La he visto quedarse hasta las tantas y madrugar en época de exámenes, especialmente estos últimos meses. No ha levantado la cabeza del ordenador para casi nada, así que lo único que espero es que le den la beca por la que tanto se ha esforzado.

—Ya verás como sí —aseguro, sin apartar la mirada de la carretera. Queda poco menos de cinco minutos para llegar—. Estas semanas que quedan puedes descansar y disfrutar de todo como persona y no como estudiante.

Sonríe y entrelaza nuestros dedos, como si quisiese asegurarse de que voy a estar con ella en esos momentos.

Unos minutos después llegamos al parque St. Patrick y aparcamos a las afueras. En cuanto nos sentamos en el césped, saco la comida que he traído y espero unos segundos para empezar a hablar

—¿Tengo que preocuparme, Dani? —Frunzo el ceño, intentando adivinar a qué se refiere—. No paras de rascarte la nuca y eso solo lo haces cuando estás nervioso.

—Esto no tiene nada que ver contigo —murmuro con rapidez.

Todo su cuerpo se relaja cuando me escucha. Los músculos se le destensan de golpe y vuelve a coger aire, como si acabase de resolverle una duda existencial. Sonrío por lo estúpido que estoy siendo.

—Es sobre Económicas.

—¿Tu carrera? ¿Qué pasa con ella?

—Voy a dejarla —escupo con rapidez. Una sonrisa amenaza con salir de sus labios, pero elige no mostrar tanto entusiasmo y consigue retenerla a tiempo—. Pocas semanas después de conocerme, me dijiste que tenía que luchar por mis sueños y que no podía dejar que controlasen mi vida. —Esta vez sonríe con orgullo—. Y tenías razón, porque no quiero ser la marioneta de nadie. Quiero vivir la vida que yo elija.

Apoya su mano sobre mi pierna y se recuesta, dejando caer su cabeza sobre mi hombro. Probablemente quiera saltar y gritar lo feliz que está con mi decisión, pero se limita a dibujar una sonrisa en su rostro y me deja seguir hablando.

—Estos meses han sido geniales sin ir a clase y sin tener que asegurarles a mis padres que sigo estudiando. No les he mentido, pero tampoco les he contado mi decisión.

Sé que voy a tener que presentarme en mi casa para confesarles que he decidido abandonar la única cosa segura que había en mi vida, y prácticamente en la de ellos.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Buscaré trabajo.

—¿Acaso lo necesitas? —La miro y suelto una carcajada para negar después.

Sé que es una pregunta retórica, porque sabe lo que opino del dinero de mis padres, pero respondo de todas formas.

—No si quiero vivir de mis padres, pero como eso no está entre mis planes, tendré que buscarme la vida para que me contraten en algún sitio. —Beso su frente y coloco mis dedos bajo su barbilla, alzándola hasta que nuestras miradas se encuentran—. Lo único que quiero hacer ahora es quedarme aquí el resto de mi vida. Contigo. Apartados de todo lo que nos duele.

Cierra los ojos durante unos segundos.

—Siempre he sido de rodearme de gente que quería perderse para que no las encontrase.

Me separo de ella como si quemase y la miro con el ceño fruncido y completamente confundido.

—¿Quién querría perderse así después de conocerte?

—Todo el mundo.

—Yo no.

Parpadea repetidamente, como si mi respuesta la hubiese pillado por sorpresa. Sonrío ante el rubor de sus mejillas, pero no digo nada. El nombre de su ex se me viene a la mente y no puedo evitar preguntarle, aunque estoy casi seguro de que la respuesta será afirmativa.

—¿Ray?

—Desaparecía cuando discutíamos —explica en un susurro. No hay rastro de dolor en su voz, más bien es vergüenza hacia ella misma, como si se arrepintiese de haber compartido algo de ella con él—. Mientras yo me pasaba las horas preocupándome porque no sabía si estaba bien, él estaba con sus amigos o hablando con alguna chica en las discotecas.

No puedo evitar imaginarme a Iris preocupada, dando vueltas por la habitación y buscando cualquier detalle que le asegurase que Ray estaba bien. Tampoco imagino el dolor que debía sentir cuando se enteraba de lo que su novio de entonces hacía en esos momentos.

Vuelvo a enganchar mis dedos en su barbilla y me aseguro de que confíe en cada una de mis palabras.

—No mereces a alguien que huya cada vez que discutís.

Sonríe levemente y entonces sé que ya no hay heridas en su relación con Ray en el pasado.

—¿Merezco a alguien que se recorra doscientos kilómetros para pedirme perdón?

Niego con delicadeza.

—Mereces a alguien que no te haga sentir que estar contigo es un suplicio, mereces a alguien que sepa retroceder y pedir perdón antes de que sea tarde, alguien que te diga que te aprecia y te quiere, que no te diga cosas horribles en cada pelea. Iris, mereces a alguien que te valore.

Parpadea repetidamente y acerca sus labios a los míos, besándome con delicadeza, como si fuésemos a rompernos en algún momento.

—Ray hizo todo lo posible para que, cuando alguien me abrazase, escuchara que no iba a durar mucho y que nadie iba a quererme como él me quiso a mí. Supongo que cambió cuando un moreno totalmente distinto a mí llegó a mi vida. —Suelto una carcajada—. Cuando nos besamos por

primera vez, todos los comentarios de Ray se esfumaron. Fue como sentir que eras la persona correcta.

El corazón me rebota con fuerza cuando la escucho.

«Fue como sentir que eras la persona correcta».

Trago con fuerza y me acerco hacia ella hasta que nuestros labios se encuentran en mitad del camino. No sé quién roza primero a quién, pero no me importa, porque el beso está cargado de cariño. Nos besamos en mitad de las risas y las sonrisas. Nos besamos hasta que perdemos la noción del tiempo.

—Te quiero. Te quiero. Te quiero.

La beso en cada «te quiero».

La miro con una sonrisa enorme que solo aparece en mi rostro cuando es ella quien consigue dibujarla. Observo su rostro y niego cuando soy consciente de la suerte que tengo de tenerla como novia, de poder besarla cada segundo y de poder apreciar lo maravillosa que es en todos los sentidos. Joder, es que no hay ni una sola parte de mí que no quiera elegirla cada día.

—Te quiero —murmura ella con los ojos brillantes.

Vuelvo a besarla para dejarle claro que no hay besos ni palabras en el mundo que justifiquen y expliquen a la perfección la forma en la que mi cuerpo reacciona cuando la tengo delante y me sonríe.

—Daba todo por perdido hasta que llegaste con tus ganas de vivir.

—¿A qué te refieres?

—No me interesaba nada de esto. La universidad, el país, cualquier rincón de esta ciudad… Todo eso me daba absolutamente igual, porque solo era capaz de ver a Sarah en todas las esquinas y bancos de Dublín.

—¿Y qué cambió?

Sonrío al notar la inocencia en su voz. Realmente no es consciente de lo mucho que cambió mi forma de vivir cuando Yana apareció con ella en la habitación.

—No lo superé gracias a ti —aseguro y siento la sonrisa que amenaza con salir en sus labios—, pero sí quise superarlo gracias a ti. Llegaste como si quisieses destruir cualquier ápice de dolor que hubiese en nosotros.

Se carcajea tímida y niega, agachando la cabeza, avergonzada.

—No llegué con esa intención.

—No lo hiciste, pero de manera inconsciente me diste una felicidad que llevaba tiempo sin alcanzar.

No sé si lo que tenemos será para siempre. Ni siquiera sé qué ocurrirá si no le dan la beca, pero estoy seguro de que Iris llegó a mi vida para ponerla patas arriba de la mejor forma posible y de que, pase lo que pase, siempre la querré por lo que ha significado. No solamente por curar todas las heridas que no provocó, sino por cómo me hace sentir cada día cuando me levanto. Por todas las noches que me voy a dormir con dolor de abdomen por culpa de la risa y por todas las confesiones que compartimos a cada minuto.

Porque incluso antes de besarla supe que había encontrado mi lugar seguro.

Capítulo 26

Han pasado exactamente tres semanas desde que Dani me contó que iba a dejar la carrera. Vamos en el coche hasta su casa porque ha decidido, justo esta mañana, contarles a sus padres la noticia. Mientras tanto, yo no puedo parar de mirar el teléfono mientras recargo la página de la universidad una y otra vez, como si eso hiciese que los datos fuesen a estar antes. Es más probable que mi móvil explote a que los profesores decidan subir las notas.

Llevo tres semanas sin parar de pensar en todas las opciones que hay y en todo lo que puede salir mal. Dani no necesita preguntarme para saber lo que pasa por mi mente, así que, cada vez que lo nota, me abraza y me susurra palabras de ánimo que consiguen distraerme y hacerme sonreír.

Mi habitación se ha convertido en mi vestidor, porque no la uso para nada, excepto para coger y dejar cosas que necesito. El resto del tiempo estoy en la de Dani. Creo que me paso allí la mayor parte del tiempo porque me aterra no haber aprovechado el tiempo al completo si tuviese que volver a Adare. Lo mismo hago con todos los demás; quedo con ellos cuando tienen tiempo y disfruto de los planes que hacemos. Sé que saben el motivo por el que lo hago, pero no lo muestran porque prefieren estar hablando de cualquier otra cosa que de despedidas que no han llegado todavía.

—Deja de darle al botón, Potter —señala Dani, aparcando justo enfrente de su puerta. Está demasiado tranquilo y eso hace que mis nervios aumenten un poco. Cuando me contó la noticia, solo podía sonreír. Era como si por fin se hubiese dado cuenta de que necesitamos vivir por nosotros y no por el resto—. Estoy seguro de que están a punto de subirlas.

—Quiero saberlas antes de entrar a hablar con tus padres —digo sin mirarlo—, porque imagínate que me llega la notificación mientras discutís y…

—¿Vas a entrar conmigo? —me interrumpe en un susurro.

Dejo de mirar la pantalla del móvil y giro mi cabeza con rapidez hacia él. Estoy confundida, porque pensaba que me había traído para que entrase con él.

—¿Tú quieres que entre contigo?

—Claro que quiero —responde como si fuese obvio. Sin embargo, su pregunta anterior distaba mucho de su respuesta actual—. Lo que no quiero es que te sientas obligada a hacerlo. Puedo llevarte de vuelta y…

Ruedo los ojos y resoplo mientras salgo del coche. No necesito decir nada más para que entienda que quiero estar a su lado cuando suelte la noticia. Por fuera parecerá que todo está bien y que no le importa lo que sus padres piensen, pero solo hace falta fijarse un poco para saber que algo dentro de él se romperá en mil pedazos si no le dan la respuesta que necesita oír.

—No quiero que mi padre vuelva a hablarte como lo hizo. —Camina muy cerca de mí—. Si quieres salir corriendo, solo tienes que decirlo.

Me detengo en mitad del camino y me giro hacia él, apoyando mi mano en su hombro y buscando su mirada perdida.

—Sé defenderme sola. Por una vez en la vida no me importa lo que digan de mí —digo con seguridad. Estos meses en Dublín he comprendido que las personas te critican porque se sienten superiores a ti. Si alguien no me conoce, no puede criticarme—. Te prometo que, si necesito ayuda, te la pediré.

Parece consolarle, así que dejo un beso sobre su comisura y continúo andando, pero vuelvo a detener mis pasos cuando suena una notificación en mi móvil. Dani se detiene justo detrás de mí. Desbloqueo el teléfono y trago con fuerza cuando veo que acaban de llegarme las notas finales de los últimos meses.

El corazón me palpita con fuerza y las manos empiezan a cosquillearme. Intento buscar el enlace para llegar a ellas, pero soy incapaz de acordarme con los nervios recorriéndome cada parte del cuerpo, así que tomo la decisión más acertada y le doy mi teléfono. Es probable que él las encuentre antes que yo.

Frunce el ceño y tarda unos segundos en recorrer la pantalla con los ojos. Una sonrisa se va dibujando en su rostro con lentitud, feliz de leer lo que sea que haya. Estoy a punto de arrancarle el teléfono de las manos para ver las notas, pero se adelanta y lo gira hacia mí, sin eliminar la felicidad evidente que posee.

Recorro la página entera. Asignatura por asignatura. Nota por nota. Todo está aprobado y no hay simples cincos o seises. Casi todo son ochos y nueves, excepto algún siete. Sonrío y alzo la cabeza hacia Dani, que me observa con los brazos cruzados y una sonrisa que contrasta con el brillo de sus ojos.

—He aprobado —murmuro, sin dejar de mirarlo—. ¡Dani, que he aprobado todo!

Me basta dar un paso hacia delante y un salto para estar encima de él, abrazándole con fuerza. Esconde su cara en mi cuello y empieza a reírse.

Los nervios de las tres semanas anteriores me recorren el cuerpo, avisándome de que eran innecesarios y se esfuman sin despedirse. La tranquilidad invade todo mi cuerpo. Lo he conseguido.

Abro los ojos cuando la seriedad vuelve a mí y me separo de Dani, volviendo a poner los pies en el suelo y retrocediendo unos pasos hacia atrás. Pongo la sonrisa más inocente que puedo, pero ruedo los ojos cuando se carcajea. Su risa no dura demasiado porque vuelve a acercarse a mí y acuna mis mejillas en sus manos.

—Esa es mi chica —susurra y deja un tierno beso sobre mis labios.

Subo mis manos hasta colocarlas encima y entrelazo mis dedos con los suyos. No necesito que grite conmigo lo feliz que está porque me lo dice todo solo con la mirada. Una vez le dije que era un libro cerrado con candado y enterrado bajo tierra y él me susurró que no lo era conmigo; quizá es en momentos como estos cuando le doy la razón. La mayoría de las veces no sé lo que piensa o lo que siente, pero cuando quiere demostrarlo, hace señales de neón.

Mientras andamos, lo escucho inspirar con fuerza, como si quisiese coger todo el aire posible en caso de no poder respirar más adelante. Aprieto un poco mis dedos para recordarle que estoy a su lado; que no está solo, no a partir de ahora.

Su casa —o la de sus padres— es enorme. La fachada es de granito, piedra y ladrillo con un montón de ventanales alrededor. Los cristales son translúcidos, así que no puedo ver el interior de la casa, pero con ver la fachada me sobra para recordarme que su padre es empresario y tiene dinero suficiente para permitirse esta casa.

Dani toca el timbre y una señora de unos cincuenta y pocos años nos abre la puerta. Mi novio se limita a sonreír y pasa por su lado con cuidado, sin soltarme de la mano. Sigo sus pasos y trago con fuerza cuando veo el interior. Aunque por fuera la casa pudiese parecer más hogareña, por dentro es completamente distinta. Está bastante alejada de la calidez que siento en Adare o incluso en las habitaciones de la residencia. Prácticamente todo está lleno de cristaleras que le dan una amplitud impresionante a la casa. No hay fotos, ni tonos cálidos… Lo que sí hay es un montón de lámparas colgando en el techo sin sentido alguno, como si estuviesen ahí de decoración, aunque seguramente, cuando llega la noche, enciendan todas y cada una de ellas.

No me da tiempo a fijarme en más detalles porque Dani camina sin vacilar y con rapidez hacia algún sitio de la casa. Concretamente un despacho. No me he fijado en que nos habíamos soltado las manos hasta que la suya se dirige al pomo de la puerta y abre de par en par, sin avisar. Cuando damos un paso hacia delante, todos mis músculos se tensan al ver a sus padres en el interior.

Evelyn, su madre, abre los ojos con sorpresa, pero sonríe después, y Marcus sigue tecleando con toda su atención puesta en el ordenador que tiene delante.

—Quiero hablar con vosotros —espeta mi novio.

—¿Os vais a casar?

La pregunta de su padre es contradictoria. Me hace gracia el comentario, porque nos conocemos desde hace un par de meses y pensar una boda en mi mente es casi imposible. Sin embargo, también me causa repulsión la forma en la que escupe las palabras con un tono casi ofensivo.

—Dejo la carrera.

Giro mi cabeza de manera brusca hacia él por la forma en la que lo dice, pero vuelvo a mirar hacia delante para mostrar normalidad, aunque no me esperase que su forma de decirlo fuese así de directa.

La sonrisa que existía en el rostro de su madre es sustituida por una mueca de confusión y, por primera vez desde que hemos entrado, nos ganamos la atención de su padre.

—¿A qué se debe esa tontería que acabas de decir?

—No me gusta —responde—. Mamá, necesito que confíes en mí. Sé que él no lo va a hacer, pero te necesito a ti.

La mirada de su madre deja de estar posada en él y pasa a clavarla sobre mí. Disimulo mi preocupación, pero tengo el corazón latiéndome a mil por hora y nadie parece percatarse de mi nerviosismo. Cuando me fijo en la forma en la que su madre me observa, sé que está pidiéndome ayuda en silencio. Me está preguntando y, aunque no sé qué quiere exactamente, asiento, dándole la confianza que le ha faltado durante tanto tiempo.

—No voy a obligarte a hacer algo que no te gusta. Necesitas encontrarte a ti mismo. Si, cuando lo hagas, todavía quieres volver a la empresa, vas a ser más que bienvenido.

Suelto todo el aire que no sabía que estaba conteniendo y miro de reojo a su hijo, que está igual de sorprendido que Marcus. Las sorpresas son completamente distintas. Siento el alivio de uno y el hastío de otro.

—¿Te estás escuchando, Evelyn? Eso no es lo que planeamos para él.

Marcus le habla a su mujer como si estuviese al borde de la desesperación. Como si la vida de su hijo les perteneciera a ellos y todo estuviese al borde de un acantilado. Sé lo mal que se han portado sus padres con Dani, pero hay una gran diferencia entre saberlo y verlo.

—No quiero esto —dice, retrocediendo hasta estar otra vez a mi lado—. No quiero trabajar en la empresa rodeado de billetes, ego y apariencias.

Su padre clava sus ojos sobre mí y me mira con un desprecio que pocas veces he sentido. Me sorprende que no me afecte ni una sola de las palabras que salen por su boca cuando se dirige a mí.

—Iris, ¿verdad? —pregunta, apoyando los brazos en su escritorio a rebosar de bocetos de relojes—. Imagino que tú habrás sido quien le ha metido eso en la cabeza, así que ya puedes ir quitándole la tontería.

Dani da un paso hacia él, pero lo agarro del brazo y lo detengo. Me mira con el ceño fruncido, aunque no le hago caso, porque hablo directamente con su padre.

—Su hijo le está diciendo que él no quiere esto. Su decisión no tiene nada que ver conmigo.

Su padre parece bastante considerado con mi respuesta y vuelve a ignorarme. Esta vez se dirige a Dani con un tono de voz que no me gusta

nada. Sin embargo, él parece bastante acostumbrado a escucharlo. ¿Cuántas veces su padre le habrá hablado de ese modo para que él ya no se inmute?

—Si abandonas Económicas, voy a cerrar todas tus tarjetas de crédito y no verás ni un puto billete, Daniel.

Cierro mis manos en un puño cuando escucho el nombre completo de Dani. La forma en la que escupe las palabras con rabia me hace entender por qué su hijo siempre se pone a la defensiva cuando habla de sus padres. La mayoría del tiempo las personas pecamos en decir que debemos querer a alguien solo porque es de nuestra sangre y de nuestra familia, pero esa idea es tan errónea que roza lo ridículo.

De todas las palabras que Marcus le ha dedicado, esas son probablemente las que menos le afectan. Siempre que ha podido ha dejado ver la poca importancia que tiene el dinero de su familia para él, y cada día que pasa lo entiendo mejor. ¿Cómo vas a querer el dinero de alguien que te desprecia y te demuestra lo poco que le importa tu felicidad? Es repulsivo.

—Haz lo que quieras —gruñe sin inmutarse—. Hace tiempo que me busco la vida solo.

—Sí, desde que te antepusiste a Sarah.

Un escalofrío me recorre el cuerpo por completo. Miro a Dani de reojo y sé que está a punto de desatarse el caos. Su madre también lo nota, porque se levanta. Sin embargo, no sé mueve del sitio.

—Sigues pensando que yo la maté —murmura procesando cada una de sus palabras. Alza la mirada y la clava en su padre con fuerza—. ¡Yo no la maté!, ¡y no voy a permitir que mis padres sigan mirándome como el hijo de puta que se cargó a su hermana!

Está haciendo un esfuerzo sobrehumano para que su voz no se desgarre.

—Yo no tengo la culpa de lo que pasó —recalca más para sí mismo que para sus padres. Parece estar creyéndose lo que dice y eso me hace sonreír internamente—. Solo quería que alguien me abrazase y me dijese que todo iba a estar bien, que la había perdido, pero que no había sido culpa mía. —Traga con fuerza en un intento de romper el nudo de la garganta—. No estabais ahí, y a partir de ahora tampoco quiero que estéis en ningún momento de mi vida.

Se gira hacia mí sin decir ni una sola palabra y entrelaza nuestros dedos. Asiento, demostrándole que estoy de acuerdo con cada una de las cosas que ha dicho, y salimos de su casa en un silencio extraño. No es incómodo, pero está lleno de una tensión que no tiene nada que ver con nosotros.

No puedo evitar emocionarme cuando llegamos fuera y se detiene delante del coche con la mirada puesta en mí. No está sonriendo, pero noto la tranquilidad con la que respira y la paz que le ha invadido después de tantos meses. Sé lo duro que es estar yendo a terapia y tener momentos en los que piensas que no vale la pena ir, pero es reconfortante saber que eso es parte del proceso y que estar en una montaña rusa de emociones también está bien.

Me acerco a él y lo rodeo con mis brazos, escondiendo mi cara en su cuello.

—Estoy orgullosa de ti —murmuro.

No le da tiempo a responderme, porque alguien carraspea a mis espaldas.

Evelyn está de pie con una sonrisa cargada de tristeza. Su mirada pasa de mí hasta Dani, que la observa con el ceño levemente fruncido.

—Daniel —susurra con cariño—, quiero que seas feliz y que vivas tu vida, no la nuestra. Sé que durante todos estos años no te hemos tratado como merecías, y quería pedirte perdón. El daño está hecho, y estarías en todo tu derecho si no quieres aceptarlo, pero solo quería decírtelo.

—¿Por qué ahora, mamá?

—Porque me he dado cuenta de que no solamente perdimos a nuestra hija, sino que tú también perdiste a tu hermana pequeña. —Su voz se rompe y sus ojos se llenan de lágrimas que empiezan a escaparse y a resbalar por sus mejillas—. Nunca quise darme cuenta de que tú sufrías igual que lo hacíamos nosotros, y que necesitabas que alguien te abrazase cada noche cuando… cuando Sarah no podía hacerlo, cariño.

La barbilla de Dani empieza a temblar.

—Te he decepcionado a ti y la he decepcionado a ella. Si estuviese aquí, le estaría gritando a papá lo imbécil que está siendo contigo —asegura con confianza—. Siempre te ha defendido a capa y espada, aunque ella fuese la pequeña.

Su madre da un paso hacia su hijo con lentitud, como si tuviese miedo de que él fuese a retroceder, pero no lo hace. Se mantiene en su sitio.

—Sarah estaría orgullosa de ti, cielo.

Es todo lo que necesita para romperse en mil pedazos y echarse a llorar en los brazos de su madre. Me aparto del coche y me siento en un bordillo, un poco más lejos de ellos. Esto es justo lo que lleva pidiendo durante un año entero: un abrazo de sus padres. Necesitaba que alguien cercano a Sarah le recordara que la culpa no había sido de él.

No sé el tiempo que pasa, pero tampoco me importa. Dejo que hablen y se desahoguen, que se perdonen o que decidan ir poco a poco. Me mantengo a un lado porque Dani necesita ese espacio y yo quiero dárselo.

—Cuídala. —La voz de su madre llega a mí cuando me mira y me señala—. Ojalá alguien me hubiese mirado como tú la miras a ella.

El corazón me rebota con fuerza dentro del pecho y dejo de respirar cuando la mirada de mi novio se posa sobre mí.

Sonríe y el mundo explota a nuestro alrededor.

Capítulo 27

—Kyra se ha enterado de que he aprobado todo —le digo a Dani mientras buscamos a los demás por la playa.

—¿Cómo lo sabes?

Le enseño mi pantalla del móvil, donde hay un mensaje de Kyra que dice: «Me alegro de que estés consiguiendo lo que siempre has querido, Iris. Estoy feliz por ti».

La amistad entre Kyra y yo nunca ha sido la más sana de todas, pero hay una parte de mí que sigue considerándola importante, porque ha estado conmigo desde que nacimos. Me gusta el tipo de relación que tenemos ahora, donde ninguna se mete con la otra, pero nos recordamos en la distancia. Es como una de esas amistades que sabes que nunca van a volver a funcionar otra vez, pero sigues guardándole cariño.

—Kyra es consciente de lo que ha perdido.

—Seguro que ha ganado otras cosas —respondo, guardándome el móvil en el bolsillo.

—Sí, pero ninguna como tú.

Siempre tiene ese efecto en mí que hace que cada una de sus palabras cale en mis huesos. Sin embargo, él ni siquiera se inmuta, solo sigue andando mientras yo me quedo quieta.

Sonrío y empiezo a correr hacia él, saltando sobre su espalda y enroscando mis piernas alrededor de su abdomen. Reacciona rápido y agarra mis piernas a la vez que yo cruzo mis brazos por su cuello.

—¡Me has asustado! —dice mientras se carcajea—. Pensaba que te caías.

Gira la cabeza hacia atrás y busca mis labios para dejar un tierno beso sobre ellos. Apoyo mi cabeza en su espalda y cierro los ojos sintiendo la brisa sobre mi cara. Las temperaturas han subido, así que ahora podemos caminar por la calle sin miedo a congelarnos en el proceso. Las gaviotas vuelan por encima de nosotros y el agua rebota con fuerza sobre las rocas. De repente, siento unas tremendas y ridículas ganas de llorar. Trago con fuerza mientras intento disimular el malestar de mi cuerpo, pero no sirve de

nada, porque Dani lo nota. Me mira de reojo y después agarra con fuerza mis piernas para hacerme cambiar de posición. Ahora tengo su rostro a escasos centímetros de mí.

—¿Qué te pasa?

—No lo sé —confieso con un puchero.

Sube su mano hasta mi rostro y aparta un mechón de pelo, colocándolo detrás de mi oreja. Acaricia mi mancha de nacimiento y recorre mi cara con preocupación.

—¿Segura?

Saco el dedo meñique para que él lo cruce con el suyo, haciendo una especie de promesa.

—A lo mejor solo estoy sensible.

Asiente, sin confiar demasiado en mis palabras. Pero debe hacerlo, porque sinceramente no sé qué me pasa. Estoy en uno de los mejores momentos de mi vida. Los problemas con Kyra desaparecieron, las notas me han ido genial, mi relación con Dani solo me aporta cosas preciosas y la amistad que tengo con los demás es maravillosa. Y, a pesar de todo eso, siento una presión horrible en el pecho.

Saludamos a los demás cuando llegamos hasta ellos y me obligo a separarme de él, porque no voy a quedarme toda la tarde encima de su cuerpo como si fuese un koala con dependencia. Suelta un gruñido que me hace reír en cuanto toco el suelo. Hago un esfuerzo sobrehumano para disuadir las dudas de mi mente y regreso al momento presente.

Los chicos han colocado varias toallas en una especie de círculo y parecen entretenidos mientras hablan. Marc también está involucrado en la conversación de una forma que no había visto nunca.

—Cariño, podrías haber elegido otro día para venir. —Eli se dirige a Liam cuando el aire aumenta.

—Estoy de acuerdo con ella —responde Marc, señalándola.

Me pongo la capucha de la sudadera y me siento entre Dani y Yana. Esta última me da la mano y me sonríe, como si llevase una eternidad sin verme. Probablemente lleve alguna cerveza de más. Dejo un beso en el dorsal de su mano y me centro en la conversación.

—¿Por qué hemos venido a la playa y no hemos ido a otro sitio distinto? —pregunta mi amiga a mi lado mientras frunce el ceño intentando apartarse el pelo de la cara—. Hace un montón de aire.

—¡Sois unos pesados! —farfulla Liam cruzándose de brazos—. Cuando hemos llegado, se movía brisa, pero no hacía este aire. Si queréis otro plan, lo proponéis.

Landon suelta una carcajada que me sorprende.

—Estamos quejándonos y Liam es el único que piensa planes distintos para hacer cada día.

—Toda la razón —añado yo, apoyándome sobre mis rodillas—. ¿Jugamos a las películas?

Probablemente sea el plan más aburrido del mundo, pero necesito olvidarme del exterior y entretenerme con algo. Durante unos segundos, nadie responde, pero después todos mis músculos se destensan cuando Marc asiente con la cabeza, seguido de Eli.

—No sé qué es eso, Potter —susurra Dani.

—Nos ponemos por parejas y tenemos que imitar una película o serie —le explico con el mismo tono de voz—. ¿Te pones conmigo?

—Me dejaste tirado en los bolos —me recuerda. Se queda en silencio, como si estuviese pensando una respuesta. Poco después, asiente sin dejar de mirarme—. La próxima vez te quiero conmigo.

Dibuja una sonrisa ladeada en su rostro que acelera todo mi sistema nervioso. Golpeo su pecho y me giro hacia los demás, que nos miran con atención.

—Empezamos nosotros —dice Liam levantándose.

Eli bufa por lo bajo y le da la mano para levantarse también. Se apartan un poco del grupo y empiezan a cuchichear. Mientras tanto, nosotros mantenemos una conversación con temas triviales.

La mirada de Landon y la mía se cruzan cuando Marc y Dani intercambian alguna frase, sorprendiéndonos a ambos. No parecen haber hablado nada, pero sí que es como si supiesen que la tormenta debía detenerse y dar paso a la calma. No sé si Landon habrá hablado con su hermano o si lo habrá hecho con Dani, pero estoy segura de que algo ha cambiado entre los dos y ayuda a que todos estemos mejor cuando nos

juntamos. La incomodidad del principio ha desaparecido y ahora solo hay ambientes raros que no llevan a nada, pero eso es mucho mejor que las caras largas de antes o las miradas con el ceño fruncido que se enviaban en todo momento.

—Tierra llamando a Iris. —La mano de Liam se agita delante de mí, devolviéndome a la realidad. Cuando mis ojos conectan con los suyos, sonríe—. Genial, ahora sí que podemos empezar.

La mano de Dani va hacia mi espalda y me pregunta si todo va bien con solo mirarme. Asiento, segura de mi respuesta, y pongo toda mi atención en Liam, que parece ajeno a lo que ocurre en mi mente.

Unos segundos después, él mismo se pone en el suelo a cuatro patas y saca la lengua. Eli se mantiene detrás con los ojos llenos de lágrimas por el esfuerzo que hace para no empezar a reírse.

—¡Perro! —El chillido de Yana me sobresalta y exploto a carcajadas cuando Liam clava su mirada en ella con cara de pocos amigos.

Lo más probable es que pensara que no iba a adivinarlo, a pesar de ser tan obvio. Mientras tanto, Eli empieza a hacer números con las manos.

—101 dálmatas —se limita a decir Dani.

Liam se levanta del suelo y saca el dedo medio con indignación. No deja de hacerlo hasta que se sienta en su sitio otra vez y empieza a quejarse de nosotros mientras habla con Eli, que está a punto de morir ahogada de la risa.

—Os toca. —Marc nos señala con una sonrisa bastante sincera.

Me levanto y estiro mi mano hacia Dani para que se incorpore él también. Nos alejamos del grupo lo suficiente para que ninguno nos escuche y no adivinen nuestra película antes de empezar.

—¿Qué película hacemos?

—¿Alguna en específico?

Piensa durante unos segundos lo que va a decir y, cuando lo tiene, su mirada se ilumina y sonríe de manera divertida, como si fuese la cosa más graciosa que ha dicho nunca. Me limito a cruzarme de brazos y rodar los ojos, intuyendo hacia dónde va la conversación.

—Podemos hacer H…

Abro los ojos de par en par.

—¡No digas Harry Potter!

Explota a carcajadas en cuanto me escucha quejarme. Intento, de verdad que lo intento, no sonreír para no darle el gusto de disfrutarlo, pero no puedo evitarlo. Pocas veces lo he visto reírse tan a gusto y con tanta libertad, sin pensar en nada más que en el momento presente. Se carcajea con las manos en el abdomen por culpa del dolor, yo me limito a observarlo y sonreír como una boba.

Coge todo el aire que puede cuando se recompone y vuelve a prestarme toda la atención.

—¿Qué pasa? —pregunta, confuso, pero sin eliminar la sonrisa de su rostro.

—Me gusta verte reír.

Traga con la misma fuerza con la que brillan sus ojos. Me obligo a fruncir los labios en una línea recta para no sonreír ante el rubor que están adquiriendo sus mejillas.

—No vamos a hacer Harry Potter. —Cambio de tema radicalmente y estiro mi dedo hacia él en un intento de amenaza—. Cualquiera menos esa.

—¿Los Ángeles de Charlie?

Lo miro con el ceño fruncido y la cabeza ligeramente ladeada, esperando que me diga que me está vacilando, pero exploto a carcajadas cuando todo su rostro me indica que va en serio.

—¿Desde cuándo eres fan de esa película? —Encoge los hombros sin saber la respuesta.

—De todas formas, es la típica película que nadie ha visto nunca, pero todos saben cuál es.

—No sé yo si eso es realmente así.

Entramos en una mini discusión sobre cómo hacerlo para que les cueste entender de qué película hablamos. Al final, acaba eligiendo él los movimientos, porque sabe lo que pasa mejor que yo, pero me sorprende que lo que quiera hacer sea sacar unas pistolas y ponernos espalda con espalda. Está seguro de que no van a adivinarlo, pero en cuanto colocamos las manos en forma de pistola, Yana chilla la respuesta como si esa fuese la única posibilidad existente.

Dani frunce el ceño y rueda los ojos mientras vuelve a sentarse en su sitio de antes. Lo pico durante todo el juego. Liam y Eli se proclaman ganadores y los siguen el grupo de Yana, Landon y Marc, que eligen hacer series en vez de películas en la mayoría de las rondas.

Sigo riéndome con un comentario de Landon cuando mi móvil vibra en el bolsillo de la sudadera. La pantalla se ilumina con un correo electrónico de la página de la universidad, donde especifica si me han concedido o no la beca.

Todos parecen ajenos a lo que ocurre delante de mí, así que me giro hacia Dani y le pido las llaves del coche en un susurro. Asiente, las saca de su bolsillo y me las da sin titubear. El corazón me va a mil y sé que sabe que algo ocurre.

—¿Estás bien?

—Es la beca —respondo sin más. No sirve de nada irme por las ramas —. Prefiero estar sola cuando lo abra.

—Vale. Si me necesitas, avísame. Estoy pendiente del móvil. —Me levanto atropelladamente, pero antes de dar un paso, su mano rodea mi muñeca, deteniéndome en el sitio—. Te quiero.

Sonrío, pero soy incapaz de responderle. Lo único que puedo hacer es andar con rapidez hasta el coche. Atravieso la arena sin ninguna dificultad y abro la puerta, sentándome en el asiento del copiloto.

Ahora sé por qué me ha inundado la nostalgia un par de horas antes, como si mi cuerpo supiese lo que estaba a punto de pasar.

Mis pensamientos empiezan a trabajar a mil por hora. Estoy temblando y escucho mi corazón latiendo con una rapidez que no debe de ser sana. Solo tengo que pulsar el enlace para saber si voy a seguir estudiando aquí o si, por el contrario, voy a tener que volver a Adare.

La idea de perderlo todo en menos de un minuto me aterra de una forma que no soy capaz de admitir. He estado años deseando estar aquí, viviendo de mis sueños y aprendiendo a ser independiente. Me he descubierto de maneras impresionantes. Cuando me fui de Adare, lo único que no quería hacer era socializar, pero acabé en una habitación con cuatro desconocidos y aprendí a relacionarme con ellos hasta que empecé a llamarlos amigos.

Por primera vez en toda mi vida, siento que lo que hago día a día merece la pena porque me hace feliz. Siento que todas las piezas encajan y que creer en la idea de que los sueños se cumplen me ha ayudado a llegar hasta donde estoy, pero ¿qué pasa si lo pierdo todo de un momento a otro? No quiero que se acaben los libros ni los análisis de texto. No quiero imaginarme un futuro donde no esté en una clase, enseñando a los estudiantes a hablar inglés. No quiero pensar que he fracasado por creer en los cuentos de hadas.

Me he pasado toda mi vida imaginándome un futuro que se tambalea con cada segundo que pasa.

Trago con fuerza y pulso el enlace. Un archivo con todos mis datos personales se descarga y empiezo a ojear toda la información que hay, pero dejo de hacerlo cuando leo la primera frase en la que me indican que la beca ha sido denegada. Los ojos se me empañan de lágrimas. Dejo el móvil de mala gana sobre la guantera y escondo la cabeza entre las piernas, dejando que el dolor recorra todo mi cuerpo.

El corazón ha dejado de latirme y solo puedo escuchar mis propios sollozos mientras paso la manga de la sudadera por todo mi rostro.

Todos mis sueños se esfuman de golpe cuando soy consciente de que en menos de dos semanas estaré de vuelta en Adare, el pueblo que me vio crecer y soñar. Dejaré a todas las personas que han formado parte de estos nueve meses atrás, como si nunca hubiesen sido parte de mí. No volveré a hablar con Liam en mitad del pasillo, tampoco abrazaré a Yana y Eli cuando el mundo se caiga a mi alrededor, ni tampoco escucharé los consejos de Landon cuando vea el vaso vacío y negro.

Cuando quiero darme cuenta, estoy agarrando el collar que Dani me regaló el día de mi cumpleaños. Todo lo que hemos construido dejará de tener sentido porque no podremos seguir creando recuerdos juntos mientras haya doscientos kilómetros separándonos. No era consciente de lo mucho que puede cambiarte una persona hasta que aparece en tu vida y te enseña cosas que no sabías sobre el mundo y sobre ti. Te hace ver la vida de colores con los que no habías pintado y te ayuda a subir escalones que veías inalcanzables. Supongo que en esos detalles está la magia de enamorarse,

de bailar hasta que duelan los pies y de cantar hasta que nos quedemos sin voz.

Dani entró con pies de plomo a mi vida y se hizo un hueco en cada rincón de mi cuerpo. Me regaló cada parte de él y yo le demostré que tenía cada parte de mí. Por eso, si no es en esta vida, quizá lo sea en otra. Porque a veces los finales vacíos no son los que nos merecemos. Y él y yo no estamos hechos para querernos de manera efímera.

Capítulo 28

Dani

Un cuarto de hora después, Iris sigue sin venir, así que la preocupación de todos aumenta por segundos. Me levanto y me encamino hacia el coche con el corazón latiéndome a mil por hora.

«Seguro que está bien y está avisando a sus padres de que todo ha ido genial», pienso. Sin embargo, cualquier pensamiento positivo se desvanece de un momento a otro cuando la veo con la cabeza metida entre sus piernas. Miro a los demás para asegurarme de que también se han dado cuenta y salgo corriendo hacia ella. Lo primero que hago cuando llego, es abrir la puerta del copiloto y abrazarla por encima. Lo único que consigo es que sus sollozos se intensifiquen, pero creo que es lo mejor que puede hacer para desahogarse.

Cuando miro a mi derecha, veo el teléfono de Iris con el correo abierto y no necesito leer nada para saber lo que significa. Cierro los ojos con fuerza e intento no venirme abajo con ella, porque es lo que menos necesita. Me destroza pensar que todo por lo que había luchado se ha esfumado de repente.

No lo entiendo. No entiendo por qué se la han denegado si se ha esforzado como si su vida dependiese de eso. Cuando su respiración se acompasa, me alejo de ella y rodeo el coche para subirme en el asiento del conductor, pero no arranco. Me giro hacia ella y espero a que esté lista para hablar. Echa la cabeza hacia atrás y se pasa la manga del jersey por encima, quitando cualquier rastro de lágrimas, eso hace que su maquillaje se esparza por toda su cara sin control, así que llevo mi mano hacia su rostro y lo elimino con cuidado.

—Me han denegado la beca —confiesa sin mirarme—. Volveré a Adare en un par de días.

Su voz se rompe a la vez que las palabras escapan de sus labios. Lo dice de manera mecanizada.

Me niego a pensar que va a volver a su pueblo, que va a rendirse con sus estudios y que lo va a hacer destrozándose por el camino. No me mira, pero

yo sí que busco su mirada hasta encontrarla. Trago con fuerza y acaricio su mejilla con delicadeza, como si de un momento a otro fuese a romperse.

—Podemos buscar una solución —susurro.

—No puedo quedarme aquí más tiempo, Dani. No tengo recursos para seguir viviendo aquí sin beca.

Estoy a punto de decir una locura, pero no me importa si eso significa que ella puede quedarse aquí conmigo y seguir estudiando lo que ha querido toda su vida. Necesito que me diga que sí, que lo acepta y que no lo deja todo en manos de una estúpida beca, pero incluso antes de pronunciarlo en voz alta, sé cuál va a ser su respuesta.

—Tengo dinero ahorrado. Podemos…

—Ni se te ocurra. —Niega con rapidez, interrumpiendo cualquier frase que quisiera decir. Sus ojos se clavan en los míos con decisión, porque los dos sabemos que nunca va a aceptar algo así—. No vas a pagarme la carrera ni la residencia. Me volveré a Adare y seguiré viviendo como lo he hecho hasta ahora.

El nudo de mi garganta crece a una velocidad que no puedo detener y las lágrimas se acumulan en mis ojos, esperando el momento perfecto para salir. Sin embargo, hago un esfuerzo sobrehumano mientras los dos nos rompemos en este minúsculo espacio que parece más pequeño conforme pasan los minutos.

—¿Y tus sueños y tu futuro?

Sonríe nostálgicamente y esa pequeña mueca termina de romperme por completo.

—Pensaba que perseguir los sueños no era lo tuyo.

—Nunca lo será —susurro—, pero sí es lo tuyo, Iris. No quiero que vuelvas a Adare y dejes de lado todo por lo que has luchado.

—No depende de mí.

Cierro los ojos con fuerza y echo la cabeza hacia atrás.

—Ya lo sé. Ya sé que no depende de ti, pero te estoy diciendo que yo puedo ayudarte.

No se lo pido, no se lo digo, prácticamente se lo suplico. No quiero que se aleje de Dublín y de todo lo que ha conseguido. No quiero que vuelva a su pueblo, donde acabará trabajando de algo que no le hace feliz, sabiendo

que a unos kilómetros tiene la oportunidad de su vida y no puede aprovecharla.

Necesito que confíe en mí y que me deje ayudarla, porque quiero que sea feliz estudiando aquí.

—Dani, no quiero discutir contigo, por favor.

Nuestros dedos se entrelazan sin buscarlo. Jamás he encajado tan bien con alguien de la forma en la que lo hago con ella.

—No es justo.

—Voy a echar de menos todo lo que me ha dado esta ciudad.

Gira su cabeza hacia el frente y clava su mirada en el mar y en la vista que tenemos delante. En otra ocasión, admiraría el lugar en el que estamos y la calma que me transmite, pero soy incapaz de apartar mi mirada de ella, porque siento que, si lo hago, que si miro de reojo cualquier otra cosa, va a desaparecer.

Me rasco la nuca con frustración.

El futuro nunca ha sido algo que me haya importado demasiado, pero ahora me parece lo más esencial del mundo. ¿Para qué quieres vivir el presente si de un momento a otro ya no va a haber futuro? Me encantaría darle palabras de ánimo, intentar consolarla de alguna forma que la ayude, pero soy incapaz de pensar con claridad.

Sé que no va a aceptar que la ayude a nivel económico con la carrera y la residencia, y no puedo hacer nada para cambiar sus pensamientos. Sin embargo, ahora que no puedo apartar mi mirada de ella, me pregunto qué será de nosotros cuando se suba a un coche y se aleje a doscientos kilómetros de mí.

—No me lo preguntes —habla de repente.

Al principio, frunzo levemente el ceño, pero sé a lo que se refiere en cuanto su mirada se cruza con la mía. Probablemente su mente tenga las mismas dudas y los mismos miedos que tengo yo.

—Si no te lo pregunto, ¿cómo vamos a saberlo?

Agacha la cabeza y otra lágrima resbala por su mejilla. Ahí tengo todas las respuestas a mis preguntas porque, lejos de pensar lo mismo que yo, ya tiene la solución al problema, y es algo que me destroza.

—No podemos estar juntos —susurra.

Siempre he creído que el amor es más fácil de lo que la gente quiere mostrar, que poco importaba el resto si había amor entre dos personas. Siempre he pensado que el amor era capaz de mover montañas de arena hasta derrumbarlas y pasar al siguiente nivel.

Ahora solo soy capaz de pensar: ¿de verdad el amor lo puede todo? Tengo delante a la mujer de mi vida, a la que me ha hecho feliz hasta llevarse cada lágrima, la que me ha hecho creer en algo más que en las normas y la que me ha querido por todo lo que soy, sin esperar nada a cambio. La tengo delante y estoy a unas horas de perderla entre la multitud. Joder, ojalá el amor fuese suficiente para aferrarte a una persona y acabar cada noche abrazándola y dándole gracias a la vida por no apartarla.

El mundo sigue girando ahí fuera, pero aquí dentro todo se ha detenido. No escucho el sonido del agua golpeando contra las rocas ni las gaviotas volando a nuestro alrededor. Trago con fuerza e intento reunir todo el valor que no tengo para hacerle frente a lo que ha dicho.

—¿Qué?

—Te quiero como nunca he querido a nadie. —Cierro los ojos con fuerza y dejo que hable y se explique—. Siempre he pensado que las relaciones a distancia acaban pasando factura. No sabemos si algún día volveremos a vernos y no quiero que eso acabe destrozándonos lentamente.

Niego con rapidez, porque sé que las relaciones a distancia están llenas de complicaciones y de dificultades, pero estoy dispuesto a dar el paso si ella me lo pidiese.

—No… No puedes hacernos esto —murmuro, apoyando mi espalda en el respaldo del asiento—. Podemos intentarlo.

—¿Y si sale mal?

—No va a salir mal.

No vuelve a responderme. No lo hace durante un par de minutos.

El coche se ha convertido en un espacio con una mezcla de contradicciones. Soy incapaz de pensar que todo lo que hemos vivido se acaba aquí, en este mísero instante.

—¿Y si lo hace?

—¿Si lo hace? —Me incorporo y clavo mis ojos directamente en los suyos, como si estuviese buscando que la información le llegase con

claridad y sin titubear, porque necesito que sepa que estoy dispuesto a darlo todo por esta relación—. Si lo hace, lo superaremos. Hemos estado juntos desde el principio, no pienso rendirme ahora con nosotros.

—Me da miedo que acabemos odiándonos.

—Eso no va a pasar —aseguro.

—No puedo odiarte, Dani —continúa. Esta vez, suena muy segura de sus palabras—. Necesito dejarlo ahora, antes de que sea demasiado tarde.
Nunca creí que fuese posible querer a alguien de una manera tan sincera y profunda. Nunca creí en ello hasta que Iris apareció en mi vida y cambió el rumbo de todos mis pasos. Acabé enamorándome de cada lunar de su rostro, de cada rincón de su piel y de cada emoción que me dejaba ver. Poco a poco se hizo un hueco en mi día a día y se convirtió en la rutina más preciosa que podía existir, incluso me hice adicto a su forma de reírse y a su manera de besarme y abrazarme. Me enamoré tanto de cada parte de ella que, cuando quise darme cuenta, era demasiado tarde para frenar y, aunque hubiese sido consciente desde el principio, me hubiese seguido lanzando a la piscina, porque no hay nada más bonito que saber lo que es el amor y la suerte que tengo de disfrutarlo a cada segundo.

Estoy a punto de perderla y no sé qué hacer para frenar el sentimiento. Dicen que hay veces que, si quieres a alguien, tienes que dejarlo ir, pero ¿cómo se supone que debo hacerlo? ¿Cómo dejo ir a la persona con la que quiero compartir el resto de mi vida? No puedo asentir y simplemente aceptar que fuimos, pero jamás seremos. No puedo agachar la cabeza y estar de acuerdo con algo que me destroza a unos niveles que jamás creí posibles.

Clavo mi mirada sobre ella. El brillo de sus ojos se ha apagado y eso todavía me duele más porque entonces significa que se siente de la misma forma que yo. El miedo se apodera de ella y, por lo tanto, también lo hace de mí. Me está mirando como si me suplicase algo, pero no sé exactamente lo que es. Suelto un suspiro eterno y pego mi frente a la suya, dejando que mi corazón termine de romperse y llevándose también el suyo. Cerramos los ojos y nuestras respiraciones se aceleran según pasan los segundos. Termino de acortar la distancia entre nosotros y la beso en medio de las

lágrimas. Un beso cargado de despedidas y de palabras que jamás nos atreveremos a pronunciar.

Arranco el coche y volvemos de vuelta a la residencia. Una vez allí, bajamos en silencio y yo me quedo apoyado en el capó del coche. Me limito a observar la forma en la que todos se miran con confusión. Cada mueca es una muestra de lo mucho que vamos a echarla de menos, porque se ha llevado una parte de nosotros con ella.

—Estaré bien —la escucho decirle a Yana y Eli, que la abrazan entre lágrimas—. Os quiero muchísimo, aunque no lo haya dicho muy a menudo. Sois una de las cosas más bonitas que me han pasado estando aquí.

—Me has hecho muy feliz —responde Yana, sorbiéndose la nariz—. Gracias por equivocarte de puerta cuando metiste la llave.

Iris suelta una carcajada que me hace sonreír a la distancia.

—Cuídate mucho y mándanos fotos para que sepamos que estás bien. —Eli se lanza a ella y la abraza con fuerza. Es impresionante lo mucho que puedes querer a alguien en tan poco tiempo—. Llámanos si nos necesitas.

Iris asiente y se dirige hacia Marc. Se abrazan e Iris le susurra algo, que hace que él gire la cabeza de golpe hacia mí. Asiente sin dejar de mirarme y le sonríe de vuelta a ella.

Después, se acerca a Liam y se funden en un abrazo lleno de cariño y de admiración absoluta. Los ojos de mi amigo están empañados y sé que, en cuanto Iris se dé la vuelta hacia otro lado, cada una de esas lágrimas va a caer por sus mejillas.

—Abraza mucho a todos porque, aunque no te lo digan, te necesitan. —Liam escucha atentamente lo que dice—. Gracias por adoptarme desde el primer día y no dejarme sola con los apuntes.

—Gracias a ti por no eliminar tu sonrisa de siempre. Me tienes aquí para todo, Iris. Para absolutamente todo. —Frunzo el ceño cuando me señala, haciendo hincapié en absolutamente todo.

Iris se ríe y se dirige hacia Landon. Él no llora, pero sí la mira como si fuese la despedida más dolorosa que ha sufrido nunca. Nunca han sido de confesarse sus secretos, pero siempre han estado ahí entre ellos. Han formado una de esas amistades donde sobran las palabras, porque se entienden solo con las miradas. Landon la quiere como si fuese una más de

su familia y la ha cuidado durante todos estos meses, aunque ella no fuese consciente de ello.

—Gracias por estar siempre ahí, Landon —dice—. Eres irremplazable.

—Siempre serás parte de esto.

Se dan un abrazo más rápido, pero cargado de cariño. No hace falta ser uno de ellos para saber que van a echarse de menos.

Todos miran a Iris en una especie de semicírculo, como si fuese a irse en estos momentos. Sin embargo, aún le quedan un par de días para prepararse y desaparecer de Trinity College. No sé en qué momento apareció en este edificio y cambió todas nuestras vidas, viendo en cada uno de nosotros algo que los demás no veíamos.

Me acerco a ellos y rodeo a Iris por la cadera, pegándola a mí. Abro los brazos y los demás se lanzan prácticamente hacia nosotros. Esta es la familia que yo elijo y son ellos los que quiero que estén día sí y día también en mi vida.

Cuando el abrazo se acaba, me acerco a Iris.

—¿Te apetece compartir un último viaje conmigo?

Entrelaza sus dedos a los míos y nos subimos al coche. Recorremos la carretera con tranquilidad, sin ser capaces de eliminar el contacto físico entre nosotros. Si esta va a ser la última vez, necesito decirle todo lo que jamás podré decirle de nuevo.

Cuando llegamos a Isla Bull, bajamos del coche y empezamos a pasear por la playa, agarrados de la mano, asegurándonos que ninguno va a correr en dirección contraria. Han pasado casi nueve meses y no puedo dejar de sonreír con cada uno de los momentos que hemos pasado juntos. La vida te pone gente al lado que acaba sorprendiéndote y haciéndote feliz.

Me detengo y le doy la vuelta a Iris, pegando su cuerpo al mío. Sin separarme de ella, subo mis manos hasta acunar sus mejillas y dejo un tierno beso sobre sus labios.

—Sabes que te quiero, ¿verdad? —pregunto con un nudo en la garganta. Asiente con los ojos cerrados y tragando con fuerza—. Pues voy a hacerlo toda mi vida, Iris. Voy a quererte siempre; estés aquí, o a doscientos kilómetros de distancia.

—No quiero irme —dice, rompiéndose en dos—. No quiero dejarte, pero tengo que hacerlo.

—Lo sé, cariño, lo sé. —Beso su frente con delicadeza para dejarle claro que, aunque me duela su decisión, nunca será su culpa—. Gracias por dejarme ser partícipe de tus sueños y ayudarme a crear los míos.

Termina de acercarse a mí y apoya su cabeza en mi pecho. Nuestras respiraciones se mueven a la vez que nuestros sollozos.

—Gracias por dejarme ser partícipe de tus heridas y por dejarme estar ahí.

Se pone de puntillas y yo agacho la cabeza hasta que estamos a la misma distancia. No sé quién da el primer paso, pero sus labios tocan los míos y algo dentro de mí estalla en mil pedazos. Una parte de mí se ha quedado con ella para siempre.

—Cuando me eches de menos, búscame en todas las constelaciones que hay en el cielo.

Epílogo

Dicen que la vida es una montaña rusa de sentimientos y momentos, que en un abrir y cerrar de ojos todo puede esfumarse. El día se acaba para dar paso a la noche, el cigarro se consume, la lluvia acaba cesando y las estrellas pasan a toda velocidad sin darte tiempo a pedir un deseo. Hace tres meses, me pasó justo eso. Abandoné Dublín, la residencia, a mis amigos… y a Dani. Abandoné mis sueños y me enfrenté a un futuro que no había planeado nunca. Cuando nací, mi madre me dijo:
«La vida es caprichosa, por eso tienes que aprender a sobrevivir a todos los obstáculos que te ponga en el camino». Siempre he sabido que había algo de razón en sus palabras, pero ahora estoy más segura de ello.

Al principio del verano, me costaba respirar en este pueblo donde todo se cuestiona y se analiza. Solo buscaba que alguien me abrazase durante un par de minutos, pero ningún abrazo era tan reconfortante como el que yo quería. Por suerte, Dani encontraba las palabras perfectas que necesitaba para salir a la superficie y coger aire de nuevo.

Durante el primer mes, mis padres se disculparon cada día por no poder pagarme la residencia ni la carrera. Buscaron soluciones, pero ninguna era suficientemente buena como para volver, así que lo primero que hice fue ponerme a trabajar para poder ahorrar algo de dinero. Me cuidaron los primeros días, cuando lo único que hacía era encerrarme en mi habitación y derrumbarme hasta quedarme dormida. Kyra también vino a verme varias veces, pero fui incapaz de hablar con ella más de cinco minutos. No estábamos en el mismo punto de vida y no había nada que nos uniese. Además, no quería fingir una amistad que habíamos perdido hace tiempo. Noah tampoco dejó de abrazarme y de preguntarme por Dani, con el que acabó hablando más que yo. Aunque las primeras semanas estuviese entre algodones, la normalidad volvió poco después.

Sigo manteniendo el contacto con los demás. Liam y Eli siguen juntos y han estado todo el verano yendo y viniendo de un pueblo a otro. Toda mi galería está repleta de fotos de ellos. Querían visitar Adare, pero les pedí que no me avisaran cuando eso pasara, porque no estaba preparada para otra despedida, así que nunca he llegado a saber si vinieron o no. Por otro lado,

Yana, Landon y Marc son el trío de oro. Este último ya no vive con su hermano porque gracias a su trabajo como mecánico ha conseguido independizarse y poder pagarse sus propios gastos sin ayuda de sus padres ni de su hermano. Landon y Yana han estado todo el verano paseándose por Trinity College porque ninguno quería pasar mucho tiempo con su familia, así que lo han pasado juntos y solos.

Con Dani hablé los primeros meses. Nos mandábamos mensajes de vez en cuando. En uno de ellos le conté que estaba trabajando en una floristería. En otro, me confesó que había decidido estudiar Astronomía, porque así estaría más cerca de Sarah. Y en otros muchos me contó que había conseguido hablar con Marc y se habían sincerado; consiguieron entenderse cuando se dieron cuenta de que ambos tenían dolores distintos y sentimientos encontrados a lo largo de los meses.

Al final, en uno de esos mensajes, llegamos a la conclusión de que debíamos darnos un tiempo y alejarnos del otro para poder seguir viviendo nuestra vida. Poco después, perdimos cualquier tipo de contacto. Al principio, lloré mucho y lo eché de menos. Me pasé noches seguidas tumbada en el césped, recorriendo las constelaciones con el dedo. Escuché canciones que me recordaban a él y le escribí cartas que nunca envié. Su nombre se grabó a fuego lento en mi mente y fui incapaz de eliminarlo, aunque tampoco quería hacerlo. Un día leí que el corazón nunca olvida el lugar donde dejó sus latidos, y yo soy incapaz de borrar su recuerdo de mi memoria. Todavía me acuerdo de sus sonrisas ladeadas, de su emoción hablando de Sarah o de su carita cuando me contó que iba a dejar la carrera. Me acuerdo del sabor de sus labios y del tacto de sus manos recorriendo mi piel. Por eso todavía sigo llevando el collar que me regaló y durmiendo con su jersey; supongo que es una forma de sobrevivir al querer en la distancia.

Abro los ojos de par en par cuando veo el correo que aparece reflejado en mi pantalla. Es un correo de la universidad.

—¡Mamá! —Salgo corriendo por las escaleras y llego a la cocina, donde están mis padres y mi abuela—. ¡Vuelvo!

Mi madre se gira hacia mí con confusión, mientras yo doy saltitos de la emoción.

—¿Que vuelves dónde?

—¡A Trinity College!

Mis padres se miran entre ellos y mi madre frunce el ceño, sin entender nada de lo que estoy diciendo.

—Iris, llevas todo el verano diciendo cosas que no entiendo. —Deja los platos sobre la encimera y se acerca a mí, apoyándose sobre la silla—. ¿Vuelves a la universidad? ¿Tanto cobras en la floristería?

—No. Lo que gano en la floristería no me da ni para irme de compras.

—Cariño, creo que lo que tu madre quiere es que le expliques todo el contexto de lo que estás diciendo —añade mi abuela.

—Me ha llegado un correo donde explican que hubo un error con las becas y a mucha gente se la denegaron cuando tenían que habérsela aprobado. Yo estoy entre esas personas.

Mi madre parece conectar poco a poco la información. Mientras tanto, mi abuela me observa con una sonrisa y mi padre se muerde el interior de las mejillas para no reírse cuando mira a su mujer.

Cuando todos terminan de procesar mis palabras, se lanzan sobre mí y me abrazan con fuerza, dándome la enhorabuena. Después de la celebración, subo a mi habitación y empiezo a preparar la maleta con tranquilidad. Solo puedo pensar en los reencuentros, en todos los abrazos que llevo tres meses sin dar y en los que creía que nunca podría volver a dar. No quiero decir nada porque necesito que sea una sorpresa y ver las reacciones de todos cuando me vean volver allí.

Dos días después, me despido de mis padres, me subo al taxi y el conductor me saluda con una sonrisa enorme para después encender la radio y emprender el camino en un silencio que, lejos de molestarme, me gusta. Se siente como la primera vez que puse un pie en esta ciudad. Cuando llegué aquí hace un año, la lluvia se había apoderado de la ciudad, pero hoy el cielo brilla más que de costumbre y el sol incluso me ciega.

En cuanto pongo un pie en la calle, cojo todo el aire posible y empiezo a andar hacia mi antigua residencia. Ni siquiera he llamado a la universidad para avisar de mi llegada, así que lo más probable es que no tenga habitación, pero confío en que alguno de ellos me deje dormir en la suya hasta que consiga una propia. El edificio, como siempre, tiene la puerta de

abajo abierta de par en par y en el interior Liam, Eli, Yana y Landon hablan con diversión. Los cuatro están más guapos que de costumbre.

Espero durante unos segundos, pero ninguno se inmuta con mi presencia hasta que carraspeo, llamando la atención de todos. Cuando se giran, me miran de arriba abajo con confusión y decidiendo si de verdad estoy aquí o si soy un espejismo. La primera en reaccionar es Yana, que corre hacia mí con los brazos abiertos, seguida de todos los demás.

—¡Sorpresa! —exclamo cuando se separan de mí.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Liam sin dejar de sonreír—. Pensaba que no íbamos a verte más.

—Ha habido un problema con las becas —explico.

Minutos después seguimos quejándonos de lo mal que organizaron el tema de las becas. Asiento a todo lo que dicen mientras miro a mi alrededor. Consciente o inconscientemente busco su rostro en los pasillos que soy capaz de ver e intento escuchar a cualquier persona que no sea ninguno de los cuatro con los que estoy. Trago con fuerza y empiezo a perderme en la conversación que mantienen ellos.

Ninguno parece darse cuenta, pero Landon sí lo hace. Se acerca a mi lado y me sonríe con la cabeza ladeada, sabiendo perfectamente a quién estoy buscando.

—No está aquí. —Lo miro y chasquea la lengua con diversión—. Probablemente tú sepas un escondite que nosotros desconocemos.

Sonrío porque, evidentemente, sé con exactitud cuál es ese lugar.

Miro mi maleta y después lo miro a él.

—La dejo en mi habitación. No te preocupes. —Asiento y comienzo a andar hacia la calle, pero me detengo cuando recuerdo que necesito un coche que me lleve hasta allí—. Yana, ahora vuelvo.

Landon deja las maletas a cargo de su novia y se acerca hasta mí, sacándose del bolsillo las llaves del coche. Lo sigo con confusión, pero lo comprendo en cuanto se sube a su coche. Ordeno a mis pies que se muevan y me subo al asiento del copiloto. El coche se pone en marcha y nos invade el silencio. Las únicas veces que alguno de los dos hablamos es para dar indicaciones o preguntarlas, así que estamos durante unos minutos largos

sin dirigirnos la palabra, pero es que tampoco lo necesitamos, porque el silencio no es incómodo.

—No le digas que te he traído aquí —digo, refiriéndome a Isla Bull.

—Tranquila. Se me va a olvidar en cuanto llegue a la universidad. —Suelto una risotada y me desato el cinturón. Trago con fuerza y siento cómo mis manos empiezan a temblar por culpa de los nervios—. Ve a por tu chico.

«Tu chico». Siento el rubor subiéndome a las mejillas y escucho su carcajada resonar en todo el coche. Sin soltar el volante de sus manos, se gira hacia mí y me sonríe con calidez.

—Siempre será tu chico, Iris.

—Gracias —me limito a responder. No porque se haya referido a Dani como mi chico, sino porque sabe entenderme incluso sin hablar conmigo—. Por todo.

Salgo del coche, cierro la puerta y espero a que se aleje antes de empezar a andar hacia la orilla del mar. Durante unos segundos no veo ni a una sola persona caminando por aquí, pero pronto la presencia de Dani se lleva toda mi atención. Está sentado en posición de indio, mirando hacia el frente.

Los nervios se apoderan de mí y empiezo a jugar con mi pelo y el borde de mi falda. Cojo todo el aire que puedo por si en algún momento va a ser imposible hacerlo, y me acerco hacia él, fingiendo no dudar en cada uno de mis pasos. Aunque lo cierto es que estoy nerviosa, emocionada y llena de dudas. ¿Cuál va a ser su reacción después de dos meses sin vernos? ¿Y si ha encontrado alguien más que le da cosas que yo no pude?

Detengo todas mis preguntas cuando se percata de mi presencia. Abre los ojos de par en par y me analiza de abajo arriba, pero no se levanta del suelo. De hecho, diría que el músculo de su mandíbula se ha tensado. Lamo mi labio inferior y sonrío con el miedo rozando cada poro de mi piel.

—Hola —murmuro cuando estoy completamente a su lado.

Tarda unos segundos en reaccionar, pero consigue levantarse y colocarse enfrente de mí. Sus ojos tienen un brillo que me hace sonreír y niego mentalmente cuando lo hago.

Hace tres meses nos tocábamos cuando queríamos, nos abrazábamos cuando nos apetecía y nos besábamos a cada rato. Ahora, por el contrario, parecemos dos desconocidos. No sabemos cómo reaccionar ante la presencia del otro y no encontramos las palabras que queremos pronunciar.

—Hola —responde todavía confuso.

Entonces, tras pensar que no iba a hacerlo, sonríe. Dibuja una sonrisa que hace que todo mi cuerpo se active y que mi corazón se acelere. Nunca voy a acostumbrarme a los hoyuelos que se le forman cuando está feliz.

—¿Qué haces aquí?

—Volver al lugar donde soy feliz.

Entrecierra los ojos y le doy la explicación que le di a mis padres y la que le he dado a nuestros amigos. Me escucha con atención y asiente cuando acabo. Siento que en cualquier momento va a alegrarse por mí y va a volver a sentarse, sin hacerme demasiado caso, pero no es ese el siguiente paso que da.

Agacha la cabeza y clava sus ojos en mis manos. Recorro su rostro, esperando alguna mueca que me indique en qué está pensando, pero entonces su mano se acerca a la mía y entrelaza nuestros dedos. Mi corazón rebota con fuerza dentro de mi pecho. El suyo también, y lo sé por la forma en la que cierra los ojos. Nada de lo que siento por Dani tiene una explicación, así que no me sorprendo al sentir la electricidad por todo mi cuerpo cuando su piel se aferra a la mía.

—Te he echado de menos, Potter.

Supongo que esto es lo que llaman felicidad.

Cierro los ojos y sonrío ampliamente. Aparto cualquier rastro de duda y me pongo de puntillas, pasando mis brazos por su cuello y quedándome a escasos centímetros de su boca. Siento su aliento entremezclándose con el mío y sus manos temblorosas rodeándome la cintura, pegándome a él.

Su nariz juega con la mía y sus dedos acarician la parte baja de mi espalda. No sé el tiempo que pasamos sin hablar, sin hacer ningún movimiento y sin pensamientos intrusivos llenos de dudas. Pierdo la noción del tiempo mientras intento recuperar el tiempo perdido y los momentos que hemos dejado por el camino.

—¿Vas a dejarme volver a tu vida? —pregunto.

La última vez fui yo la que decidió romper con todo lo que habíamos construido. Lo más probable es que se niegue y se aparte de mí, pero clava sus ojos en los míos y relame sus labios antes de volver a hablar.

—Nunca te has ido.

Mi respuesta muere en su boca cuando se acerca a mí y me besa.

Siempre que ves una estrella, pides un deseo con la certeza de que en algún momento va a cumplirse. Por eso, cuando se separa de mí, clavo mi mirada en sus ojos y después en el cielo. Porque justo delante de mí tengo a la persona con la que quiero contar constelaciones hasta que acabemos formando parte de una.